



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE HISTORIA**

**INTELECTUALES Y POLÍTICA. HERNÁNDEZ ARREGUI Y LA
FORMACIÓN DE UNA IZQUIERDA ARGENTINA**

**Ernesto Roland
Tesis de Licenciatura en Historia
Dirección: Lic. Rubén Caro
Co-dirección: Dra. Silvia Morón
Agosto, 2016
Córdoba, Argentina**

A mis viejos y familiares.

A mis compañeros de militancia.

A los trabajadores.

A la Nación Latinoamericana.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN GENERAL	5
CAPÍTULO 1. UBICACIÓN DE HERNÁNDEZ ARREGUI EN LOS AÑOS SESENTA-SETENTA.....	8
1. Introducción	8
2. Algunas claves sobre la política, la economía y la sociedad.....	10
3. Notas sobre las izquierdas en los años sesenta-setenta	13
4. Notas sobre el revisionismo de izquierda.....	20
5. El recorrido de Hernández Arregui.....	24
CAPÍTULO 2. EL MARXISMO EN HERNÁNDEZ ARREGUI	27
1. Introducción	27
2. Notas sobre el marxismo en Rodolfo Mondolfo	29
3. El marxismo en Hernández Arregui	35
CAPÍTULO 3. CUESTIÓN NACIONAL Y REVISIONISMO HISTÓRICO EN HERNÁNDEZ ARREGUI.....	44
1. Introducción	44
2. Notas sobre la cuestión nacional en el marxismo	45
2. Notas sobre la cuestión nacional en León Trotsky y en el trotskismo argentino	59
3. La cuestión nacional en Hernández Arregui	73
4. El revisionismo histórico en Hernández Arregui.....	79
5. Rosas y la clase dominante argentina	83
CAPÍTULO 4. SUJETO POLÍTICO EN HERNÁNDEZ ARREGUI	94
1. Introducción	94
2. ¿Izquierdas nacionales o izquierda nacional?	95
3. Notas sobre la perspectiva teórica de la izquierda nacional	103
4. Peronismo y sujeto político en la izquierda nacional.....	108
5. Peronismo y sujeto político en Hernández Arregui	117
CONCLUSIONES.....	127
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	132

INTRODUCCIÓN GENERAL

La obra de Juan José Hernández Arregui ha sido re-editada en los últimos años, motivando un nuevo marco de estudios y debates¹. La recuperación de su pensamiento se relaciona, indudablemente, con el ciclo político iniciado en Latinoamérica en los albores del siglo XXI. La emergencia de los llamados gobiernos nacional-populares en Venezuela, Ecuador, Bolivia, Brasil y Argentina, estimuló a que nuevas generaciones de militantes políticos e intelectuales recuperen legados teóricos del pasado.

En particular en la Argentina, el llamado “pensamiento nacional” ocupó un lugar significativo en el debate público de ideas, fue objeto de debate tanto por parte de sus partidarios como de sus detractores. Pareciera ser que el modo de re-visitar las obras de autores como Hernández Arregui, Jauretche, Ramos - entre tantos- estuvo determinado, en primera instancia, por las opciones que arrojaba la política contemporánea. De allí que por parte de quienes se identificaron con el legado de estos autores, se haya desarrollado una prolífica divulgación de su pensamiento². Creemos que la divulgación del “pensamiento nacional” hizo mayor hincapié en las afinidades que mostraban los autores estudiados y procuró brindar síntesis de lo que ya se encontraba en sus libros, también, por cierto, re-editados en su mayoría. En muchos casos, y lo veremos en relación a la expresión “izquierda nacional”, la divulgación reprodujo las representaciones que estos teóricos y militantes tenían de su propia acción y, más extensivamente, del proceso histórico que transitaron.

A contrapelo del enfoque divulgacionista, esta tesis se propone brindar claves de interpretación específicamente teóricas de las principales categorías que estructuran el discurso de Hernández Arregui y dilucidar la específica articulación de fuentes teóricas que se encuentra en su obra. A partir de ello, intentamos avanzar hacia una ubicación más precisa del autor –en tanto pensador de izquierda-, en el complejo mapa político-ideológico de los años sesenta-setenta. De allí que esta investigación pretenda constituir un aporte tanto en

¹ Véase Hernández Arregui ([1957] 2005); del mismo autor, ([1960] 2008); del mismo autor, ([1963] 2005); del mismo autor, ([1969] 2011); (del mismo autor, [1972] 2011); del mismo autor, ([1973-1974] 2013).

² Véase Pedano (2013) y Del Campo (2015).

relación a la historia de las ideas políticas del posperonismo, como, más específicamente, en torno a la historia de la izquierda argentina en dicho período.

En primer término, esta investigación busca enriquecer la masa de información que se dispone sobre Hernández Arregui con un conjunto de investigaciones sobre historia social, económica, política, historiográfica e intelectual. Muchos trabajos especializados tocan solo tangencialmente a nuestro autor o temáticas afines, sin embargo, nos permitieron formar un mapa político-ideológico de la época –temporalmente comprendido en los años sesenta-setenta- sobre el cual ubicar la intervención hernándezarreguiana.

Por otro lado, el primer periodo de lectura de la obra de Hernández Arregui y de los estudios existentes sobre la misma y sobre el itinerario teórico-político del autor, sugirió la necesidad de examinar ciertas filiaciones teóricas. La recurrentemente apuntada relación discipular entre el filósofo italiano radicado en la Argentina, Rodolfo Mondolfo, y Hernández Arregui, se reveló problemática. De allí que esta investigación se propone brindar una clave de interpretación específicamente teórica sobre el marxismo en ambos autores, partiendo de que ambos reclamaban pertenecer a esta tradición de pensamiento. A partir de un trabajo analítico y comparativo entre ambos “usos” del marxismo, se logró poner en discusión la consabida relación “discipular”. Ello se desarrolla en el capítulo segundo de este trabajo.

La vertiente leninista del marxismo es otra filiación teórica sobre la cual se suele presentar la obra de Hernández Arregui. Los estudios marxistas sobre la “cuestión nacional” y el imperialismo como carácter constitutivo del capitalismo en cierto periodo de su desarrollo, suelen ser ligados a Hernández Arregui. Esta investigación se propuso explorar dicha filiación en base al concepto de nación en el marxismo. En ese sentido, encontramos diferencias significativas entre Hernández Arregui y los clásicos del marxismo y ello obedece, creemos, a la gravitación que el nacionalismo popular tuvo en su pensamiento. A su vez, buscamos analizar las implicancias historiográficas de la cuestión nacional en Hernández Arregui, ya que nuestro autor hace de este problema el eje de sus aproximaciones sobre el pasado nacional, regional y mundial. Desde allí exploremos las categorías sobre las cuales Hernández Arregui constituye su discurs-

so histórico. En ese camino, la ampliación de fuentes que arrojó el proceso de lectura sugirió la posibilidad de comparar historiográficamente a Hernández Arregui con otros historiadores de la época, en particular con aquellos que se ubicaban en la llamada izquierda nacional y así ampliar la comprensión del aspecto historiográfico, ya que, como veremos, Hernández Arregui participaba de una tendencia historiográfica en boga en los años sesenta: el revisionismo histórico de izquierda.

Por último, consideramos que el proceso de investigación nos permitió avanzar sobre la hipótesis fundamental de este estudio: la perspectiva de Hernández Arregui y de los referentes de la izquierda nacional –Ramos, Spilimbergo, entre otros- presentaba diferencias sustanciales. Ello importó ubicar a Hernández Arregui como ideólogo de la izquierda peronista, y nos llevó a desestimar la categoría de izquierda nacional “en sentido amplio”. Como veremos en el capítulo cuatro, bajo esta rúbrica buena parte de la divulgación referida suele ubicar tanto a autores peronistas (Hernández Arregui) como no peronistas (Ramos), en el mismo enclave político-ideológico. En torno a la interpretación del peronismo y al sujeto político de los años sesenta-setenta, se podrá ver que la izquierda nacional no compartía aspectos sustantivos de la perspectiva de Hernández Arregui y se podrá comprender mejor la óptica política de este autor.

CAPÍTULO 1. UBICACIÓN DE HERNÁNDEZ ARREGUI EN LOS AÑOS SESENTA-SETENTA

1. Introducción. 2. Algunas claves sobre la política, la economía y la sociedad. 3. Notas sobre las izquierdas en los años sesenta-setenta. 4. Notas sobre el revisionismo de izquierda. 5. El recorrido de Hernández Arregui.

1. Introducción

Los ensayos de Juan José Hernández Arregui buscan incidir en la lucha político-ideológica de la Argentina posterior a los dos primeros gobiernos peronistas. El *corpus* de esta investigación se ubica en los años “sesenta-setenta”. Esta categoría, tomada de Claudia Gilman, delimita como período específico en materia de historia intelectual a las décadas de los sesenta y de los setenta del siglo XX argentino. Según esta autora, estos años presentan su propio “espesor histórico”, ya que estamos ante una “entidad temporal y conceptual por derecho propio” (Gilman, 2003: 36). La periodización propuesta tiene como referencia originaria a las investigaciones de Silvia Sigal (1991) y Oscar Terán ([1991] 2013). En ambos trabajos, los años sesentas “comienzan” con el golpe de Estado del 16 de Septiembre de 1955. En relación a ello, se destaca que tras la autodenominada “revolución libertadora” se desarrolla una extendida polémica alrededor del “hecho peronista”, según la oportuna expresión del nacionalista conservador Mario Amadeo (Amadeo, 1956: 91). Veamos primero la cuestión de la periodización, para avanzar luego en la caracterización y ubicación de nuestro objeto de estudio.

Las investigaciones de Terán y Sigal renovaron los estudios sobre los intelectuales argentinos. De allí pueden extraerse valiosos aportes en torno a las modificaciones de las prácticas intelectuales durante los años sesenta. En esa dirección, los autores definen un conjunto de claves explicativas: el quiebre de la unidad anti-peronista, los debates asociados a la interpretación del peronismo y la revolución cubana, la experiencia que implicó el frondizismo y las nuevas prácticas signadas por la “modernización cultural e intelectual”. La clausura del período de estudio no es la misma en uno y otro, y esta diferencia obedece,

como cabe esperar, a las diferentes delimitaciones de sus objetos de estudio y a sus divergencias en el modo de aproximarse a ellos. Por un lado, Terán realiza una historia de las ideas que concluye con la “revolución argentina” iniciada el 28 de junio de 1966. Para su enfoque, esta fecha significa un cierre en el proceso que va desde el “compromiso” del intelectual de los albores del periodo, hacia una identidad intelectual definida por la radicalización política, la adhesión a la violencia política y por ubicar en “lo político” -experimentado tendencialmente en clave de “lo revolucionario”- el principio central de legitimación de la práctica intelectual (Terán-Sigal, 1992). En rigor, “la nueva izquierda intelectual argentina” que realiza el recorrido descrito, es, como el autor lo reconoce, un conjunto bastante específico de grupos y autores. En cambio, el cierre del trabajo de Sigal no está dado hacia 1966 sino que se extiende, de manera no taxativa, hacia comienzos de los setenta. La autora realiza una historia de los intelectuales como “actores sociales”, buscando relacionar sus discursos a sus comportamientos, mirados estos desde el prisma de las instituciones de las que forman parte.

Ahora bien, si bajo la autodenominada “revolución libertadora” se comienza a reconfigurar el mapa político-intelectual de la Argentina, interesa subrayar aquí que dichas transformaciones también pueden ser abordados a partir de las ubicaciones precedentes al golpe de Estado. De ello dan cuenta tanto los autores referidos, como otras dos investigaciones realizadas sobre una periodización alternativa³. Los trabajos de Carlos Altamirano (2007) y de Beatriz Sarlo (2007), comprendidos como investigaciones complementarias, proponen el periodo de estudio 1943-1973. La historia del pensamiento político de Altamirano parte del problema que la emergencia de las “masas” representó para la política argentina. A su criterio, la pregunta por el lugar de las masas en el sistema político nacional no se presenta con el derrocamiento de Perón, sino en los comienzos de su trayectoria política, bajo el gobierno *de facto* iniciado el 4 de Junio de 1943. De manera análoga, Sarlo rastrea dicha cuestión en los discursos de las élites culturales, en la perspectiva de ampliar su análisis a las relaciones entre estas y la política nacional. Es decir, los recorridos de los grupos intelectuales en relación a la política nacional son disímiles y muchas de sus inflexiones de-

³ Para un análisis de la periodización en historia intelectual véase Vezzetti (2015).

ben buscarse en el proceso de nacimiento, gobierno, caída, proscripción y retorno del movimiento acaudillado por el General Perón. Como observamos, las investigaciones referidas ponen de relieve la relevancia que tuvo el peronismo para la inteligencia argentina. No obstante, el punto de partida difiere en torno al objeto de estudio y a las problemáticas trazadas. Para ampliar el panorama de estudio, exploremos los años sesenta-setenta desde la historia política, económica y social.

2. Algunas claves sobre la política, la economía y la sociedad

Una vez derrocado Perón e instalado en el gobierno el general nacionalista conservador Eduardo Lonardi, las divergencias no tardaron en expresarse en el heterogéneo mapa de sectores que apoyaron a la “revolución liberadora”. Según María Estela Spinelli, la división de las fuerzas que tenían por único consenso la necesidad de “desperonizar” a la Argentina, arrojó tres grandes sectores (Spinelli, 2005)⁴. Por un lado, el “antiperonismo tolerante”, conformado por la intransigencia radical, el comunismo, núcleos disidentes del socialismo y del comunismo, el sector de las Fuerzas Armadas representado por Lonardi y el nacionalismo conservador, este último de fuerte gravitación en el primer tramo del gobierno *de facto*⁵. El “antiperonismo tolerante” tendía a separar al peronismo de la figura Perón, bregando por una “integración” de las bases peronista. En segundo término, el “antiperonismo radicalizado”, conformado por el socialismo, los demócratas, los demócratas progresistas y sectores cristianos, quienes tendían a ubicar al peronismo en un lugar sino “demoníaco” al menos equiparable a los fascismos europeos, por lo que propugnaban su erradicación definitiva. Finalmente el “antiperonismo optimista”, representado por los radicales del pueblo (UCRP), proclives a esperar una desintegración del peronismo que auspicie la recuperación del tradicional lugar mayoritario del radicalismo⁶. En este marco, el gobierno *de facto* tomó una política afín a la perspectiva del

⁴ En relación al papel de las Fuerzas Armadas durante el posperonismo, véase Potash (1981), y Rouquié (1998).

⁵ Véase también Galván (2013).

⁶ Como resulta evidente, estas posiciones – junto a sus matrices de interpretación de la realidad nacional- fueron variando con el discurrir del gobierno *de facto* y en relación a escenarios clave, como las elecciones para la reforma constitucional de julio de 1957 y la elección presidencial de febrero de 1958.

“antiperonismo radicalizado”, una vez desplazado Lonardi y asumida la presidencia por el general Eugenio Pedro Aramburu.

Aramburu, junto al almirante Isaac Rojas en la vicepresidencia, inauguran la proscripción del peronismo y la represión social y política de los sectores identificados con esta fuerza. Se sabe que el decreto-ley 4161, sancionado el 5 de Marzo de 1956, llevaba la proscripción hasta límites extremos, incluyendo el uso de lenguaje y símbolos identificados con el peronismo. Esta política represiva fue desplegada tanto en el ámbito laboral y gremial como en el estrictamente político, y fue acompañada de un viraje en la política económica⁷. En el plano externo la Argentina abandona los acuerdos bilaterales para pasar al multilateralismo, expresado en la firma del acuerdo con el Club de París en 1956. A su vez, el país se incorpora a los organismos multilaterales de créditos creados tras los acuerdos de *Bretton Woods* (1944), es decir, al Banco Mundial y el FMI. A partir del plan económico formulado por el economista cepalino Raúl Presbich –implementado en 1956- y, más marcadamente, con el “primer programa de estabilización económica” impulsado por el FMI en 1959, la política económica discurre en torno a dos problemas: la inflación y la crisis de la balanza de pagos. El diagnóstico dominante consistió en identificar como causales de dichos problemas al “exceso de demanda” y al funcionamiento de mecanismos estatales regulatorios de la economía doméstica y el sector externo, dispuestos por el peronismo⁸.

En base al diagnóstico referido, se impulsó la devaluación de la moneda nacional, la desregulación del comercio exterior e interior, la restricción de la oferta monetaria, la compresión del gasto estatal y el aumento de la presión fiscal vía creación o aumento de impuestos regresivos. Este conjunto de medidas alteró fuertemente la distribución del ingreso en perjuicio de los asalariados y a favor de sectores industriales oligopólicos y de la oligarquía agropecuaria. Como una de las variables dinamizadoras de la actividad económica durante los gobiernos peronistas fue el consumo interno vía el aumento progresivo del salario real, la disminución del mismo, vía el conjunto de medidas señaladas, llevó a la eco-

⁷ Véase Basualdo (2010).

⁸ Sobre la gravitación del Estado en el comercio exterior mediante el Instituto argentino de promoción para el intercambio (IAPI), durante el peronismo y su posterior retracción durante los años sesenta, véase Zeolla (2015).

nomía a una perspectiva de estancamiento y depresión. De allí que, a la brevedad, se recurra a las vía inversiones extranjeras directas para expandir la producción y el nivel de empleo⁹. Ello fue impulsado durante le gestión “desarrollista” de Arturo Frondizi, ya que allí se favoreció la llegada de capitales extranjeros –con predominio norteamericano- en una escala desconocida hasta el momento. Estas filiales de empresas extranjeras se instalaron en determinados sectores de la actividad industrial (automotriz, químico-petroquímicas y siderurgia, etcétera), generando una modificación estructural en el mercado de trabajo. Estas nuevas actividades poseían una elevada intensidad de capital, incorporaban tecnologías de punta y funcionaban en grandes establecimientos, lo cual demandaba una mano de obra especializada. Esta tendió a percibir salarios relativamente elevados, generándose así una asimetría en relación a los niveles salariales de las ramas tradicionales de la producción industrial. En el marco de estas transformaciones, la participación de los asalariados en el ingreso nacional vuelve a mejorar. Al finalizar el segundo ciclo económico *ISI* (1958-1975), la participación de los asalariados en el ingreso nacional se acercaba a los guarismos más altos alcanzados durante el peronismo. Pareciera ser que dicho indicador debe relacionarse con el largo ciclo de movilización popular y contestación política que recorre el período 1955-1976 y que atraviesa su mayor profundidad e intensidad a partir del conjunto de rebeliones populares que tuvieron por disparador el “Cordobazo”, ocurrido el 29 de Mayo de 1969. Tanto los trabajadores, como significativas franjas de las clases medias, desplegaron prácticas gremiales, políticas y culturas de carácter contestatario.

⁹ Según Basualdo, el problema principal que presentaba la economía en el posperonismo se basaba en la “restricción” de la oferta bienes agropecuarios. La exportación de estos era central en la estructura del comercio exterior y determinante para la economía en su conjunto, ya que reportaba las divisas necesarias para ampliar la producción industrial vía importaciones de maquinarias, equipos, insumos y combustibles que no se producían en el país. El destacado economista Aldo Ferrer destaca que durante todo el proceso de industrialización sustitutiva de importaciones (*ISI*) -iniciado en la década del treinta y concluido hacia mediados de la década del setenta- la estructura del comercio exterior argentino no pudo ser transformada en relación a la etapa económica primario exportadora, vigente entre 1860 y 1930, ya que los productos agropecuarios y las manufacturas de origen agropecuario (MOA), siguieron siendo las exportaciones principales, relegando a las exportaciones de manufacturas de origen industrial (MOI) a un lugar secundario. Véase Ferrer (1998). Sobre las implicancias del modelo ISI en la historia económica véase Reche (2015).

Ello se relaciona con la carencia de legitimidad del sistema político, incapaz de generar un curso prologando de estabilidad¹⁰.

En el marco económico y político sucintamente descrito, en la clase trabajadora persiste el peronismo como identidad mayoritaria. Como ha puesto de relieve el trabajo de Daniel James, el periodo abierto por la “revolución libertadora” da lugar a una nueva experiencia de clase, internalizada en la cultura política de la clase trabajadora como “la resistencia peronista” (James, 2013). Desde la “revolución libertadora” hasta la dictadura cívico-militar impuesta el 24 de Marzo de 1976, el peronismo atraviesa distintas estaciones, tanto en la esfera laboral y sindical como política; desde los primeros años de enfrentamiento “espontáneo” con el régimen libertador, pasando por la renovación de la dirigencia sindical -una vez re-institucionalizado parcialmente el movimiento obrero-, hasta el llamado “neoperonismo” y las tendencias “participacioncitas” que buscaron integrarse al régimen político de la autodenominada “revolución argentina” (1966-1973), el peronismo fue una constante de la escena social y política del país. Consideramos necesario atender a este hecho, a la hora de abordar la historia de las izquierdas en los años sesenta-setenta.

3. Notas sobre las izquierdas en los años sesenta-setenta

Puede señalarse que en los primeros tramos del posperonismo, la ruptura entre la clase trabajadora y el peronismo formaba parte del orden de expectativas del partido socialista y el partido comunista. Las posiciones de ambas corrientes, empero, presentaron diferencias. Por una parte, el socialismo persistió en el férreo antiperonismo que había adoptado hacia los orígenes del peronismo. Desde esa posición interpretó el régimen libertador como una suerte de regeneración moral, que en sus motivaciones originales no perseguía fines contrarios a los asalariados. El comunismo, en cambio, optó por una convergencia con los obreros peronistas en el campo sindical, pero asumió posiciones ambiguas en el plano político, tendientes a integrarse al espectro de partidos “democráticos”. Esta dinámica oscilante del comunismo, tiene por antecedente sus posiciones durante los orígenes del peronismo y los dos gobiernos de Juan Perón. Si el comunismo integró la “Unión Democrática” que fuera derrotada por

¹⁰ Véase Cavarozzi (1997) y O'Donnel (1972; 1982).

la fórmula Perón-Quijano en las elecciones de Febrero de 1946, luego adoptó posiciones de otra naturaleza, tales como “apoyar lo bueno” y “criticar lo malo” del nuevo gobierno¹¹. No obstante, como ha señalado James, el comunismo no pudo disputar eficazmente la identidad hegemónica del peronismo en la clase trabajadora durante el posperonismo, y permanentemente oscilaba hacia formulaciones afines a las que esgrimía el espectro antiperonista¹². En ese marco, los dos corrientes más relevantes de la izquierda argentina sufren repetidas fracturas y pierden gravitación en el mapa sindical y político, pero fundamentalmente pierden legitimidad en el plano de las ideas. Ello se relaciona con la proliferación de intervenciones -libros, publicaciones de diverso carácter, intervenciones públicas, etcétera- de tono abiertamente polémico con el comunismo y el socialismo. Si tomamos por caso la recopilación de entrevistas de 1959 citada -iniciativa de Carlos Strasser, un ensayista y militante político volcado hacia el fenómeno de re-configuración de las izquierdas en el posperonismo-, podemos dar cuenta de dos elementos. Por una parte, en su presentación se plantea el problema central: definir la identidad de la izquierda argentina. En palabras de Strasser:

“A las izquierdas populares y revolucionarias y nacionales les está asignado un papel extraordinario para el futuro. A las otras también, a poco que varíen su conducta y revisen su trayectoria, pues que *intención* progresista no dejan de tener. Lo que no puede ignorar –y en ello consiste la autocrítica, que no en la justificación de volteretas- es que cargan en sus espaldas con un tremendo “debe” histórico, alimentado de especulaciones planetarias y de errores estratégicos aplastantes, tan perfectamente vistos o intuitos por las clases populares argentinas, que no han ingresado su peso específico a ninguna de ellas, por la muy sencilla razón de que tales izquierdas no fueron izquierdas.” (Strasser, 1959: 12).

¹¹ Sobre el comunismo y el socialismo en relación al peronismo véase Altamirano (2007); sobre el socialismo en los años sesenta véase Tortti (2009); sobre el socialismo y el comunismo y las nuevas formaciones de izquierda véase Tortti-Chama-Celentano (2014), Galasso (2007a; 2007b) y Hilb-Lutzky (1984); sobre el partido comunista y su relación con los intelectuales argentinos véase Massholder (2014).

¹² Si consideramos la intervención del dirigente comunista Rodolfo Ghioldi en una recopilación de entrevistas editada como libro bajo el título “Las izquierdas en el proceso político argentino”, observamos cierta cerrazón ante los nuevos debates. Allí Ghioldi persiste en equiparar el peronismo con el nazismo y el fascismo y en impugnar la adhesión de los trabajadores al peronismo *in toto* (Strasser, 1959: 53-71). Por otra parte, el número 50 de *Cuadernos de Cultura*, la publicación del PC orientada a temáticas culturales dirigida por Héctor Agosti, luego publicada como *¿Qué es la izquierda?*, no puede dejar de leerse como una reacción del comunismo ante su incipiente pérdida de centralidad en el campo de las izquierdas (Guidici-Agosti-Portantiero-Schneider-Lebedinsky, 1960).

Como puso de relieve Carlos Altamirano, la expresión “izquierda tradicional” – en alusión al socialismo y al comunismo- comenzó a ser utilizada profusamente para señalar las “claudicaciones” o “incomprensiones” de estas corrientes (Altamirano, 2013a: 67-69). Una parte sustantiva de esta crítica es ocupada por militantes políticos y ensayistas hasta el momento marginales, que comienzan a reivindicar, desde distintos ángulos, al peronismo. En esa dirección, la identidad de la izquierda argentina es puesta en debate y la clave central para su resolución pasa a ser la interpretación del peronismo¹³. Por otra parte, Horacio Tarcus destaca la relevancia que tuvo la “cultura populista” –de creciente gravitación desde los años cuarenta- en el campo del las izquierdas (Tarcus, 1996: 17-20). Buena parte de los originales desarrollos del marxismo argentino de los años sesenta-setenta, se entreveran a dicha cultura político-ideológica. De allí que un núcleo de temáticas distintivas del nacionalismo popular empiecen a ser conceptualizadas en clave marxista. Esta articulación entre marxismo y nacionalismo popular fue, en rigor, un proyecto teórico-político impulsado por una parte significativa de estos nuevos referentes de izquierda¹⁴. Ensayistas como

¹³ En esa dirección, Jorge Abelardo Ramos, uno de los referentes de las nuevas izquierdas de los años sesenta, señala en relación a la crisis que atravesaba el Partido Socialista: “Es interesante observar que después del último cisma, entre el núcleo prediluviano encabezado por Repetto y la tendencia representada por Palacios, la discusión sobre la naturaleza histórica y social del peronismo no ha comenzado. Junto a Ghioldi ha permanecido la familia de Juan B. Justo, en el ala de Chertkof, mientras alrededor de la Doctora Justo y Palacios, se ha nucleado un sector relativamente nuevo y sobre todo las juventudes. Si alguna esperanza cabe abrigar respecto a la tendencia de Palacios, se cifra por entero en la discusión que pueda abrirse alrededor del tema capital en la presente política argentina, esto es, el peronismo. Si se persiste en continuar la tradición de las izquierdas en el socialismo argentino, que consistía en “retornar a Marx” sin comprenderlo, todo estará perdido por un nuevo período. A Marx hay que comprenderlo en la Argentina, no en Alemania ni en Japón. Y para comprenderlo en la Argentina hay que proceder frente al peronismo como marxistas, y argentinos.” (Strasser, 1959: 190).

¹⁴ Si consideramos el prólogo de la primera edición de *La formación de la conciencia nacional*, observamos la tentativa de formular una delimitación de la nueva izquierda que impulsa Hernández Arregui, tanto de las izquierdas tradicionales como del nacionalismo conservador. Esta operación crítica implica reivindicar al nacionalismo popular encarnado por el radicalismo forjista, incorporándolo en un nuevo momento intelectual que se presume superador a los momentos precedentes, ya que está signado por su articulación con el marxismo. De allí que el autor sostenga: “Esta es la crítica –inspirada en un profundo amor al país y fe en el destino racional de la humanidad- contra la izquierda argentina sin conciencia nacional y el nacionalismo de derecha, con conciencia nacional y sin amor al pueblo. Es también el desentrañamiento de una falacia reiterada durante treinta años, consistente en acusar de fascistas, totalitarios y –en los días actuales de “nacionalistas”, “marxistas” o “trotskistas”-, según las exigencias de la campaña de difamación concertada por el imperialismo y las fuerzas internas que le sirven, a todas aquellas tendencias filiadas a la tierra argentina que han contribuido a la formación de la conciencia nacional. Tal el caso, durante el período posterior a 1930, de movimientos ideológicos como FORJA, cuya reivindicación histórica, fundada en documentos de primera mano, se verifica en este libro, para descubrir al mismo tiempo las causas de esta malversación en que tanto

Hernández Arregui recuperaron tópicos anteriormente trabajados por referentes del nacionalismo popular, a saber: la gravitación del imperialismo en la realidad nacional, la crítica de las élites “oligárquicas” y la “intelligentzia”, la crítica de los partidos tradicionales y, más extensivamente, de la tradición liberal argentina, el lugar central del “caudillismo” en la política vernácula, la necesidad de una epistemología centrada en la realidad nacional, la valoración positiva de las tradiciones culturales y políticas nativas, entre otros. Pero el acercamiento a este conjunto de temas se hacía bajo la estela del marxismo y ello era teóricamente coherente, ya que se le asignaba primacía a la llamada cuestión nacional en la realidad argentina¹⁵. Bajo las coordenadas señaladas y a efectos de la investigación propuesta en este trabajo, conviene delimitar dos corrientes teórico-políticas.

Por una parte, debemos considerar a la llamada izquierda nacional, sus representantes más destacados son el ya citado Jorge Abelardo Ramos (1921-1994) y Jorge Enea Spilimbergo (1928-2004)¹⁶. Esta corriente se constituye a partir de grupos de extracción trotskista que apoyan al peronismo desde su exterioridad, en momentos de su gestación. Junto a otras vertientes del trotskismo y a disidentes del Partido Socialista encabezados por el tradicional dirigente Enrique Dickmann, formaron un primer intento de organización de izquierda confluyente con el peronismo, de vida efímera, el Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN). El PSRN nace hacia 1953 y es disuelto por la “revolución libertadora”. Hacia 1962 la izquierda nacional realiza otra experiencia organizativa en el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), y sobre este se gestará el Frente de Izquierda Popular (FIP), en 1971. Jorge Abelardo Ramos

la izquierda como el liberalismo han incurrido como testimonio irrecusable de su servidumbre colonial.” (Hernández Arregui, [1960] 2008: 22).

¹⁵ Por cuestión nacional referimos a un problema teórico clásico en la tradición marxista, particularmente significativo para el leninismo y para el conjunto de variantes que descienden de esta vertiente teórico-política. La cuestión nacional refiere a la relación existente entre la formación de los Estados-nacionales y la lucha de clases como vector del movimiento histórico. Fundamentalmente desde los aportes teóricos de Lenin, este problema se liga a la teoría del imperialismo como fase estructural del capitalismo. En el capítulo dos de este trabajo exploraremos el asunto.

¹⁶ La expresión “izquierda nacional” resultó, como exploraremos, objeto de disputa entre el sector de Ramos-Spilimbergo y Hernández Arregui. De esta querrela se siguen dos definiciones de izquierda nacional: en su versión partidaria no peronista y la izquierda nacional en “sentido amplio”. Compartimos el primero de estos criterios, por razones que desarrollaremos fundamentalmente en el capítulo cuarto.

publicará uno de los textos más influyentes en los años sesenta-setenta, *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina* (1957). Tanto este, como *Historia de La Nación Latinoamericana* (1968), constituyen sus ensayos más relevantes. En tanto de Spilimbergo se destacan los siguientes trabajos: *Nacionalismo Oligárquico y Nacionalismo Revolucionario* (1958), *Juan B. Justo o el socialismo cipayo* (1960), *la Cuestión Nacional en Marx* (1968) y *Clase Obrera y Poder* ([1964] 2010)¹⁷. La izquierda nacional se reconoce parte del *movimiento nacional* conducido por el peronismo, sin homologar ambos términos. El peronismo resultaba ser la fuerza mayoritaria y conductora del movimiento nacional, pero no su único componente. Su perspectiva organizativa consistía en la creación de un partido de matriz vanguardista-leninista, que “golpee” junto al peronismo pero “marche” separado de este. La izquierda nacional en la visión de Ramos-Spilimbergo, en el contexto sesenta-setenta, se comprendía a sí misma como el proyecto de representación obrera partidaria al interior del movimiento nacional y se proponía disputar su conducción con el peronismo.

Por otro lado, se encuentra el peronismo de izquierda. En esta tradición político-ideológica ubicamos a Hernández Arregui. La figura más representativa del peronismo de izquierda es el político y ensayista John William Cooke (1920-1968)¹⁸. Como señala Omar Acha, el peronismo de izquierda es un emergente de los dieciocho años de proscripción e ilegalidad del peronismo, ya que nace como una “respuesta subversiva” al desplazamiento del peronismo del poder

¹⁷ En relación a la trayectoria de Ramos véase Regali (2012) y Maíz (2013).

¹⁸ De origen radical, Cooke forma parte de la bancada peronista bajo su primer periodo de gobierno. En el segundo tramo de la experiencia peronista -ya marginado de la fuerza gobernante- dirige la publicación *De Frente* (1953-1955), donde sostiene un apoyo crítico al peronismo, haciendo hincapié en la necesidad de desplazar a la “burocracia” de carácter político que controlaba a esta fuerza. Ya en el contexto de la resistencia peronista, con el movimiento proscripto y con Perón en el exilio, Cooke gana peso como su único delegado personal y eventual heredero en los años 1957 y 1958. Cooke fue, asimismo, uno de los artífices del pacto entre Perón y Arturo Frondizi en 1958. Cabe destacar su tentativa, no del todo fructífera, de constituir una dirección común al activismo obrero del primer tramo del posperonismo. En ese sentido, bajo la toma del Frigorífico Lisando de la Torre -uno de los hitos de la resistencia peronista- Cooke intenta desarrollar una “huelga general revolucionaria” que no prospera. A partir de allí comienza su eclipse político y su ascenso como ensayista, de fuerte gravitación en la izquierda peronista, sobre todo en los sectores juveniles. Es uno de los artífices de la vinculación entre peronismo de izquierda y el ideario de la revolución cubana, dado su exilio en ese país entre 1960 y 1963. Entre sus ensayos cabe destacar a *Apuntes para la militancia* (1973a) y al *Informe a las bases*, más conocido luego como *Peronismo y revolución* (1973b). Sobre Cooke, su obra y su trayectoria político-intelectual véase Sorín (2014) e Ibáñez (2010).

estatal (Acha, 2009: 301-309)¹⁹. Su conformación social puede definirse, bajo un criterio amplio, como obrera y de clases medias, no obstante, su mayor dinamismo radica la franja juvenil de las clases medias. Es allí, por otra parte, donde la identificación de izquierda es más significativa. Si bien al interior del peronismo, la dicotomía izquierda-derecha antecede a 1955, puede afirmarse que el despliegue de la izquierda peronista en los años sesenta-setenta acrecienta esta tensión y la lleva hasta límites incompatibles con el ordenamiento populista de su propia fuerza política. La izquierda peronista comparte con la derecha peronista su identificación con el liderazgo de Perón y circunscribe su perspectiva política al orden simbólico-imaginario cuyo vértice es Perón. Todo intento de radicalizar la base obrera y popular del peronismo e introducir divisas socialistas en el peronismo, debe ceñirse a la autorización –sincera o falseada– del líder del peronismo. Por fuera de la voz de Perón, la izquierda peronista no se encuentra autorizada a impulsar una política de masas propia. En caso de hacerlo –insistimos– pone en riesgo la propia viabilidad de un ordenamiento político populista. Si bien esta auto-adscrición en el mapa político de los años sesenta-setenta limita las posibilidades de formular una política autónoma de izquierda, reporta la posibilidad de formar parte de la única fuerza de base obrera significativa de la época.

La izquierda peronista considera a los trabajadores peronistas como el sector más consecuente en la lucha por la “liberación nacional”. Ello obedece a su apoyo tenaz a los dos gobiernos peronistas –aún en los momentos donde la fuerza gobernante perdía aliados como la Iglesia, el ejército o los núcleos nacionalistas conservadores–, a su participación en la experiencia peronista –ahora re-valorizada por la “situación revisionista” respecto al peronismo apuntada por Altamirano (2011: 83-85)– y a los atributos potenciales que la izquierda peronista proyecta sobre ellos. En ese sentido, la articulación trazada entre peronismo y marxismo, tiende a instrumentalizar al marxismo para los fines atribuidos al peronismo. Es decir, el marxismo para la izquierda peronista es un instrumento de análisis que fortalece la lucha del sujeto político legítimo –el movimiento peronista– por la liberación nacional, abriendo con ello un horizonte

¹⁹ Sobre la izquierda peronista véase Altamirano (2013a) y Gillespie (2011). Sobre el papel de la revista *Cristianismo y revolución* en la configuración de Montoneros, véase Campos (2016).

“socialista nacional”. Puede señalarse que este último resulta conceptualmente indeterminado y, en última instancia, se ciñe a los avatares que pueda abrir el despliegue de la lucha dada por el peronismo. La postura de la izquierda peronista es, como sugiere Acha, radicalmente inmanente: por fuera del peronismo no hay lucha emancipatoria posible.

Como señalamos, la izquierda peronista es una corriente discernible de la izquierda nacional. Trabajaremos esta distinción a lo largo de esta tesis. Por otra parte, debemos considerar una tercera corriente en los años sesenta-setenta, el nacionalismo popular *stricto sensu*, cuyo mayor representante fue Arturo Jauretche²⁰. Diversos testimonios de la época muestran el acercamiento, los intercambios y las tensiones entre estas tres vertientes de pensamiento político. Tomemos por caso el vívido relato de Norberto Galasso, quien se formó como historiador revisionista de izquierda bajo la estela de estas tres corrientes:

“Estos acontecimientos (refiere a los años 1961 y 1962) son comentados periódicamente, en los atardeceres de la librería ubicada en la Av. Córdoba entre Uruguay y Talcahuano, denominada Mar Dulce, por tres hombres que desde diversas perspectivas comparten inquietudes nacionales: Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos, el “vasco” fundador de FORJA, apasionado, profundamente metido en la vida, recubierto su profundo sentimiento fraternal, por su gesto agresivo, voz ronca y cejas hirsutas, viejo caminador de los problemas argentinos, tantas veces silenciado y perseguido que ha tenido que armarse esa imagen de gaucho malo, de bárbaro incluso, escondiendo su vocación literaria, así como su gusto por las artes plásticas y la Historia, tomándole el pulso a cada instante a su patria, con ese fino olfato de los que ven las líneas largas del destino de los pueblos y sabe, con generosidad grandota de criollo, “que solo somos eslabones”. El colorado Ramos, brillante en la charla, disparando agudos dardos contra los monstruos sagrados, con esa inquietante presencia de “diablo” que le descubriera Ernesto Sábato, audaz, desaprensivo, “uno de los pocos marxistas con humor”, según dijera Jauretche, intelectual metido a costa de audacia en los andariveles políticos, creándose enemigos siempre en un arte donde el objetivo primordial es nuclear, ca-

²⁰ Jauretche fue un militante yrigoyenista, formador y dirigente de “La Fuerza de Reorientación de la Joven Argentina” (FORJA) hacia mediados de la década del treinta, se incorpora al peronismo bajo el gobierno bonaerense de Ramón Mercante, sin ocupar cargos destacados. Su producción de textos en los sesenta-setenta es relevante, y en ella cabe destacar a *El Plan Presbich. Retorno al coloniaje* (1955), *Los profetas del odio* (1957) y un *best seller* de la época, *El Manual de zoncetas argentinas* (1968). Jauretche no se reconocía dentro de la izquierda marxista que propugnaban los autores reseñados, pero sí era cercano a esta constelación dada su común adhesión al pensamiento nacional-popular. Por otra parte, pueden encontrarse categorías típicamente marxistas en sus ensayos de la época. Sobre su obra y trayectoria político-intelectual véase Galasso (2003) y Molocznik (2010).

paz de gestar de la nada una editorial a fuerza de imaginación, como de desorganizar en cinco minutos un proyecto madurado largamente o “quemar” por una humorada, un promisorio trabajo político, denostador implacable de la “Década Infame” y de la izquierda cipya, víctima al fin de ambas en su picaresca y en la permanencia de los fantasmas de Stalin y Trotsky. Y el “profesor” Hernández Arregui, temperamento severo, pensamiento riguroso, acorazado contra ese mundo que lo hostiliza con injusticias, sustentador de un stricto código ético, hosco y distante generalmente, ocultando, tras su imagen académica de hombre de letras, la pasión militante que nutre las páginas de sus libros y su confianza en un futuro de fraternidad universal.” (Galasso, 2012: 136-137).

Testimonios de esta naturaleza nos llevan a pensar que la convergencia de representantes de estas tres corrientes –observable en conferencias, iniciativas editoriales conjuntas, en intercambios teórico-políticos, etcétera- configura una suerte de *campo nacional-popular* en los años sesenta-setenta²¹. La vigencia de este lugar común de pertenencia, no exento de tensiones internas, también se verifica si observamos el cruce entre nacionalismo y marxismo desde el recorrido de algunos referentes del nacionalismo –los que conservaron la cercanía al peronismo- y si analizamos una corriente intelectual de fuerte desarrollo en los años sesenta-setenta: el revisionismo de izquierda.

4. Notas sobre el revisionismo de izquierda

El historiador revisionista Fermín Chávez, perteneciente al nacionalismo, se preguntaba tempranamente, en un artículo denominado “Nacionalismo y marxismo” de 1957, sobre la posibilidad de ligar marxismo y nacionalismo (Chávez, 1957: 4)²². Lo hacía en una revista cuyo director, Eduardo Astesano, evidentemente esperaba una respuesta afirmativa y el comienzo de un diálogo teórico-político. Astesano era un intelectual militante que había roto con el PC a raíz de las posiciones asumidas por este partido en relación al peronismo y ahora impulsaba una revista llamada *Columnas del nacionalismo marxista*. En el artículo mencionado, Chávez señalaba que marxismo y nacionalismo eran compatibles, pero indicaba que el marxismo debía dejar de hacer excluyentes los términos

²¹ No pretendemos utilizar la expresión “campo nacional-popular” en un sentido sociológico. Más bien, la emplearemos como una herramienta descriptiva útil para ubicarnos en la cartografía político-ideológica de los años sesenta-setenta. Con ella aglutinamos a un conjunto discernible de ensayistas y militantes representados por las tres corrientes señaladas: izquierda nacional, peronismo de izquierda y nacionalismo popular. Esta delimitación político-ideológica se observa en las representaciones de estos mismos actores, y se sintetiza en la expresión “línea nacional”, como una polaridad contraria a una línea “antinacional”, “colonial” o “cipaya”, constituida por las izquierdas tradiciones y buena parte de las fuerzas no peronistas.

²² Sobre esta fuente véase el análisis de Georgieff (2008: 9-12).

“proletariado” y “nación” –como suponía venían haciendo los marxistas de la izquierda tradicional- para pasar a considerar a la nación como un hecho histórico, positivo y necesario. De allí que una política obrera debía dar cuenta de la cuestión nacional. Puede pensarse que intervenciones de esta naturaleza estimularon el profuso acercamiento entre marxistas y nacionalistas de los años sesenta, que tuvo su correlato específico en el campo historiográfico. De hecho, tanto Chávez como Astesano forman parte del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” en ese período.

Es necesario considerar que hasta 1955 el discurso peronista se encontraba regulado por una serie de dispositivos, que van desde las formulaciones del propio Perón hasta las disposiciones del Partido Peronista, la Escuela Superior Peronista o la Subsecretaría de Informes y Prensa. Tras la revolución libertadora, si bien, como señalamos, se desata una fuerte represión sobre las representaciones peronistas por parte del gobierno *de facto*, también estalla el corsé que encausaba y homogeneizaba los discursos peronistas desde el peronismo. Comienza así una reorganización molecular de núcleos intelectuales, políticos y sindicales que comienzan a diversificar los discursos afines al gobierno de- puesto. En este aspecto, los libros citados de Hernández Arregui y Cooke constituyen una historiografía filiada en el peronismo de izquierda. Junto a estas figuras señeras, cabe destacar el aporte posterior de dos intelectuales militantes: Rodolfo Ortega Peña (1935-1974) y Eduardo Luis Duhalde (1939-2012).

En los años sesenta, la apropiación de motivos del revisionismo histórico filiado en el nacionalismo conservador resulta útil para lucha política e ideológica contra los regímenes vigentes bajo la proscripción del peronismo, de allí que fuera alentada por el mismo Perón. En ese sentido, la analogía Rosas-Perón es apropiada por el peronismo como contrafigura de la “línea mayo-caseros” que reivindicaba desde el Almirante Isaac Rojas hasta el intelectual comunista Héctor Agosti²³. De este modo, la caracterización de Rosas y de su periodo históri-

²³ Hacia el año 1956 Agosti brindó una conferencia en la “Primera reunión nacional de intelectuales comunistas”, a la que llamó “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los intelectuales comunistas”. La exposición luego fue aprobada como tesis partidaria por el comité ejecutivo de Partido Comunista y publicada en una recopilación de ensayos del autor titulada *Para una política de la cultura* en 1956. Allí Agosti sostiene: “¿Pero qué es la “tradición progresista”, qué entendemos nosotros, argentinos, por “tradición progresista”? Tradición progresista es todo cuanto está enderezado a prolongar la línea de la tradición de Mayo, es decir,

co resulta particularmente atractiva para ensayistas como Hernández Arregui, abogados, como señalamos, a realizar una delimitación tanto de las izquierdas tradicionales como del nacionalismo conservador²⁴.

Como sugiere Fernando Devoto, un abordaje promisorio en el estudio del revisionismo histórico debe atender a la diversidad de sus expresiones (Devoto, 2004)²⁵. La homogeneidad historiográfica no parece ser la nota distintiva de los historiadores que se auto-ubicaban en el revisionismo en los años sesenta. Entre ellos se hallan diferencias sustantivas no solo en torno a las implicancias políticas buscadas en sus discursos, sino también en relación a los marcos teó-

la línea de la revolución burguesa, es decir la línea que a su debido tiempo procuró la aceleración del desarrollo capitalista en la Argentina. (...) Podemos discutir los métodos de Rivadavia; no podemos discutir, en cambio, que él representa el punto de partida de una conciencia nacional burguesa que pretende acabar con los remanentes económicos y jurídicos del feudalismo. Podemos discutir los métodos de Sarmiento o disentir en aspectos de su gestión que aparecen como contradictorios; no podemos discutir que la totalidad de su obra representa la toma de conciencia de una burguesía que necesita terminar con la dispersión semifeudal de los pequeños mercados no centralizados, tan audaz asimismo, y tan coherente en la totalidad de su obra que él incorpora a Darwin, alienta a Muñiz y descubre a Ameghino, con lo cual certifica la unidad interior de aquella conciencia. Atacarlos porque fueron burgueses parecería entonces un despropósito histórico, porque ése es justamente el mérito que los destaca en el proceso argentino con una ejemplaridad que no supieron seguir sus herederos de clase. Y si es cierto que Echeverría fue el primero en percibir la necesidad de la síntesis nacional, ello indica justamente que en el proceso histórico argentino no podemos ser ni “unitarios” ni “federales”, sino preocuparnos por descubrir los intereses y tendencias concretas que se ocultan en esa pugna que todavía embarulla la claridad de nuestro entendimiento.” (Agosti, [1956] 1969: 40-41). Ahora bien, el pensamiento de Agosti muestra una formulación significativa en dos libros posteriores del autor, “Nación y cultura” y “El mito liberal”, ambos de 1959 (Agosti, 1959; 1959). Hernández Arregui reconoce positivamente varias de las tesis vertidas en estos dos trabajos, identificando un viraje “nacional” en el pensamiento de Agosti, representativo de un cambio ideológico en las izquierdas. Sin embargo, le achaca a Agosti el quedarse a mitad de camino en muchos de sus desplazamientos, y la falta del reconocimiento de la labor realizada por el mismo Hernández Arregui y por otros ensayistas de la estela nacional-popular (Hernández Arregui, [1960] 2008: 350-355). Néstor Kohan destaca que “Imperialismo y Cultura”, publicado en 1957, no tuvo una reseña de *Cuadernos de cultura*, pese a que esta publicación contaba con una nutrida sección que mes a mes daba cuenta de la bibliografía publicada (Kohan, 2000: 246-247). Por su parte, Rodolfo Ortega Peña, desde su militancia juvenil en el comunismo, relata en el prólogo de la segunda edición del libro en 1964, que pretendió comentar la aparición del libro en la revista ligada a la actividad universitaria del PC, *Mar Dulce*, encontrando una respuesta negativa por parte del comité editorial ya que Hernández Arregui era “demasiado peronista”. Este autor señala haber experimentado una “liberación intelectual” con la lectura del libro, que con el correr de los años sesenta lo llevaría a identificarse con el peronismo, y, como señalamos, a sumarse a las filas del revisionismo histórico (Ortega Peña, [1964] 2005: 11-16). Según Kohan, en la disputa por posicionarse como intelectual izquierda en los años sesenta-setenta, Hernández Arregui derrota a Agosti por *nockout*. En relación a los libros referidos de Agosti y a sus diferencias con Hernández Arregui, véase A. Massholder (2014).

²⁴ En el capítulo tres examinaremos la historización del rosismo por parte de Hernández Arregui, explorando sus distancias y cercanías con otros revisionistas de izquierda. Como veremos, no hay en el discurso hernándezarreguiano una vindicación de Rosas como en buena parte de los revisionistas tradicionales, y ello lo acerca a la historiografía filiada en la izquierda nacional.

²⁵ Véase también Devoto–Pagano (2010).

ricos utilizados, a las claves interpretativas propuestas y a los objetos de estudio trazados. Si el revisionismo de los años treinta encontraba mayor cohesión en torno a un objeto de estudio -el siglo XIX y particularmente el período rosista- y en la pertenencia a una tradición político-intelectual -el nacionalismo conservador-, durante los años sesenta el interés por el siglo XX y particularmente por el peronismo -sin desechar por eso el tratamiento del siglo XIX-, anima la producción de muchos revisionistas de izquierda. Por otra parte, como señalamos, muchos de los tópicos trabajados por los nuevos revisionistas provienen del viejo revisionismo. Sin embargo, pese a la persistencia de cierto estilo tradicionalista en algunos de los nuevos revisionistas, estos temas son abordados de modo distinto. En esa dirección el uso del *corpus* marxista resulta clave. Por otra parte, buena parte de los nuevos revisionistas se caracterizan por elaborar líneas interpretativas novedosas donde, en particular para el período de guerras civiles y organización nacional, ganan lugar los caudillos del interior y pierde peso, se abandona, o se matiza –dependiendo el caso-, la reivindicación de Rosas.

La proliferación de revisionismos referida se desarrolló en distintos espacios de sociabilidad y publicaciones donde la coexistencia de historiadores se tornó problemática y pudo sostenerse por la existencia de un adversario común: el liberalismo y la historiografía erudita. El Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” (1938-1971), se constituyó como un lugar de coexistencia de revisionistas de distintas extracciones y perfiles durante los años sesenta (Srtorini, 2004). Allí confluyeron historiadores revisionistas tradicionales –política e intelectualmente ligados al nacionalismo conservador- junto con historiadores de izquierda identificados con el peronismo, como Peña y Duhalde, o marxistas cercanos al peronismo, como Astesano. También se destacan publicaciones donde los revisionistas convergieron como *Revisión* -bajo la dirección de Alberto Mondragón-, que apareció durante 1959-1960 sin adscripción institucional y durante 1964-1965 como órgano oficial mensual del Instituto Juan Manuel de Rosas. Allí escribieron Ramón Doll, Arturo Jauretche, Juan Pablo Oliver, Eduardo Astesano, Atilio García Mellid, Fermín Chávez, Enrique R. Tamagno, Enroque Pavón Pereyra, Alberto Escurra Medrano, entre otros. Ni en el Instituto ni en publicaciones como “revisión” tuvo participación Hernández Arre-

gui, quien pareciera haber concentrado sus esfuerzos historiográficos en sus libros.

Como observamos, los libros de Hernández Arregui se inscriben tanto en el acercamiento entre marxismo y nacionalismo popular que contribuye ideológicamente a la constitución de un peronismo de izquierda, como en el revisionismo de los años sesenta. Miradas ambas dimensiones en su conjunto, damos cuenta de su complementariedad, ya que el saber histórico era considerado por Hernández Arregui, como señalamos, formativo del sujeto político que se esperaba impulsara una transformación revolucionaria de la Argentina. Por otra parte, realizamos esta investigación disponiendo de una bibliografía que expone las principales tesis de su obra y que ha puesto de relieve el quiebre que para el autor significó el año 1955²⁶. Veamos algunos aportes significativos que arrojan estos trabajos.

5. El recorrido de Hernández Arregui

Hernández Arregui nace en Pergamino, provincia de Buenos Aires en 1912, y pasa su infancia y adolescencia en Capital Federal. En 1933 se radica en Villa María, Córdoba, donde se liga al sabattinismo a través de vínculos familiares y ocupa un empleo en un faro cultural local, la biblioteca “Bernardino Rivadavia”. Durante la gestión provincial de Amadeo Sabattini (1936-1940), ocupa pequeños cargos públicos y participa en periódicos políticos afines a esta corriente del radicalismo. Hacia 1938, con veintiséis años de edad, se radica en Córdoba Capital, a efectos de comenzar sus estudios en el departamento de filosofía de la UNC. En su militancia en el sabattinismo se relaciona con la agrupación Forja, y se identifica fuertemente con la figura de Raúl Scalabrini Ortiz. Simultáneamente, en la UNC traba relación con el filósofo italiano Rodolfo Mondolfo, su “venerado maestro”, quien se radica en la Argentina tras ser perseguido en su país de origen por el fascismo. Pareciera ser que la formación teórica de Hernández Arregui se desarrollara en base a dos referencias claves. Por un lado Mondolfo, con quien comparte una lectura “humanista” de Marx²⁷. Por otra

²⁶ Véase Galasso (2012) y Piñeiro Iñiguez (2013).

²⁷ Se sabe que marxismo mondolfiano tiene por adversario al “determinismo económico”, al que reprocha no dar cuenta de la actividad consciente y voluntaria del hombre en el proceso histórico. En el capítulo segundo examinaremos el pensamiento del intelectual italiano, haciendo

parte, se sabe que Hernández Arregui se relaciona en Córdoba con los trotskistas Esteban Rey (1915-2003) y Alfredo Terzaga (1920-1974). Pareciera ser que en el diálogo e intercambio con ambas vertientes de pensamiento marxista -el mondolfiano y el trotskismo devenido en los años sesenta en “izquierda nacional”- y al calor de la experiencia sabattinista y peronista (a esta última Hernández Arregui adhiere desde sus primeros tramos), se forma su particular visión del marxismo.

Ya entrado el peronismo, Hernández Arregui ocupa un puesto de poca relevancia en el gobierno de Buenos Aires del Coronel Ramón Mercante, al que llega a partir de su vínculo con Jauretche. A la par sostiene su actividad académica, ganando hacia 1950 el concurso para Profesor Adjunto en la cátedra de Historia en la Universidad de La Plata, junto a la titularidad de Historia del Arte en el Colegio Nacional de La Plata, y, meses más tarde, al ingresar como profesor adscripto de Sociología en la Facultad de Ciencias Económicas, de la UBA. En la segunda presidencia de Perón es marginado del partido gobernante, dándose episodios de persecución ideológica dada su abierta adhesión al marxismo. Paradójicamente, la “revolución libertadora” lo incluye dentro de las listas de profesores cesanteados. A partir de allí, comienza su trayectoria como ensayista clave del campo nacional-popular, publicando los libros anteriormente referidos. En todo el lapso de su actividad académica (1938-1955), Hernández Arregui produce una serie de estudios académicos, que parten de su tesis doctoral llamada “Las bases sociológicas de la cultura griega” (1944), trabajo que lo condecora con la medalla de oro de ese año, y prosigue con siete investigaciones más sobre diversas disciplinas, entre ellas: filosofía, sociología e historia²⁸. Como observamos, el quiebre está dado por su desplazamiento de las instituciones universitarias y su vuelco a la lucha político-ideológica de los años sesenta-setenta.

A partir de lo desarrollado en este capítulo, contamos de una serie de coordenadas útiles para explorar los problemas de estudio ya sugeridos. Aquí procu-

hincapié en algunas de sus categorías. Luego analizaremos el materialismo histórico en la obra de Hernández Arregui, cotejando ambas perspectivas.

²⁸ Véase J.J Hernández Arregui (1944); del mismo autor, (1945); del mismo autor, (1947); del mismo autor, (1950); del mismo autor, (1951); del mismo autor, (1952); del mismo autor, (1954a); del mismo autor, (1954b). Sobre este “primer” Hernández Arregui de perfil académico, véase Díaz (2013).

ramos enriquecer lo conocido sobre Hernández Arregui con aportes provenientes de la historia social, económica, política, historiográfica e intelectual. En base a lo expuesto, podemos significar al año 1955 como el punto de inflexión en el itinerario de Hernández Arregui y comprender las implicancias de ubicar su obra en los años sesenta-setenta. Como fue expuesto, no puede comprenderse el abandono, por parte de Hernández Arregui, de la actividad académica y su fuerte apuesta por una radicalización del peronismo, si no se considera el estado de situación social, económica y política de la Argentina de la época. En ese marco se desarrolla una nueva formación política: la izquierda peronista. Las intervenciones de Hernández Arregui buscan fundar desde el plano de las ideas dicha corriente política. Consideremos la relevancia del marxismo para la empresa que se propuso Hernández Arregui –constituir una nueva izquierda argentina- y veamos bajo qué claves Hernández Arregui intentó officiar de intérprete de esta tradición.

CAPÍTULO 2. EL MARXISMO EN HERNÁNDEZ ARREGUI

1. Introducción. 2. Notas sobre el marxismo en Rodolfo Mondolfo. 3. El marxismo en Hernández Arregui.

1. Introducción

Como señalamos en el capítulo uno, Hernández Arregui elabora una interpretación original del marxismo ceñida a la Argentina de los años sesenta-setenta. Cabe destacar que hacia 1960, a raíz de la publicación de *La formación de la conciencia nacional*, se desarrolla un intercambio polémico en la revista de política *El popular* entre Jorge Abelardo Ramos y Hernández Arregui, donde este afirma ser marxista por ser peronista (Galasso, 2012: 129-133). Pareciera ser que en esta ligazón de identificaciones el autor sienta un precedente ideológico relevante para la izquierda peronista, todavía escasamente desarrollada en los primeros años sesenta. Sin embargo, no podría afirmarse que el conjunto coordenadas ideológicas trazadas por Hernández Arregui sean incorporadas sin más a la izquierda peronista, sobre todo si consideramos su momento de mayor gravitación política, es decir los primeros años setenta. Por tomar un aspecto significativo, se sabe que el componente católico fue sumamente significativo en la formación de la Juventud Peronista y particularmente en Montoneros, la organización que termina conduciendo esta corriente. En cambio, el pensamiento hernándezarreguiano es de carácter abiertamente laico. En *Nacionalismo y Liberación* (1969), al analizar el proceso de radicalización de sectores de la Iglesia Católica y el conocido diálogo entre intelectuales marxistas y católicos desarrollado fundamentalmente en Francia, el autor señala que marxismo y catolicismo son incompatibles en tanto parten de supuestos filosóficos distintos. La “izquierdización” intelectual y política del catolicismo no resultaba significativa por las razones vertidas por sus propios artífices, sino, más bien, por brindar un marco de debate propicio para que los cristianos argentinos “comprendan” la cuestión nacional (Hernández Arregui, [1969] 2011:25-28).

Ya señalamos que la llamada cuestión nacional era un problema teórico relevante en la tradición leninista. Este resulta central tanto para Hernández Arregui, como para el conjunto de intelectuales marxistas identificados con el cam-

po nacional-popular de los años sesenta-setenta. En Hernández Arregui, alrededor la cuestión nacional se entrevera un conjunto de problemas teóricos: la definición de una cultura nacional, las coordenadas a seguir por el revisionismo histórico de izquierda, la estructura de clases de la Argentina, la cuestión del sujeto político y la definición de un horizonte socialista, entre otros. En ese sentido, Hernández Arregui tiene por fuente clave un conjunto de textos de Lenin, que serán analizados en el capítulo tercero. En este aspecto, resulta sumamente significativa la cercanía del autor con los referentes de la izquierda nacional. Sin embargo, en los trabajos de divulgación del pensamiento hernándezarreguiano, se suele insistir en la vinculación del autor con Rodolfo Mondolfo, desarrollada en su paso común por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) en los primeros años cuarenta, al momento en que Hernández Arregui desarrolla estudios en filosofía. Ello pareciera sostenerse en base a las apreciaciones que Hernández Arregui realiza sobre su propia formación intelectual y sobre su obra. El autor califica a Mondolfo como su “venerado maestro” (Hernández Arregui [1963] 2005: 13), y define al marxismo como un “humanismo” (Hernández Arregui [1969] 2011: 49-51), un calificativo distintivo del marxismo mondolfiano. Empero se sabe que Mondolfo fue un tenaz crítico del leninismo y de versiones del marxismo que consideraba ligadas a esta vertiente, como la versión de la “filosofía de la praxis” de Antonio Gramsci²⁹. Cabe destacar que en su búsqueda por brindar una “recta interpretación” del materialismo histórico, Mondolfo efectúa una crítica a los últimos trabajos de Federico Engels. El filósofo italiano consideraba que en base ellos muchos marxistas hacían del materialismo histórico un “determinismo económico”, tergiversando la orientación humanista de esta tradición. A continuación realizaremos un somero examen del marxismo mondolfiano. Luego, realizaremos un trabajo similar sobre el marxismo hernándezarreguiano, ensayando un contrapunto entre ambas perspectivas.

²⁹ Puede consultarse su artículo “En torno a Gramsci y la filosofía de la praxis”, publicado en castellano como apéndice de *El materialismo histórico en F. Engels* (Mondolfo, [1912]1956: 383-413).

2. Notas sobre el marxismo en Rodolfo Mondolfo

Rodolfo Mondolfo (1877-1976) fue un filósofo italiano que cuenta de una amplia obra orientada a la reflexión práctica sobre la moral, la historia, la pedagogía, la sociología y la política. Su identificación con el socialismo y su original trabajo de exégeta del *corpus* marx-engelsiano, lo ubican como un relevante intelectual de izquierda³⁰. Junto a su participación en los debates que atravesaban al marxismo continental en el primer tramo del siglo XX, Mondolfo se desempeñó en el ámbito académico, como profesor e investigador universitario, fundamentalmente en la Universidad de Bolonia. Bajo el fascismo y en razón a su origen judío, Mondolfo fue jubilado de oficio en 1938. En ese marco, el autor contaba de una buena vinculación con intelectuales argentinos, su libro *Feuerbach y Marx* había sido traducido al castellano por M. H. Alberti en 1933. De allí que en 1939 decida radicarse en la Argentina, mediante la gestión de su visa por parte del diputado socialista A. L. Palacios. Un año después, tras un breve paso por la Universidad de Buenos Aires, Mondolfo acepta el ofrecimiento de la Universidad Nacional de Córdoba para dictar un seminario de historia de la filosofía y para asumir una cátedra de griego clásico en el recientemente creado Instituto de Humanidades³¹. En 1946 se incorpora a la Universidad de Tucumán como director del Departamento de Filosofía y toma el dictado de una cátedra de filosofía antigua, que ocupa regularmente hasta 1953, cuando decide radicarse en Buenos Aires, alejándose de la docencia.

El recorrido académico de Mondolfo en la Argentina se ciñe a los departamentos de filosofía y a la difusión de sus investigaciones. Sus obras sobre filosofía antigua, cultura griega y, en menor medida, filosofía moderna, fueron ampliamente leídas en la Argentina³². Aquí nos detendremos en sus trabajos sobre el marxismo, atendiendo, como sugiere Gerardo Oviedo, que las diversas facetas

³⁰ De su obra alcance historiográfico, filológico y hermenéutico sobre el marxismo cabe destacar Mondolfo (2006 [1909]); (1956 [1912]); (1955a); (1969); (1973); entre otros.

³¹ Como señalamos, en ese marco institucional Mondolfo tiene por alumno a Hernández Arregui.

³² Su vasta obra sobre filosofía antigua es una referencia consagrada en este campo de estudios. Néstor Cordero señala que su *Breve historia del pensamiento antiguo* (1974) fue un libro de amplia circulación entre varias generaciones de estudiantes filosofía (Pogatschnig, 2009: 9-19). En este campo también resultó relevante *La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua* (Mondolfo, 1955) y varios artículos de su autoría re-editados recientemente (Mondolfo, 2009).

de su obra se ensamblan en una preocupación común: elaborar una antropología voluntarista informada filosóficamente (Oviedo, 2006).

El pensamiento de Mondolfo puede definirse como un “humanismo historicista”, que ubica al hombre -a su actividad conciente y voluntad- como el meollo del proceso histórico. El marxismo representa una última estación intelectual que supera a la entera tradición del pensamiento occidental moderno, originado en el Renacimiento. En rigor, el *principio de continuidad histórica* postulado por Mondolfo y su conclusión última en el marxismo como corriente intelectual y en el socialismo como su expresión política, se retrotrae, en algunos puntos fundamentales, al pensamiento griego. Esta continuidad del desarrollo intelectual se inscribe en una continuidad mayor, referida al desarrollo de la sociedad en su conjunto. La historia para Mondolfo se encuentra signada por avances y retrocesos que, en última instancia, decantan el progreso humano, tanto individual como colectivo.

Mondolfo entendía que tras una mala comprensión del *corpus* marx-engelsiano, el materialismo histórico devenía en un “cientificismo de izquierda”, desviándose de su de su sentido humanista originario. De este modo, su interpretación del comunismo crítico –Mondolfo es renuente a emplear el término “materialismo”- se basa en un retorno a la antropología juvenil de Marx, fundada en una extensa hermenéutica de sus tesis sobre Feuerbach. Así Mondolfo elabora una temprana distinción entre la orientación filosófico-antropológica atribuida a Marx -asignándole centralidad al problema del conocimiento y al problema moral- y algunos deslices de los últimos trabajos de Engels, centrados en el problema ontológico -la relación entre el ser y el devenir- y en un uso por momentos “metafísico” del concepto de materia³³. De este modo, las deficiencias de Engels

³³ En *El humanismo de Marx*, Mondolfo reivindica la validez de la orientación general de sus primeros trabajos, destacando la originalidad de su interpretación humanista e historicista del *corpus* marx-engelsiano (Mondolfo, 1973). El autor señala que tanto *Los manuscritos de 1844* de Marx, como la *Ideología alemana* de Marx y Engels, fueron publicados hacia 1932 por el “Instituto Marx-Engels”, es decir cerca de veinte años después de sus primeros ensayos. A su criterio, esta ampliación del *corpus* marx-engelsiano corroboraría la orientación general de sus propios trabajos, y estudios posteriores como los de Erich Fromm mostrarían la difusión de su perspectiva (Fromm, 1961). Sin aventurar una evaluación de la correspondencia entre pensamiento mondolfiano y el de de Marx y Engels, se puede asentir con respecto a la originalidad de su intervención en el universo marxista de principios del siglo XX. Jürgen Habermas destaca que en el marxismo continental de la segunda posguerra, se desarrolla una tendencia orientada a informar filosóficamente al pensamiento marxiano en clave humanista. Al igual que en Mon-

para presentar su propia concepción, alimentan la interpretación vulgar del materialismo histórico, según la cual Marx y Engels habrían procedido a “invertir” la dialéctica hegeliana, sustituyendo el espíritu absoluto por “lo real”, es decir por la materia, en la naturaleza, y por la economía, en la historia. En esta perspectiva, la dialéctica sería un ritmo de desarrollo que se desenvuelve *en las cosas*, haciendo de estas el sujeto de la historia.

Mondolfo sostenía la tradicional tesis Marx-engelsiana de la burguesía como clase progresista en la historia. De allí que el desarrollo tecnológico-productivo, el pensamiento científico y el ideal moderno de una sociedad civil democrática e igualitaria, representan un conjunto de avances gestados por la burguesía, que el proletariado debía incorporar a una nueva sociedad y a una nueva visión del mundo. En esa tesitura, en el marco de los debates en torno a la revolución rusa de Octubre de 1917, Mondolfo señalaba la necesidad de una “etapa capitalista” como condición de posibilidad para la formación de sociedad socialista; de allí que los bolcheviques habrían “forzado la realidad” ya que en Rusia persistían relaciones sociales feudales en el espacio rural, por lo tanto el socialismo en dicho país era una mera “ilusión”. El autor buscaba justificar doctrinariamente una política socialista, que se desarrolle sobre el delicado equilibrio entre las condiciones ineludibles que arroja la objetividad social y la subjetividad ético-política de querer transformar esa realidad. Es decir, si el capitalismo avanzado era la única formación social capaz de encerrar la potencialidad de una subversión social de signo socialista, debía considerarse que el proletariado se constituye como sujeto tanto en base a sus intereses comunes de clase, como en torno a las exigencias de carácter ético que logra plantearse ante sí mismo y ante la sociedad en su conjunto. Es imprescindible considerar que ambas reivindicaciones –sociales y éticas- deben presentar un carácter universal, referidas al proletariado como una clase internacional que padece la negación de su condición humana y postula una sociedad futura común para todos los hombres. Detengámonos en el concepto de hombre que presenta este discurso.

dolfo, esta parte de la crítica a la “ortodoxia” ligada a la URSS y a las versiones “cientificistas” del materialismo histórico, que tendrían por base las últimas elaboraciones de Engels y aspectos claves de la obra de Lenin (Habermas, 1987).

Se sabe que el marxismo mondolfiano considera que una sociedad regida por la propiedad privada de los medios de producción y por el trabajo asalariado, enajena al hombre. Este se extraña de su condición humana. Ello supone un concepto de hombre en tanto ser social que realiza de modo cooperativo el trabajo destinado a satisfacer sus necesidades y que estudia racionalmente sus condiciones de existencia social, en busca de su constante perfeccionamiento personal y de la consecución un ideal humano de libertad³⁴. Todas estas cualidades que el humanismo incorpora al concepto de hombre, se encuentran enajenadas en la sociedad burguesa. Una de las manifestaciones principales de la enajenación moderna es la escisión entre sujeto y objeto. El materialismo histórico debía auspiciar la restitución de dicha unidad perdida, de allí el concepto de *inversión de la praxis* propuesto por Mondolfo.

Según Mondolfo, el filósofo de procedencia hegeliana L. Feuerbach había encontrado en el fenómeno religioso la “hipóstasis” o “auto-alienación”. Ello significaba que el hombre proyectaba en su exterior, la contradicción que experimentaba en su interior entre realidad e idealidad, constituyendo un mundo supra-terrenal superior al de su existencia mundana. Marx habría percibido este fenómeno en toda aquella situación donde la humanidad se encuentra en “contradicción consigo misma”. De este modo, la “inversión de la praxis” es la autoconciencia de la contradicción experimentada en la interioridad del humano y el consiguiente trabajo destinado a superarla en el mundo exterior, de allí que teoría y praxis sean dos momentos del mismo proceso de actividad³⁵. La rela-

³⁴ Al calor de los debates sobre la revolución rusa de 1917, Mondolfo sostiene que el materialismo histórico no solo sostiene un concepto negativo de la libertad, en el sentido de crítica a las condiciones sociales que la niegan, sino que asume otro positivo, en tanto busca conquistar las condiciones sociales de vida en las cuales el hombre pueda ser realmente libre (Pogatschnig, 2009: 99).

³⁵ Según M. Pogatschnig, en Mondolfo el marxismo deviene un “idealismo especulativo” (Pogatschnig, 2009: 35-56). Como señalamos, la centralidad del sujeto histórico humano postulada por Mondolfo está en abierta contradicción con las versiones “objetivistas” del marxismo. Para Mondolfo, estas harían del sujeto humano un epifenómeno o “reflejo” de leyes que rigen la realidad socio-económica. Sin embargo, según Pogatschnig, Mondolfo deriva en un equívoco simétrico de signo opuesto: el subjetivismo. Es decir, Mondolfo realizaría una inversión que hace del objeto un reflejo o epifenómeno del sujeto. En rigor, el objeto pasa a representar una exteriorización de la potencialidad-interioridad postulada en el sujeto de manera abstracta. El cuerpo, la naturaleza y las relaciones sociales pasan a ser o condiciones externas para la existencia del sujeto y de la conciencia o condiciones interiorizadas por la actividad cognoscitiva del sujeto. En este segundo caso representan un objeto-limitación que niega la condición humana, en tanto deber-ser originado en la interioridad del sujeto. De allí que en la negación del mundo social opresivo, se encuentra la afirmación de la humanidad. De este modo, el proletariado

ción establecida entre la esfera interior del sujeto y la esfera exterior –entre sujeto y objeto- es dialéctica por definición. Es decir, tiene por punto de origen un principio de conflicto que sigue el ritmo de la “negación de la negación”. Ahora bien, ley dialéctica para Mondolfo remite a la forma de la experiencia humana, al modo en el que se desenvuelve la relación sujeto-objeto, no a su contenido. De allí que el materialismo histórico no pueda formular juicios de previsión fáctica:

“Ahora bien, considerar la dialéctica en función de la previsión fatalista de un acontecimiento *dato*, significaría entrar en el contenido específico del desarrollo particular, transferir la ley del aspecto formal al aspecto material, convertir el ritmo en obstétrico del proceso. Mas este fatalismo dialéctico no corresponde a Marx ni a Engels, quienes, contra tal concepción introducen, en la visión de la historia, el voluntarismo con la concepción de la *unmwalzende Praxis* (praxis que se invierte). La inversión de la praxis aplica a la historia la dialéctica de la necesidad, cuya teoría fue formulada por Feuerbach; ello significa que la relación que hay entre las condiciones existentes y las aspiraciones y actividades humanas, es una relación de oposición por la cual el proceso histórico sale del esfuerzo de superación. Sin esta oposición el proceso histórico no podría cumplirse; donde falta la lucha, la historia muestra en blanco sus páginas.

Si por ejemplo, desde su condición de *Unmenschlichkeit*, el proletariado no alcanzase (como acontece alguna vez, por lo menos temporariamente) a la conciencia de la humanidad y a la voluntad de realizarla el proceso histórico –como Engels hubo de mostrarlo en la *Condición de las clases trabajadoras*- permanecería paralizado en el pantano de la adaptación resignada y pasiva. En consecuencia, no basta la negación de la humanidad para prever la fatalidad de la negación ulterior, si no acude en su socorro la energía viva de la voluntad consciente que experimenta la *necesidad de la superación*.” (Mondolfo [1912] 1956: 376-377).

Se desprende de aquí que el voluntarismo es necesario para la transformación socialista. No obstante, Mondolfo rechaza formulaciones del marxismo que considera elitistas, ya que postulan a un grupo enérgico de militantes por encima de los procesos vitales de las masas, de allí que Mondolfo rechace la teoría de un “príncipe moderno” formulada por Gramsci³⁶. Veamos la concepción que el autor tenía de la correcta “conciencia revolucionaria”. Allí, como veremos, podemos encontrar una segunda acepción del concepto de alienación.

sería para Mondolfo la encarnación realista, en la moderna sociedad capitalista, de una voluntad ética trascendente de las condiciones históricas.

³⁶ A su criterio, en Gramsci la formación espiritual socialista recae en una élite, de impronta “jacobina” o “bolchevique”, que sustituye a la masa imponiendo a-históricamente el cambio social bajo un nuevo “bloque histórico” (Mondolfo, [1912]1956: 383-413).

Para Mondolfo el principio de continuidad histórica -según el cual cada desarrollo humano parte de un desarrollo precedente y se liga a este por negación dialéctica- solo puede ser captado por la “conciencia revolucionaria”. Es decir, la conciencia revolucionaria es “conciencia histórica”, en tanto necesita comprender lo dado históricamente para llevarlo a un momento superior. Ahora bien, el despliegue de la conciencia revolucionaria debe evaluarse en dos niveles. Por un lado, en la lucha ideológica contra el “espíritu conservador”, es decir en la dimensión exterior al sujeto. Allí, en aras de lograr difundir su perspectiva, el revolucionario repudia lo existente y proyecta un nuevo desarrollo bajo la forma de un nuevo ideal social, desligado de lo dado históricamente³⁷. Pero en este movimiento, previo a la acción transformadora *stircto sensu*, el revolucionario alberga en su intimidad la certeza del principio de continuidad histórica. Es decir, en su fuero íntimo el revolucionario reconoce que todo nuevo desarrollo parte de un desarrollo precedente, es decir, de lo dado históricamente³⁸. Pero por otro lado, se desarrolla otro movimiento, que nace de la dimensión interior del revolucionario. Este, pese a reconocerse “hijo de su tiempo” como acabamos de señalar, debe negar momentáneamente su condición histórica y mostrar que el mismo como sujeto encarna la ruptura con el pasado. Sin embargo, esta “alienación parcial” del revolucionario se revierte al momento de pasar a la acción, ya que allí se vuelve a revelar como todo progreso necesita de sus desarrollos precedentes. Esta oscilación entre historicismo y a-historicismo es

³⁷ De este modo, la dinámica de la dimensión específicamente ideológica de la lucha de clases estimula, transitoriamente, el enfoque a-histórico: “Y como la propia clase conservadora personifica en sí el pasado, la clase revolucionaria se encuentra empujada a personificar en sí, y solamente en sí, el porvenir. En el mismo sentido coopera también la necesidad de una más clara afirmación del ideal. Para desplegar toda su energía y poder de atracción el ideal debe presentarse puro de toda mezcla con la realidad: sus rasgos se hacen más distintos y vivos en tanto su luz se proyecta por contraste sobre el fondo oscuro de la realidad. Y para afirmar decididamente ideales de innovación se precisa, por otra parte, haber superado en su intelecto y voluntad la lucha interior contra el pasado, estar libre de sus vínculos, haberlo rechazado fuera de su propio interior.” (Mondolfo, 1955a: 28-29).

³⁸ A su criterio, el enfoque historicista de la lucha de clases sería patrimonio del socialismo filiado en el materialismo histórico: “Los teóricos del socialismo afirman justamente tal filiación: el proletariado es creación del capitalismo industrial y debe a éste, junto con su formación, también la conquista de su conciencia de clase. Hijo rebelde, entonces, que tiende a sepultar al padre; demonio intolerante que el mago que lo evocó no puede ya dominar. Sin embargo, también en esta lucha el proletariado, al sentirse hijo del capitalismo contra quién se levanta, no puede considerarlo extraño ni querer romper todo vínculo de continuidad con él; más bien tiene interés en estimularle y empujarle en el camino de su desarrollo que resulta también su propio desarrollo”. (Mondolfo, 1955a: 26).

denominada la “antinomía del espíritu revolucionario” y presenta un carácter necesario³⁹.

La conciencia revolucionaria debe tomar conciencia de esta contradicción que la constituye, ser auto-conciente, y ello permite el predominio del momento historicista por sobre el momento de ruptura. De este modo, al consolidarse el principio de comprensión de la continuidad histórica como condición de todo progreso humano, por encima de las formulaciones quebrantamiento o ruptura con lo dado, se forma una política adecuada para “preparar” a la masa proletaria en una perspectiva de futuro democrática y socialista. De allí que para Mondolfo el momento socialista de negación del mundo burgués, al constituirse en *acción política*, incorpora parte de lo negado, es decir, produce una “síntesis superadora”.

3. El marxismo en Hernández Arregui

Hernández Arregui brinda una presentación genérica del materialismo histórico en clave anti-determinista. En esa dirección, el autor apunta una suerte de coincidencia parcial con Mondolfo (Hernández Arregui, [1960] 2008: 176). De allí que defina al materialismo histórico como un humanismo, fundado en la crítica de la alienación en la sociedad capitalista. Así, el pensamiento marx-engelsiano reivindicado por Hernández Arregui, buscaría que el sujeto humano reconquiste “para sí” las potencias del mundo material que él ha creado y que se le presentan como extrañas a su dominio y voluntad. Es decir, el proletariado ha modificado la realidad material vía el trabajo colectivo, pero su conciencia no accede a la naturaleza y el ritmo en el que tal proceso se desarrolla, sino que mantiene una representación falaz del mismo. Es decir, el trabajador alienado tiene una falsa conciencia de la realidad social, y ello le impide compren-

³⁹ De allí que el autor apunte: “En tanto revolucionario, es decir, en el acto de proclamación de la lucha, en que la antítesis deben asumir una forma más resuelta y enérgica; pero eso demuestra que semejante tendencia no depende de condiciones accidentales, porque sin lucha no puede haber espíritu revolucionario. Entonces no se trata de condiciones exteriores, sino interiores al propio sujeto revolucionario.(...) Como revolucionario, entonces, proyecta fuera de sí su propia interioridad histórica, cumple una auto-alienación parcial, para oponer a la parte de su formación interior, que repudia, la otra parte, en la que reconoce y afirma su verdadera e íntima esencia intelectual. La separación entre real e ideal entre existencia alcanzada y exigencia deontológica, representa, por lo tanto la situación de la conciencia revolucionaria. Situación que constituye lo que podría llamarse la antinomía del espíritu revolucionario, es decir su contradicción interior ineliminable.” (Mondolfo, 1955a: 31).

der el conjunto de relaciones supra-individuales de clase en el que está inmerso. Es decir, la alineación implica que el proletariado permanezca extrañado de su ser social.

Sin embargo, la dialéctica en Hernández Arregui se estructura sobre una polaridad diferente a la de Mondolfo. Ya vimos que en el filósofo italiano el momento de negación era postulado genéricamente, y refería al enfrentamiento entre proletariado y burguesía. De este modo, el materialismo histórico contenía el principio de continuidad histórica. En cambio, en Hernández Arregui el principio de conflicto –sobre el que reposa la lógica dialéctica- deriva de la experiencia social latinoamericana:

“La enseñanza de la historia encubre los intereses de la clase vencedora expuestos como valores eternos de la nación. Esto es particularmente cierto en los países coloniales. Sarmiento será para la oligarquía ganadera un arquetipo, pues su concepto de “barbarie” implica la negación de las masas en la historia. A la inversa, si la clase trabajadora pudiese elevarse súbitamente a la conciencia histórica, designaría en Sarmiento un enemigo, y en los caudillos, el antecedente necesario de su propia lucha como clase nacional.” (Hernández Arregui [1963] 2005: 22).

De allí que en Hernández Arregui, el momento de negación implica una liquidación del pasado, materializado en la clase dominante argentina:

“Con esta clase ganadera, que usufructúa promiscuamente el poder en la Argentina, *sin bases históricas objetivas*, no hay pacificación posible.” (Hernández Arregui, [1969] 2011: 224).

El *continuum* del tiempo histórico no opera sobre la sociedad burguesa en su conjunto, al modo mondolfiano, sino que tiene validez solo para el sujeto que transforma la historia. Este está conformado por un conjunto de clases sociales y de identidades culturales. Es decir, para Hernández Arregui la realidad nacional y latinoamericana se estructura sobre una polaridad constituida por un bloque nacional-popular y otro oligárquico-imperialista. De este modo, el principio de conflicto se relaciona tanto con los intereses socio-económicos, como con la pertenencia cultural. En este aspecto, es necesario dar cuenta de la articulación de materialismo histórico y nacionalismo popular. Esta tiene implicancias significativas en el concepto de hombre sobre el que opera el discurso de Hernández Arregui. Este ya no se presenta como un ser social universal, al modo mondolfiano, sino que asume una doble determinación. Para Hernández Arregui el hombre es ser social y ser nacional. Desde el materialismo histórico,

la cualidad social-laboral es una de las determinaciones esenciales del hombre, y, desde el nacionalismo popular, la cualidad cultural es otra determinación esencial del hombre. El autor pareciera no buscar subordinar una determinación a la otra. Esta antropología tiene implicancias político-performativas específicas para la Argentina de los años sesenta-setenta y más extensivamente para Latinoamérica en su conjunto, aspecto que consideraremos en el capítulo cuatro, en relación al sujeto político formulado por Hernández Arregui.

A criterio de Hernández Arregui, la revisión de la historia revela que la cualidad esencial de portar una “cultura nacional” corresponde a determinadas clases sociales y no a otras. En ese sentido, las masas populares latinoamericanas son las portadoras de una “cultura hispanoamericana”, que hunde sus raíces en el período colonial. En el proceso de independencia y posterior división en estados nacionales de la América hispánica, esta cultura nacional fue negada por las clases dominantes locales en convivencia con el imperialismo anglosajón. El panorama se complejiza más en el segundo tramo del siglo XIX, cuando la inmigración ultramarina, impulsada como política de estado, incorpore prácticas culturales extrañas a la cultura vernácula. A su vez, para Hernández Arregui la inmigración ultramarina deviene, tras el proceso de estructuración en modernas clases sociales, en una clase media extrañada de la realidad nacional, tanto cultural como políticamente. En base a las tesis apuntadas, el autor orienta la reflexión sobre la alienación hacia la crítica cultural y política de las clases medias, temáticamente ampliamente trabajada en el ensayismo de la época⁴⁰:

“Debo pedir disculpas a los lectores que han leído mis libros anteriores, *Imperialismo y cultura* y *La formación de la conciencia nacional*, pues están agotados y no pienso, por ahora, reeditarlos. Los considero de circunstancias, hijos de la discusión que sacude al país, empequeñecidos por la mención de personas vivas, y en lo esencial, carentes de permanencia. Han cumplido una misión. (...) Esta digresión viene, pues aquí —y era inevitable dada la índole del trabajo— se reiteran algunos conceptos desarrollados en esos libros anteriores. Sin embargo, en todos los casos se ha tratado de mostrar nuevos aspectos y, en suma, ahondar en los mismos. Para los que no conocen esos libros, esto quizá sea ventajoso, pues se evitarán leerlos. Me refiero especialmente a los problemas de la “inteligentzia”, de

⁴⁰ Tanto el *Manual de zoncetas argentinas* de Jauretche (1968), como *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* de Juan José Sebrelli ([1964]1990) fueron libros de amplia repercusión en la época. En ambos textos se reflexiona sobre la cultura de las clases medias argentinas en tono abiertamente crítico.

las clases medias colonizadas y de la alienación cultural, teoría hegeliana-marxista, esta última de la que se oye hablar con tanta frecuencia como pedantería, pero que nunca se ha aplicado correctamente a una realidad colonial. En tal sentido, creo haber sido el primero que lo ha hecho en mi libro *Imperialismo y cultura*, con la originalidad de que los titulados “marxistas” no entendieron nada. Lo cual prueba que el tal “marxismo” en la Argentina no era más que una de las formas de esa alienación cultural del coloniaje.” (Hernández Arregui (1963) 2005: 14).

Para Hernández Arregui, el capitalismo de posguerra como sistema mundial se encontraba en crisis y ello tenía un correlato específico en países como la Argentina⁴¹. Desde su perspectiva, la Argentina moderna había constituido un sistema de instituciones culturales -Universidad, grandes medios de comunicación, círculos y publicaciones de prestigio, entre otras – ajenas a las tradiciones procedentes del periodo hispánico. La dependencia económica se ligaba a una dependencia cultural, ya que existía una relación orgánica entre la economía agroexportadora subordinada al mercado mundial y la identificación por parte de nuestras élites con la cultura anglosajona y francesa. Pero el periodo de crisis de los años sesenta arrojaba una serie de determinaciones. La clase media de extracción universitaria encontraba dificultades de diversa índole a la hora de posicionarse en la estructura socio-económica y la liberación nacional demandaba una afirmación de las auténticas tradiciones hispano-americanas, es decir, una perspectiva de la cultura sustancialmente diferente a la desarrollada por la Argentina semicolonial. En ese marco general, el intelectual de la pequeña burguesía debía optar entre conservar sus vínculos con las instituciones culturales del país semicolonial o plegarse a lucha política de masas que expresaba el peronismo. De este modo, la posición que el intelectual conquistó en las esferas culturales pasa a ser un lugar en la temporalidad nacional, en concreto, un status enclavado en el pasado histórico. De allí deriva, según el autor, la aversión de buena parte de los intelectuales a las fuerzas políticas mayoritarias:

“Lo que odian de las masas no es su plebeyismo, sino su ausencia de compromisos con el pasado que es, justamente, la cualidad que las hace específicamente históricas. Es decir, revolucionarias.” (Hernández Arregui, [1957] 2005: 224).

⁴¹ En el capítulo tercero nos detendremos en la caracterización de la Argentina como “país colonial”.

El intelectual se encuentra en una especie de *no lugar*. La filosofía de la historia hernándezarreguiana no reconoce su identidad específica en la sociedad y, a partir de ello, se prescribe a las nuevas generaciones de intelectuales una suerte de “ir hacia el pueblo” por *mandato moral*. En este desplazamiento, la actividad teórica pasa a representar una suerte de acicate de la lucha política que lleva adelante el peronismo:

“El dirigente sindical debe aprovechar, incluso, los conocimientos de individuos pertenecientes a otras clases, particularmente ideólogos de la clase media, que han llegado, despojándose de su propia conciencia de clase, a la comprensión de la cuestión obrera y nacional. Pero el proletariado no debe confiar en demasía. Lo exigible, en tales ideólogos, a veces sinceros, es que se plieguen al proletariado nacional, no sólo en los libros, sino en la práctica. Que es la piedra de toque de la honradez revolucionaria. Esto exige sacrificios.” (Hernández Arregui, 2011 [1969]: 227).

Desde estas coordenadas, el trabajo teórico orientado a la política práctica, no puede seguir una agenda de relativa autonomía con respecto a las exigencias inmediatas de la política práctica. Evidentemente ello se relaciona con un orden de expectativas asumido y pregonado por Hernández Arregui. A su criterio la radicalización del peronismo llevaría a una drástica transformación de las estructuras económicas, sociales y políticas, a una experiencia capaz de absorber todas las energías sociales en un mismo plano. De esta visión inmedia-tista de la transformación social, surgen tesis drásticas en relación al lugar que instituciones culturales como la Universidad puede ocupar en la vida nacional, estas pierden legitimidad hasta tanto no sea consumada la liberación nacional.

Pero por otro lado, junto a la crítica de la intelectualidad liberal, Hernández Arregui destaca el recorrido político-intelectual de una franja de la clase media ilustrada. Refiero fundamentalmente a los ensayistas y militantes políticos identificados con el nacionalismo popular, en particular con la corriente radical FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), nacida a mediados de la década del treinta como oposición a la conducción nacional de la UCR y, especialmente, a su dirigente máximo, Marcelo Torcuato de Alvear. Hernández Arregui señala que el forjismo tuvo escasa gravitación política, empero reconoce en los *Cuadernos de Forja*, en las conferencias e intervenciones públicas de sus referentes y en las investigaciones históricas de Raúl Scalabrini Ortiz, una primera estación de la “conciencia nacional”. Con este último con-

cepto, Hernández Arregui refiere a un dispositivo de saberes y coordenadas epistémicas, imprescindibles para la transformación revolucionaria de la Argentina posperonista.

Desde un enfoque centrado en la evolución genética de las ideas políticas, Hernández Arregui sostiene que los postulados tradicionales del peronismo –la justicia social, la soberanía política y la independencia económica- habían sido formulados por FORJA en el período de nuestra historia que el ensayista nacionalista José Luis Torre denominó “década infame”: 1930-1943. En el pensamiento forjista, a su vez, se encuentra un antecedente de la crítica al nacionalismo conservador y de la izquierda tradicional. Conceptualizando estos desarrollos como un primer “eslabón” de un curso histórico ascendiente, Hernández Arregui entiende que su crítica al nacionalismo conservador y a la izquierda tradicional incorpora elementos fundamentales de la crítica forjista, remozándolos con nuevos elementos provenientes del materialismo histórico y de una visión sobre la realidad nacional formada al calor de la experiencia peronista. A su vez, el forjismo, junto a el aporte del socialista heterodoxo Manuel Ugarte y del anti-imperialismo peruano nucleado en el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), habría reintroducido la perspectiva de la unificación latinoamericana en el campo de las ideas políticas. En particular, el forjismo habría identificado la relación existente entre el derrotero nacional y el del resto del continente.

Ahora bien, Forja tuvo limitaciones sustantivas en su visión de la realidad nacional y ello explica su escasa relevancia en el terreno de la disputa política. Esta corriente careció de una conciencia acorde a los fines que perseguía. Los forjistas no identificaron la relevancia del desarrollo industrial, ni el papel de la clase trabajadora como eje de la revolución argentina. De allí que su política no contara de una interpelación concreta al mundo del trabajo, sino que se dirigiera a un sujeto pueblo abstracto, indeterminado desde el punto de vista social y económico. El peronismo representa un momento histórico superador del forjismo, que incorpora sus desarrollos ideológicos, pero los significa en una nueva articulación de clases sociales ligadas al desarrollo industrial de la Argentina: la clase trabajadora y la burguesía industrial. Los años sesenta, como nueva estación del proceso formativo de la conciencia nacional, incorporan al mar-

xismo como instrumento de análisis de la realidad nacional. Con el desarrollo de este nuevo momento intelectual, el peronismo podría reactualizar su ideología y así concluir la revolución nacional interrumpida por el régimen libertador impuesto hacia 1955.

Como se observa, Hernández Arregui trama su relato histórico de modo teleológico, y ello le permite recortar la significación de las corrientes políticas e intelectuales en función de las tesis que el autor defiende para la Argentina posperonista. De lo anteriormente expuesto, resulta forzoso hacer derivar del forjismo la idea de justicia social empleada por el peronismo, se sabe que dicha noción contaba de una fuerte prédica en el catolicismo argentino de la época. Por otra parte, en su afán de ligar materialismo histórico y nacionalismo popular, el autor recae en excesos interpretativos, como el de atribuirle el uso del concepto de plusvalía a R. Scalabrini Ortiz:

“Toda la producción ganadera, mediante un acuerdo con los frigoríficos, fue regulada por Gran Bretaña: económica y financieramente –decía R. Scalabrini Ortiz- la República argentina es un país capitalista... En la Argentina no hay más capitales genuinos que los capitales extranjeros. Ahora bien, el capital no es más que energía humana acumulada y dirigida. Los capitales británicos son el resultado de la capitalización en su favor de la energía y la laboriosidad de los ciudadanos argentinos y de la riqueza natural del suelo que habitan”. No es otra la teoría de la plusvalía de K. Marx.” (Hernández Arregui, [1960] 2008: 266)⁴².

Por otra parte, resulta palmario que Hernández recurre al determinismo clasista, que declarativamente rechaza en sus presentaciones genéricas del marxismo. Hernández Arregui suele derivar mecánicamente las prácticas políticas e intelectuales, de la posición del agente social en la estructura socio-económica. Tomemos por caso su explicación de las “limitaciones” teóricas del forjismo:

“Esta incapacidad de FORJA por agitar o comprender al movimiento obrero se engrana a otra cuestión. FORJA no tuvo clara idea de la necesidad de

⁴² El problema sobre el que reflexiona Scalabrini Ortiz es el de la gravitación del capital extranjero y su capacidad para definir las dinámicas estructurales de la economía argentina. A su vez, puede agregarse que este autor buscaba explicar las causas que en la década del treinta impedían la capitalización de la economía y un salto en las capacidades productivas del país. Para ello consideraba variables como la baja en los precios de los productos agropecuarios exportables, el endeudamiento externo y el giro de utilidades de los capitales extranjeros radicados en el país. Véase Galasso (1984). En cambio, la teoría de la plusvalía de K. Marx -si bien también parte de la premisa del trabajo como origen de la riqueza social- remite al problema de la explotación de la fuerza de trabajo por parte de la clase capitalista en la esfera de la producción. Véase Mandel (1972) y Dobb (1966).

industrializar el país. Tampoco de la transformación que se había operado desde la Primera Guerra Mundial. No se relacionaba esta transformación con un programa industrialista. Su programa se anclaba en la defensa de las riquezas naturales. (....)

En tal sentido, la visión de FORJA seguía empotrada en la Argentina productora de materias primas y de ahí, por derivación ideológica colateral, su subestimación del creciente movimiento obrero. Fue por eso, la ideología de la clase media universitaria en sus estratos bajos e intermedios, no ligada al proceso en crecimiento de la industria nacional pero tampoco a la Argentina exportadora de materias primas.” (Hernández Arregui, [1960] 2008: 237).

No resulta claro porque una ideología “de la clase media universitaria” no podría trascender el modelo agro-exportador, ni dimensionar el papel del movimiento obrero o el de la industrialización del país. Pareciera mucho más convincente comprender la ideología forjista a la luz del recorrido político e intelectual de sus militantes, antes que en base a una supuesta relación causal entre condición social e ideología política.

Como observamos a lo largo de este capítulo, las coincidencias entre Mondolfo y Hernández Arregui son escasas. En primer término, los autores parten de objetos de estudio disímiles: la sociedad capitalista avanzada mirada desde una supuesta proyección universal en Mondolfo y la sociedad latinoamericana considerada desde su especificidad social y cultural en Hernández Arregui. Los autores también divergen en torno a su reflexión sobre el tiempo histórico. En Mondolfo el concepto de progreso se liga al de continuidad histórica. En esa dirección, la sociedad poscapitalista es una “superación” que integra en su interior –bajo una nueva forma- aspectos sustantivos del mundo burgués. En cambio, para Hernández Arregui el concepto de progreso se liga a una idea de revolución nacional -concepto en el que nos detendremos en el próximo capítulo- y ello implicaba un cambio social drástico y una ruptura en la temporalidad histórica. A su vez, desde el punto de vista de la dialéctica marxista, Mondolfo procura justificar doctrinariamente la incompatibilidad entre esta y la formulación de juicios de previsión fáctica. De allí que el socialismo marxista debe orientarse a la preparación “espiritual” del proletariado en base a una condena ética del presente, más que una prédica taxativa de medidas de transformación social. En cambio, en Hernández Arregui es clara la prescripción de una modificación drástica de la estructura social. A su modo de ver, la oligarquía

argentina tenía que ser desarticulada en tanto clase social. La preparación espiritual de las masas se subordina a este hecho. Finalmente, si consideramos el registro de escritura de ambos autores notamos que Mondolfo orienta su obra sobre el marxismo hacia el plano conceptual-doctrinario, mientras que en Hernández Arregui se produce un vuelco sobre la realidad histórica. Ello se liga con el problema central de su obra: la cuestión nacional. Como veremos en el siguiente capítulo, más que a Mondolfo, esta problemática lo relaciona con la tradición leninista.

CAPÍTULO 3. CUESTIÓN NACIONAL Y REVISIONISMO HISTÓRICO EN HERNÁNDEZ ARREGUI

1. Introducción. 2. Notas sobre la cuestión nacional en el marxismo. 3. Notas sobre la cuestión nacional en León Trotsky y en el trotskismo argentino. 4. La cuestión nacional en Hernández Arregui. 5. El revisionismo histórico en Hernández Arregui. 6. Rosas y la clase dominante argentina.

1. Introducción

El debate sobre la nación es una constante de los sectores intelectuales y políticos de la Argentina. Con sus primeros esbozos en tiempos de la independencia, pueden encontrarse estaciones significativas de reflexión sobre la argentinidad en la generación del '37, en el centenario y en las revisiones críticas de la identidad nacional de la década del treinta y del cuarenta. Más específicamente, definir la identidad nacional desde algún núcleo problemático suele ser un emergente de los momentos de crisis. Se observa así que la solución para los males que -se piensa- padece el país, se encuentra en la indagación sobre los orígenes, el decurso y la naturaleza misma de la Argentina (Terán, 1999). Este ir y venir entre pasado y presente, ubica al discurso de Hernández Arregui en una coordenada de reflexión típica de la cultura política e intelectual argentina. Ahora bien, su caso se relaciona con un uso específico de las fuentes marxistas, con su pertenencia al campo político-ideológico nacional-popular formado tras la caída del peronismo, y con su participación en una tendencia intelectual característica de los años sesenta: el revisionismo de izquierda.

Como señalamos, para avanzar sobre la cuestión nacional, el autor estudiado incorpora elaboraciones teóricas del marxismo, provenientes fundamentalmente de su vertiente leninista. Sin embargo, para Hernández Arregui, la resolución de la cuestión nacional en la Argentina posperonista importa tanto la transformación de las estructuras sociales y económicas, como de la cultura nacional y de las ideologías que la constituyen. En relación a este último aspecto, nos detendremos en su perspectiva sobre el nacionalismo como fenómeno ideológico.

Para el autor, el nacionalismo, definido desde determinadas coordenadas, resulta necesario a la resolución de la cuestión nacional en la Argentina posperonista. El examen de este problema permitirá esclarecer la especificidad del autor en relación a los marxismos de la época y, sobre todo, en torno al marxismo argentino. Asimismo, al analizar la formulación de la cuestión nacional que brinda el autor, obtendremos elementos que contribuyen a explorar la hipótesis trabajada en el capítulo cuatro, a saber, al articular nacionalismo y marxismo, Hernández Arregui subsume el marxismo al nacionalismo, operación conceptual significativa en relación a la definición de sujeto político para la Argentina de los años sesenta-setenta.

A su vez, en este capítulo exploraremos la dimensión historiográfica de la obra de Hernández Arregui, desarrollando una aproximación comparativa con una historiografía cercana, el revisionismo histórico de la izquierda nacional. Esto último enriquecerá el capítulo cuarto de esta investigación, donde exploraremos las diferencias entre Hernández Arregui y la izquierda nacional desde el punto de vista del sujeto político. Como señalamos, suscribimos al criterio de ubicar a Hernández Arregui dentro de la izquierda peronista. Si bien esta corriente formaba parte de un campo político-intelectual más amplio, el ya referido campo nacional-popular, presentaba diferencias sustantivas con otras corrientes que también compartieron esa identificación, lo cual motiva ampliar la caracterización ya efectuada.

2. Notas sobre la cuestión nacional en el marxismo

Señalamos que el pensamiento leninista es una fuente clave para la formación teórica de Hernández Arregui. De allí que resulte particularmente significativa su vinculación con representantes de la segunda camada de trotskistas argentinos, es decir, los ya mencionados Esteban Rey, Alfredo Terzaga y Jorge Abelardo Ramos. Aquí veremos como en el *corpus* leninista-trotskista se abordan un conjunto de problemas teóricos, que serán trabajados por Hernández Arregui durante el posperonismo. En esa dirección resulta central la “cuestión nacional”, problema abordado por Lenin con antelación a la revolución rusa de 1917, y, bajo su estela, por los primeros cuatro congresos de la Internacional Comunista. De allí que en este apartado ensayaremos una aproximación ge-

nealógica al problema de la nación en el marxismo trazando un itinerario conceptual que no pretende agotar el análisis de fuentes ni las posibles formas de resolución de este problema, sino iluminar nuestro estudio desde un ángulo específico⁴³.

Por cuestión nacional en el leninismo referimos a la tentativa de conceptualizar la relación existente entre la constitución de Estados nacionales, la lucha de clases como principio explicativo de la realidad histórica y el comunismo como proyecto de sociedad futura. Ahora bien, lo nacional ya se reveló problemático en los orígenes del marxismo. Tanto Marx como Engels manifestaron distintas posiciones en torno a las luchas de independencia nacional y en relación a los distintos proyectos de organización de Estados nacionales desarrollados durante en el siglo XIX. Puede señalarse, que los precursores del “socialismo científico” sí percibieron el abanico de problemas que disparaba la relación entre nación, capitalismo y lucha de clases. La simple ocusión del tema en nombre de un “internacionalismo proletario” no fue su inclinación.

En términos generales, el nacionalismo moderno fue considerado por Marx y Engels como parte del proceso de formación del moderno Estado-Nación. Es decir, lo consideraban un fenómeno concomitante al ascenso de la burguesía de los siglos XVIII y XIX. La centralización política y la integración territorial que caracterizaba al Estado-Nación, brindaba el marco propicio para el desarrollo de un mercado interno nacional, con un sistema industrial integrado sobre el que se constituían las clases sociales fundamentales del capitalismo. En el *Manifiesto Comunista*⁴⁴ se describe dicho proceso:

“La burguesía va aglutinando cada vez más los medios de producción, la propiedad y los habitantes del país. Aglomera la población, centraliza los medios de producción y concentra en manos de unos cuantos la propiedad. Este proceso tenía que conducir, por fuerza lógica, a un régimen de centralización política. Territorios antes independientes, apenas aliados, con intereses distintos, distintas leyes, gobiernos autónomos y líneas aduaneras propias, se asocian y refunden en una nación única, bajo un Gobierno, una ley, un interés nacional de clase y una sola línea aduanera.” (Marx-Engels, 2008: 50).

⁴³ Se dispone de una amplia bibliografía sobre el tema, a continuación tomaré aportes de Argumedo (2009), Georgieff (2008), Ramos ([1968] 1973), Spilimbergo (1968), Tarcus (1996); del mismo autor, (2015) y Aricó (1980); del mismo autor, (2012).

⁴⁴ En adelante *MC*.

La formación del Estado-Nación posibilitaba el desarrollo del capitalismo industrial, y ello sugería la perspectiva de una revolución proletaria. Esta se justificaba, a su vez, por la hipótesis bajo la cual el avance del capitalismo generaría una polarización creciente entre las fuerzas del trabajo y del capital, ligadas a la actividad industrial⁴⁵. En base a esta perspectiva, los autores definían las coordenadas del comunismo como partido del proletariado internacional:

“A los comunistas se nos reprocha también el querer abolir la patria, la nacionalidad. Los trabajadores no tienen patria. Mal se les puede quitar lo que no tienen. No obstante, siendo la mira inmediata del proletariado la conquista del poder político, su exaltación a clase nacional, a nación, es evidente que también en él reside un sentido nacional, aunque ese sentido no coincida ni mucho menos con el de la burguesía.

Ya el propio desarrollo de la burguesía, el librecambio, el mercado mundial, la uniformidad reinante en la producción industrial, con las condiciones de vida que engendra, se encargan de borrar más y más las diferencias y antagonismos nacionales. El triunfo del proletariado acabará de hacerlos desaparecer. La acción conjunta de los proletarios, a lo menos en las naciones civilizadas, es una de las condiciones primordiales de su emancipación. En la medida y a la par que vaya desapareciendo la explotación de unos individuos por otros, desaparecerá también la explotación de unas naciones por otras. Con el antagonismo de las clases en el seno de cada nación se borrará la hostilidad de las naciones entre sí.” (Marx-Engels, 2008: 64-65).

De allí que las expectativas estuvieran puestas en la cuna del capitalismo industrial: Inglaterra. Desde esa perspectiva, Marx tendía a pensar que el derumbe de la burguesía inglesa daría lugar a la revolución en la Europa Continental, liberando a las naciones que pujaban por organizarse en forma autónoma, como Polonia, y promoviendo la unidad nacional de Italia y Alemania, países que todavía no habían pasado por su “revolución burguesa”. Sin embargo, el cuadro de análisis marxiano se modifica a partir de la experiencia de las revoluciones republicanas y democráticas desatadas hacia 1848 en Europa Occidental. Por un lado, con posterioridad a la publicación del *MC* el conflicto

⁴⁵ La hipótesis a la que referimos se sintetiza en las siguientes palabras: “La existencia y el predominio de la clase burguesa tiene por condición esencial la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos individuos, la formación e incrementación constante del capital; y éste, a su vez, no puede existir sin el trabajo asalariado. El trabajo asalariado presupone, inevitablemente, la concurrencia de los obreros entre sí. Los progresos de la industria, que tiene por cauce automático y espontáneo a la burguesía, imponen, en vez del aislamiento de los obreros por la concurrencia, su unión revolucionaria por la organización. Y así, al desarrollarse la gran industria, la burguesía ve tambalearse bajo sus pies las bases sobre las que produce y se apropia de lo producido. Y a la par que avanza, se cava su fosa y cría a sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables”. (Marx-Engels, 2008: 57).

político en Europa no asumía caracteres socialistas en Inglaterra, la sociedad de mayor desarrollo capitalista, sino en Francia. A su vez, en Inglaterra tampoco sería la burguesía industrial la fracción de la clase dominante que hegemonice la nación y conduzca el Estado, como podía extraerse del MC, sino la aristocracia terrateniente. En relación a esta nación y el orden de expectativas marxianas, resultan significativos los análisis de Marx y Engels sobre Irlanda, posteriores a los primeros esbozos de su concepción materialista de la historia y la experiencia derivada de la “primavera de los pueblos”. El mismo Marx reconoció la inversión de su perspectiva:

“Está en interés directo y absoluto de la clase obrera inglesa que ésta se libere de su actual vínculo con Irlanda. Y esta es mi convicción más completa, y ello por razones que en parte no puedo expresarles a los propios obreros ingleses. Durante mucho tiempo creí que sería posible derrocar el régimen irlandés por el ascendiente de la clase obrera inglesa. Siempre expresé este punto de vista en *The New York Tribune*. Pero un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera inglesa nunca hará nada mientras no se libere de Irlanda. La palanca debe aplicarse en Irlanda. Por esto es que la cuestión irlandesa es tan importante para el movimiento social en general.” (Marx-Engels, 1957: 189).

Marx dio cuenta de la interdependencia de ambas realidades nacionales. Por un lado, Irlanda pasa a ser considerada un baluarte de la aristocracia terrateniente inglesa, un pilar de su predominio en la propia Inglaterra. Esto resultaba determinante para la lucha de clases en suelo inglés:

“La condición primera de la emancipación en Inglaterra- el derrocamiento de la oligarquía terrateniente inglesa- sigue siendo imposible debido a que la posición de ésta no puede ser conmovida mientras mantenga sus fuertemente atrincherados puestos de avanzada en Irlanda. (...) En Irlanda no se trata de una simple cuestión económica sino al mismo tiempo de una cuestión nacional.” (Marx-Engels, 1957: 190).

Se reconoce así que ambas cuestiones -nacional y social- se articulan sin confundirse entre sí. Por otra parte, la incapacidad de la economía irlandesa para absorber su propia fuerza de trabajo daba lugar a un proceso de migraciones hacia Inglaterra. Este era aprovechado por la burguesía industrial inglesa, que fracturaba a la clase obrera según clivajes nacionales. Los trabajadores irlandeses recibían peor paga que los nativos o, en su defecto, su sola presencia llevaba a una baja general de los salarios al engrosar las filas de trabajadores dispuestos a ser empleados. Dicha realidad permitía a los industriales reducir la masa salarial y era, asimismo, utilizada para consolidar su hegemonía política

de clase, al mostrar a la inmigración como la responsable de los bajos niveles de vida en los sectores populares:

“El obrero inglés común odia al obrero irlandés en cuanto competidor que baja su nivel de vida. En relación con el obrero irlandés (el obrero inglés) se siente miembro de una nación dominante, convirtiéndose así en instrumento de aristócratas y capitalistas en contra de Irlanda, reforzando de este modo la dominación de aquellos sobre sí mismo. Alberga prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra el obrero irlandés. Su actitud para con éste es muy parecida a la de los “blancos pobres”, para con los negros en los antiguos estados esclavistas de los EE.UU. Por su parte, el obrero irlandés, se lo devuelve con intereses en la misma moneda. Considera al obrero inglés partícipe del pecado de la dominación inglesa sobre Irlanda y al mismo tiempo su estúpido instrumento”. (Marx-Engels, 1957: 195).

Ahora bien, si el disparador de la revolución en Inglaterra pasa a ser la liberación nacional de Irlanda, las “tareas” que cada una de estas revoluciones debían realizar diferían en su carácter. Mientras las naciones de capitalismo avanzado daban lugar a una perspectiva socialista, las transformaciones que demandaban las naciones oprimidas eran de carácter “democrático-burgués”:

“Lo que los irlandeses necesitan es un gobierno propio e independencia con respecto a Inglaterra (...) Una revolución agraria y tarifas aduaneras protecciones contra Inglaterra. Una vez que los irlandeses sean independientes, la necesidad los volverá proteccionistas, como lo hicieron Canadá, Australia, etc.” (Marx-Engels, 1957: 195).

De esta manera, considerando las reflexiones referidas y el último período del pensamiento de Marx, encontramos una serie de aportes que resultarán claves para la matriz leninista⁴⁶. Por un lado, la distinción entre naciones opresoras y oprimidas, de la que podía seguirse la tesis sobre el desplazamiento del centro del proceso revolucionario de los países de capitalismo avanzado a las periferias. Esta perspectiva, a su vez, implicaba la posibilidad de pensar un sujeto político distinto a la matriz que puede extraerse de textos clásicos como el ya citado *Manifiesto Comunista* o el capítulo XXIV de *El Capital*, “Acerca de la acumulación originaria”. Más que un conflicto entre proletariado y burguesía en un escenario de concentración industrial, la periferia europea y el continente asiático daban lugar a actores como el campesinado, los intelectuales, la pequeña burguesía o a una clase obrera de características disímiles a las del ca-

⁴⁶ Si bien en la Segunda Internacional el debate en torno a la cuestión nacional no estuvo ausente, generándose en su seno diversos aportes teóricos y perspectivas encontradas, conviene considerar, a efectos de nuestra investigación, las formulaciones que se adoptaron en la Tercera Internacional.

pitalismo avanzado. Ello sugería que este nuevo sujeto político sea quien realice una revolución de contenido democrático-burgués (industrialización, reforma agraria, unificación e independencia nacional, etcétera), y no la burguesía del mundo colonial. Por otra parte, Marx puso de relieve la interdependencia conflictiva del mundo colonial y el mundo capitalista avanzado, reconociendo el carácter desigual, contradictorio y mundial del desarrollo capitalista⁴⁷. Pasemos ahora a explorar la cuestión nacional en el leninismo y la Tercera Internacional.

Las elaboraciones teóricas de Lenin son una referencia clave de las tesis sobre la cuestión nacional de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista⁴⁸, y de los trabajos que sobre el tema realizaron referentes bolcheviques, como Stalin y Trotsky. En la formación de la perspectiva leninista resulta central la experiencia del movimiento socialista ante la primera guerra mundial. Lenin toma distancia de los sectores mayoritarios del socialismo europeo que apoyaron a la contienda y ello lo lleva a mantener una fuerte polémica con el marxista austro-húngaro Karl Kautsky, uno de los más relevantes teóricos de la Segunda Internacional. Lenin intenta explicar la “base económica” de los disensos que existían en el socialismo internacional:

“La escisión internacional de todo el movimiento obrero aparece ahora de una manera plena (I y II Internacional). La lucha armada y la guerra civil entre las dos tendencias es también un hecho evidente: en Rusia, apoyo de Kolchak y de Denkin por los mencheviques y los *socialistas revolucionarios* contra los bolcheviques; en Alemania, Scheidemann, Noske y Cía. con la burguesía contra los espartaquistas; y lo mismo en Finlandia, en Polonia, en Hungría, etc. ¿Dónde está la base económica de este fenómeno histórico-mundial?” (Lenin, [1916] 2012: 21)⁴⁹.

⁴⁷ Ahora bien, de la perspectiva según la cual la transformación democrático-burguesa pueda ser la causa principal de las revoluciones en el mundo periférico y el disparador de un proceso revolucionario de proyección mundial, no se sigue una suerte de filosofía universal de la historia por la cual toda sociedad deba pasar por un estadio capitalista avanzado para así poder desarrollar una transformación pos capitalista. Ello puede extraerse de la correspondencia de Marx con la populista rusa Vera Zasúlich, donde Marx descarta que su aporte teórico pueda interpretarse como una teoría histórico-filosófica que predijera los procesos de desarrollo de todas las sociedades en base a un modelo representado por la Europa Occidental (Marx, 2015).

⁴⁸ Referimos a la denominada Tercera Internacional o Internacional Comunista impulsada por Lenin, constituida en 1919, luego de la revolución rusa de 1917 y de la primera guerra mundial. En adelante *IC*.

⁴⁹ En relación a Kautsky, Lenin apunta: “Pero por sobre la definición del imperialismo nos vemos obligados a discutir ante todo con C. Kautsky, el principal teórica marxista de la época de la llamada Segunda Internacional, es decir de los veinticinco años comprendidos entre 1889 y 1914. Kautsky se pronunció decididamente, en 1915, e incluso en noviembre de 1914, contra

Es necesario considerar que El *Imperialismo, fase superior del capitalismo* constituye una elaboración teórica clave en la historia del pensamiento marxista⁵⁰. Allí se formula una teoría sobre el capitalismo de comienzos del siglo XX. Lenin busca convalidar su perspectiva, como la continuación de los estudios de Marx sobre economía política, atendiendo a su obra de mayor relieve: *El Capital* [(1867) 1956]. A partir de sus estudios de los espacios nacionales de capitalismo avanzado -fundamentalmente Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Alemania y Japón- y sus geopolíticas recientes, el autor infiere que el capitalismo del siglo XX atraviesa una nueva fase histórica, a la que denomina capitalismo imperialista o, alternativamente, capitalismo monopolista. En su perspectiva, la libre competencia de mercado engendra la concentración económica y esta, en cierto grado de su desarrollo, conduce al monopolio. El capitalismo monopolístico es la superación del “capitalismo clásico” regido por la libre competencia (cuyo punto culminante ubica en el período 1860-1880), que tras la crisis de 1873 atravesó un largo período de concentración del capital, fundamentalmente bajo la forma de los *cartels*, y luego del período de auge económico y posterior crisis hacia 1900-1903 terminó de consolidarse. Según el autor, este proceso se observa tanto en los espacios nacionales signados por políticas proteccionistas (caso alemán), como en aquellos que se caracterizan por el libre comercio (caso inglés).

Este nuevo período del capitalismo trajo un aumento en la productividad del trabajo, dado el mayor provecho que las grandes empresas podían hacer de las principales tecnologías industriales de la época (máquinas a vapor, motores

las ideas fundamentales expresadas en nuestra definición del imperialismo, declarando que por imperialismo hay que entender, no una *fase* o un *grado* de la economía, sino una política, precisamente una política determinada, la política *preferida* por el capital financiero; que no se puede *identificar* el imperialismo con el *capitalismo contemporáneo*.” (Lenin, [1916] 2012:126-127).

⁵⁰ Horacio Tarcus señala que esta obra es determinante en la formación teórica de los marxistas argentinos de los años treinta y cuarenta, tanto en la vertiente “ortodoxa” ligada a la *IC* ya dirigida por el estalinismo, como en los seguidores de León Trotsky y la IV Internacional (Tarcus, 1996). Por otro lado, Norberto Galasso destaca que la lectura del libro referido fue determinante en la formación intelectual de Raúl Scalabrini Ortiz, figura señera del nacionalismo popular (Galasso, 1984). En base a este texto y a otros estudios realizados de modo autodidáctico en materia económica y política, Scalabrini Ortiz formó su concepción sobre el imperialismo británico y su relación con la Argentina. En ese sentido, resulta sumamente significativas las tesis leninistas referidas a la pauta de organización del sistema ferroviario en un país atrasado, al endeudamiento externo como mecanismo de subordinación de una economía débil hacia una fuerte y al papel de las inversiones de capital extranjero, en tanto medio de descapitalización de las economías débiles a favor de las fuertes.

eléctricos, entre otros), así como por su capacidad de destinar grandes inversiones a la investigación científico-tecnológica. Sin embargo, al desarrollarse el proceso de concentración se constituye una contradicción objetiva entre el dominio monopólico de la economía y el desarrollo de las fuerzas productivas. Los monopolios obtienen altas tasas de ganancia no por la superación de la competencia en el mercado (lo que tradicionalmente estimulaba mejorar las condiciones de producción), sino por el ejercicio de su posición dominante. Es decir, los monopolios tienden a liquidar el libre mercado al controlar los mercados por medio de la fijación de condiciones de venta, plazos y términos de pagos de materias primas o bienes intermedios claves y por el establecimiento de precios monopólicos. Así, los principales monopolios se encontrarían ante la posibilidad de contener artificialmente el progreso técnico.

Ahora bien, la transformación estructural del capitalismo se completa con la constitución de una variedad específica de capital. La tendencia a la concentración también se verifica en los bancos, y, dada la posición estratégica de esta actividad en términos de control de información y de posibilitar el acceso a las grandes sumas de capitales que las inversiones demandan, se desarrolla la dependencia del capital industrial con el bancario. Ampliando los estudios del economista marxista vienés Rudolf Hilferding, Lenin señala que en las economías avanzadas adquiere centralidad un tipo específico de capital: el capital financiero. Las inversiones del sector industrial dependen cada vez en mayor medida de la masa monetaria que le brindan los bancos. A su vez, estos tienden a destinar los fondos que controlan a la actividad industrial.

Por otra parte, el proceso de concentración ya señalado permitió que unos pocos bancos controlen los ahorros nacionales internos y proyecten su margen de acción a escala internacional. La ligazón entre ambos tipos de capital -industrial y bancario- denominada fusión o ensamble, constituye el capital financiero. El predominio del capital financiero estimula un comportamiento económico de carácter especulativo, ya que las operaciones bursátiles y financieras tienden a reeditar altas tasas de ganancia en plazos cortos, superando a las inversiones productivas. Ello acentúa una separación, ínsita al modo de producción capitalista, entre el propietario del capital y la esfera de la producción. Los capitalistas más importantes tienden a convertirse en rentistas y constituir una oligarquía

financiera que domina su espacio nacional, y a proseguir la acumulación por fuera del mismo, a partir de la exportación de capitales vía inversiones o empréstitos. El conjunto de los rasgos señalados llevan a que Lenin caracterice al capitalismo monopolístico como “parasitario” o “en estado de descomposición”.

El estado-nacional dominado por el capital financiero adopta el rasgo rentístico, lo que determina su política exterior favorable a la exportación de capitales y al control de fuentes de materias primas y de mercados para sus monopolios “nacionales”. Los empréstitos hacia las economías periféricas ponen de relieve la ligazón de la dinámica productiva a la financiera, ya que los flujos monetarios suelen estar acompañados de condicionamientos para el deudor en torno a la importación de manufacturas del país acreedor⁵¹. Las elevadas tasas de ganancia de los monopolios y del capital financiero permiten sostener cierto *status quo* en los países imperialistas, y, sobre ello, Lenin retoma el plano de la crítica política. De este modo la tendencia “oportunista” en del movimiento socialista que dirigentes como Kautsky encarnan -o, en similar tesitura, el “socialchovinismo”, el apoyo al nacionalismo agresivo por parte de fuerzas socialistas- resulta explicada a partir de su fundamento económico:

“El capitalismo ha destacado ahora un *puñado* (menos de una décima parte de la población de la tierra, menos de un quinto, calculando *por todo lo alto*) de Estados particularmente ricos y poderosos, que saquean a todo el mundo con el simple *recorte de cupón*. La exportación de capital da ingresos que se elevan a ocho o diez mil millones de francos anuales, de acuerdo con los precios de antes de la guerra y según las estadísticas burguesas de entonces. Naturalmente, ahora eso representa mucho más. Es evidente que una *super ganancia* tan gigantesca (ya que los capitalistas se apropian de ella, además de la que exprimen a los obreros de su *propio* país) *permite corromper* a los dirigentes obreros y a la capa superior de la aristocracia obrera. (...) Esta capa de obreros aburguesados o de *aristocracia obrera*, completamente pequeños burgueses en cuanto a su manera de vivir, por la magnitud de sus salarios y por toda su mentalidad, es el apoyo principal de la II Internacional, y hoy día, el principal *apoyo social* (no militar) *de la burguesía*.”(Lenin, [1916] 2012: 22)

⁵¹ Lenin pone como ejemplo a la relación entre Argentina y Alemania: “Son todavía más expresivos los datos relativos al comercio germano-argentino. A consecuencia de los empréstitos de 1888 y 1890, la exportación alemana a la Argentina alcanzó en 1889, la cifra de 60,7 millones de marcos. Dos años más tarde, la exportación era solo de 18,6 millones, esto es, menos de la tercera parte. Sólo en 1901 es alcanzado y superado el nivel de 1889 como resultado de los nuevos empréstitos del Estado y municipales, de la entrega de dinero para la construcción de centrales y de otras operaciones de crédito”. (Lenin, [1916] 2012: 161-162).

La transformación del capitalismo define el cuadro geopolítico mundial. La vinculación entre naciones imperialistas y las periferias se torna cada vez más inflexible, delimitando dos categorías fundamentales de nación. De un lado los países imperialistas, que apoyados en los monopolios y el capital financiero buscan expandir su dominio sobre las diversas regiones del planeta. Del otro los países coloniales, es decir aquellas periferias no capitalistas que se subordinan a la expansión de los primeros. Por fuera de ambas categorías Lenin ubica un tercer tipo “intermedio”: los países semicoloniales. Resulta particularmente significativo que Lenin identifique a la Argentina como modelo de semicolonia:

“Puesto que hablamos de la política colonial de la época del imperialismo capitalista es necesario hacer notar que el capital financiero y la política internacional correspondiente, la cual se reduce a la lucha de las grandes potencias por el reparto económico y político del mundo, crean toda una serie de formas de transición de dependencia estatal. Para esta época son típicos no sólo los dos grupos fundamentales de países: los que poseen colonias y los países coloniales, sino también las formas variadas de países dependientes, políticamente, o sea independientes desde un punto de vista formal, pero en realidad, envueltos por las redes de la dependencia financiera y diplomática. Una de estas formas, la hemos indicado ya antes. Modelo de otra forma es, por ejemplo, la Argentina.

“La América del Sur, y sobre todo la Argentina –dice Schulze-Gaevernits en su obra sobre el imperialismo británico-, se halla en una situación tal de dependencia financiera con respecto a Londres, que se la debe calificar de colonia comercial inglesa.” Según Schilder los capitales invertidos por Inglaterra en la Argentina, de acuerdo con los datos suministrados por el cónsul austro-húngaro en Buenos Aires, fueron, en 1909, de 8.750 millones de francos. No es difícil imaginarse qué fuerte lazo se establece entre el capital financiero –y su fiel *amigo*, la diplomacia- de Inglaterra y la burguesía argentina, los círculos dirigentes de toda su vida económica y política.” (Lenin, [1916] 2012: 120-121).

Lenin sugiere la hipótesis por la cual las semicolonias tienden a constituirse como colonias, merced a que el imperialismo requiere de una subordinación más definida. Erick Hobsbawn señala que dicha hipótesis no se verifica a lo largo del siglo XX, ya que las formas semicoloniales se extienden y consolidan y algunos de los países que pueden ubicarse en esta categoría logran una relativa industrialización. Este fenómeno debe relacionarse con el proceso de declive de los imperios coloniales iniciado tras la primera guerra mundial, pero desarrollado fundamentalmente después de la segunda conflagración mundial, cuando los movimientos descolonizadores se extiendan a lo largo del llamado

tercer mundo (Hobsbawn, 2012). De todos modos, pese a que en Argentina y más extensivamente en América Latina no se verifica una polarización entre naciones avanzadas y territorios coloniales *stricto sensu*, la categoría de semi-colonia pareciera auspiciar desarrollos originales dentro del marxismo argentino. Ya que, como apreciamos, la teoría del imperialismo como fase estructural del capitalismo daba cuenta de la realidad colonial y semicolonial. Veamos bajo qué coordenadas conceptualizaba el leninismo a los “movimientos nacionales” de las periferias que bregaban por organizar autónomamente a sus países.

En *Sobre el derecho de autodeterminación de las naciones* ([1914] 1972), Lenin define a la cuestión nacional en relación a una categoría fundamental en su pensamiento: la transformación democrático-burguesa. El pasaje de relaciones sociales pre-capitalistas a capitalistas se inscribe en un curso histórico ascendente, que generaba las condiciones propicias para la liberación proletaria. Esta transformación era realizada por movimientos nacionales, que constituyeron una organización estatal-regional adecuada al modo de producción capitalista: los Estados-Nacionales. Siguiendo los aportes de Karl Kautsky, el autor sostiene:

“En el mundo entero, el período del triunfo definitivo del capitalismo sobre el feudalismo estuvo ligado a movimientos nacionales. La base económica de estos consiste en que para la victoria completa de la producción mercantil, es necesario que la burguesía conquiste el mercado interior, es necesario que territorios cuya población habla un solo idioma se unan en un Estado, quedando eliminados cuantos obstáculos se opongan al desarrollo de ese idioma y a su consolidación por la literatura. El idioma es el más importante medio de comunicación entre los hombres; la unidad y el libre desarrollo del idioma son las condiciones más importantes para una circulación mercantil realmente libre y amplia en escala proporcionada al capitalismo moderno; para una agrupación libre y amplia de la población en todas sus diversas clases, y por último, para establecer una estrecha ligazón entre el mercado y todos y cada uno de los propietarios, grandes o pequeños y entre vendedor y comprador.

Por ello todo movimiento nacional tiende a la formación de *Estados nacionales*, que son los que mejor responden a estas exigencias del capitalismo moderno. Impulsan hacia este fin los factores económicos más profundos, y por lo tanto, para toda Europa occidental, es más, para todo el mundo civilizado, el Estado nacional es lo *típico*, lo normal en el período capitalista”. (Lenin, [1914] 1972: 316-317).

La civilización burguesa requiere de un conjunto de factores para su realización: un mercado interno nacional al que concurren masivamente los compradores y vendedores de mercancías, un Estado centralizado, la unificación idio-

mática y su expresión en una literatura nacional y la vigencia de libertades civiles y políticas que permitan el agrupamiento libre de la población. Estas transformaciones, o “tareas democrático-burguesas”, ya habían sido realizadas en las naciones avanzadas. En Europa Occidental los movimientos nacionales habían configurado Estados-Nacionales a través de un largo y conflictivo periplo que abarca desde 1789 hasta 1871. Concluido este período, se consolidaban las sociedades burguesas donde la contradicción proletariado-burguesía se torna central. De esta manera, las revoluciones democrático-burguesas habían sido superadas como perspectiva histórica para la Europa Occidental, quedando a la orden día las tareas “socialistas”. En cambio, para Europa Oriental y Asia las tareas democrático-burguesas estaban pendientes. La posición que allí debían adoptar los marxistas era el apoyo crítico de los movimientos nacionales que proliferaron a partir de la revolución rusa de 1905, en Persia, Turquía, China y en los Balcanes y que se extendían a las nacionalidades existentes dentro de la Rusia “cárcel de pueblos”. Este apoyo por parte de los partidos marxistas era condicional y partía de la independencia organizativa, es decir no confundía su identidad con la del movimiento nacional. La autodeterminación de naciones oprimidas que puján ora por la creación de un Estado Nacional autónomo, ora por la federación en igualdad de condiciones con un Estado multinacional, se subordinaba, en rigor, a la autodeterminación política del proletariado:

“La burguesía, que naturalmente actúa en los comienzos de todo movimiento nacional como fuerza hegemónica (dirigente) del mismo, dice que es práctico el apoyo a todas las aspiraciones nacionales. Pero la política del proletariado, en el problema nacional (como en los demás problemas), apoya a la burguesía solo en una dirección determinada, pero nunca coincide con la política de la burguesía. La clase obrera sólo apoya a la burguesía para asegurar la paz nacional (que la burguesía no puede lograr plenamente y que sólo es alcanzable con una completa democracia), para asegurar la igualdad de derechos y crear las mejores condiciones para la lucha de clases. (...) La burguesía coloca siempre en primer plano sus reivindicaciones nacionales. Y las plantea de modo categórico. Pero el proletariado las subordina a los intereses de la lucha de clases.” (Lenin, [1914] 1972: 329-330).

La práctica política que Lenin traza para los “países atrasados” persigue una democracia de masas y la vigencia plena de las libertades políticas. Los movimientos nacionales desarrollan ambas transformaciones en correspondencia con sus fines burgueses, es decir en función de la formación de un estado na-

cional autónomo y del desarrollo de un capitalismo de base nacional. La práctica política que persigue fines proletarios, en cambio, debe buscar superar dichos límites y, en ese movimiento, aliarse con los proletariados de otras naciones en la perspectiva de una revolución mundial. De este modo el apoyo al nacionalismo burgués de un país atrasado se subordina a una estrategia de mayor alcance, el internacionalismo obrero, de allí que el autor sostenga:

“Semejante situación plantea ante el proletariado de Rusia una tarea doble, o mejor dicho, bilateral: combatir todo género de nacionalismo y, en primer término, el nacionalismo gran ruso; reconocer no sólo la plena igualdad de derechos de todas las naciones en general, sino también la igualdad de derechos respecto de la estructura estatal, es decir, el derecho de las naciones a la autodeterminación, a la separación. Y al mismo tiempo, en interés del éxito en la lucha contra todo género de nacionalismos en todas las naciones, es su tarea salvaguardar la unidad de la lucha proletaria y de las organizaciones proletarias, fundir estas organizaciones en una íntima comunidad internacional, a despecho de las tendencias burguesas al aislamiento nacional.” (Lenin, [1914] 1972: 375).

De allí que las reivindicaciones nacionales sean un momento transitorio de la lucha de clases, relativo a la realidad colonial y semicolonial. La pertenencia o “identidad” nacional no pareciera formar parte de la perspectiva de una sociedad futura, libre de explotación social. Ahora bien, los intentos infructuosos de proyectar la revolución socialista hacia Europa, en primer lugar hacia Alemania, y el desarrollo del pensamiento leninista en la IC, incorpora nuevos elementos a la consideración de los movimientos nacionales de las periferias. Debe considerarse una diferencia cualitativa entre estos y sus antecedentes del mundo avanzado. Los movimientos nacionales del mundo colonial y semicolonial son de carácter reactivo, es decir, no expresan una burguesía en ascenso que dinamiza las fuerzas productivas y las relaciones de producción, sino que representan la respuesta autónoma al estrangulamiento del capital imperialista en sus economías y a las disputas territoriales entre las potencias imperialistas. En consonancia con ello, la aspiración a formar un estado-nación independiente tenía una doble significación. Por un lado fortalecía la democracia política al interior de los países oprimidos, lo que abría un marco propicio para el desarrollo de una política comunista. Por otra parte, la convergencia con el nacionalismo burgués era contradictoria, ya que disputaba sus bases sociales (el conjunto de las fuerzas interesadas en la liberación nacional), y alimentaba la perspectiva de una revolución socialista. En ese sentido, hacia el Cuarto Congreso

de fines de 1922, la IC diagnostica una modificación en los movimientos nacionales del mundo colonial. La dirección de “elementos feudales” o de “burguesías nacionales” se debilitaba, acicateando la posibilidad de disputa con dichas fuerzas. En este congreso, se destaca otro factor explicativo de la emergencia de los movimientos nacionales:

“Este debilitamiento del ascendiente capitalista sobre las colonias, a la vez que la rivalidad en aumento de los diversos grupos imperialistas, facilitó el desarrollo del capitalismo autóctono en los países coloniales y semicoloniales. Este capitalismo ya desbordó y continúa desbordando el marco estrecho y entorpecedor de la dominación imperialista de las metrópolis. (...) la reivindicación de una autonomía nacional y económica planteada por el movimiento nacionalista colonial es la expresión de la necesidad de desarrollo burgués experimentada por esos países. El constante progreso de las fuerzas productivas autóctonas en las colonias se halla así en contradicción irreductible con los intereses del capitalismo mundial.”(AAVV, 1973: 224).

Se torna aquí más definido el carácter contradictorio de la alianza de los comunistas con el nacionalismo burgués. Este es el compañero de ruta temporal de los comunistas, ya que la IC preveía que en determinado momento de la puja con el imperialismo las “burguesías nacionales” capitularían, evitando una movilización de masas que pusiera en cuestión su propia existencia social. La liberación nacional no puede ser llevada a término por fuerzas de esta naturaleza social, de las que solo cabía esperar avances parciales. De allí deriva la táctica del “frente antiimperialista único” para los países coloniales y semicoloniales, por la cual los comunistas se incorporaban a la luchas de liberación nacional desde una organización y una programática autónoma, que pudiese introducir las tareas socialistas que incumbían al proletariado, atendiendo que las transformaciones que estas naciones requerían eran primordialmente de carácter burgués (integración y desarrollo de un mercado interno, nacionalización de los recursos naturales, reforma agraria, democracia política de masas, etc.). Esta política partía de una apreciación de mayor alcance, según la cual las revoluciones nacionales del mundo colonial y semicolonial solo podrían triunfar con la revolución proletaria de Occidente. Allí entra en juego la segunda significación fundamental de la perspectiva leninista sobre las luchas de independencia nacional, la ya referida dimensión internacional del comunismo. Los proletariados de las naciones avanzadas debían aliarse a los movimientos de emancipación nacional de las colonias. La dialéctica que se establecería entre ambas luchas

de clases, inscriptas en marcos nacionales, devendría en una liquidación del capitalismo como sistema mundial. Al apoyar la emancipación de las naciones oprimidas, los proletarios del mundo central contribuían al debilitamiento del capital monopólico que los oprimía como clase al interior de sus naciones. Por su parte, al combatir el yugo imperialista, los proletariados y las demás clases sociales dominadas del mundo colonial y semicolonial pondrían en disputa las superutilidades que el capital imperialista extraía de sus países, y con las cuales sostenía el status quo en sus en su naciones de origen.

De lo hasta aquí expuesto se desprende que la analítica de la cuestión nacional se desarrolla en base a la experiencia de los países asiáticos y de la periferia europea, de allí que resulte particularmente significativo para esta investigación el aporte de otro referente marxista, León Trotsky⁵². Puede señalarse que con Trotsky comienza una nueva estación de reflexión sobre la cuestión nacional, centrada en un objeto de estudio descuidado, hasta el momento, por el marxismo: Latinoamérica. Examinemos el pensamiento de Trotsky al respecto y la recepción del mismo en la Argentina.

2. Notas sobre la cuestión nacional en León Trotsky y en el trotskismo argentino

Ante la persecución stalinista, Trotsky se exilia en México desde Enero de 1937 hasta agosto de 1940, año en que resulta asesinado por Ramón Mercader, un agente de la GPU, la policía política soviética. En este corto pero intenso período, el jefe del Ejército Rojo impulsó una corriente llamada IV Internacional. Esta pretendía disputar la dirección del movimiento obrero a la socialdemocracia y al comunismo soviético, las corrientes de mayor peso en el mundo del trabajo.

Su asilo en el país norteamericano fue posibilitado por la decisión del General Lázaro Cárdenas, presidente durante el período 1934-1940, merced a las gestiones realizadas por el pintor y muralista Diego Rivera y por el militante sindical Octavio Fernández, ambos otrora vinculados al PC mexicano y ahora consus-

⁵² En adelante considero aportes de Galasso (2007a), Peñaloza (2014) y Tarcus (1996) y la lectura propia de los escritos de Trotsky (1985), (2007), (2013), (2015). En relación al gobierno mexicano del General Lázaro Cárdenas (1934-1940), sigo lo expuesto por Ansaldi y Giordano (2012b).

tanciados con las ideas del revolucionario bolchevique. Dado el revuelo internacional que causaba su figura y las normativas constitucionales en relación a los extranjeros, Trotsky se compromete a no expresarse sobre los asuntos políticos internos. No obstante, sus análisis sobre México permearon las intervenciones de sus colaboradores mexicanos y de la política de la sección de la IV Internacional de este país, y se expresaron en el plano internacional en artículos, cartas y entrevistas y en la revista de teoría y política *Clave / Tribuna marxista*⁵³. A su vez, Trotsky traza una perspectiva internacional para los partidos marxistas adherentes a su corriente, basándose en un escenario político internacional convulsionado por los prolegómenos de la segunda guerra mundial, la consolidación del estalinismo en la URSS y en la Tercera Internacional Comunista, la guerra civil española y la emergencia de movimientos nacionales en los países atrasados.

Trotsky sostiene la hipótesis según la cual la inminente conflagración mundial abriría las puertas de la revolución socialista en los países de capitalismo avanzado. En estas naciones, a su vez, el conflicto mundial manifestaba como los Estados-Nacionales, progresivos en otrora al permitir el ascenso de la burguesía, devinieron Estados Imperiales, al servicio de la expansión de sus monopolios. De este modo, la contienda en ciernes muestra al esquema tripartito formulado por Lenin bajo contornos más definidos. En este marco, a los países del mundo colonial y semicolonial les corresponde enfrentar a su enemigo principal: el imperialismo en cualquiera de sus variantes, ya sea “democrático” (Estados Unidos, Inglaterra y Francia) o “totalitario” (Alemania, Italia y Japón). Con ello Trotsky busca formular una política opuesta a la sostenida internacionalmente por las “democracias occidentales” y por el comunismo soviético. Si aquellos presentan al conflicto como un enfrentamiento entre la “democracia” y la “libertad” contra el “totalitarismo”, la URSS y los Partidos Comunistas que se

⁵³ Esta publicación difundía las ideas de Trotsky y de la IV Internacional en el mundo de habla hispana, en la perspectiva de su traducción a otros idiomas y de extender su difusión a todo el mundo. Según Octavio Fernández, director de la revista, *Clave* era un medio en gran parte para que Trotsky expresara sus ideas, sin embargo contó con la participación tanto de militantes de la IV Internacional como de colaboradores que no eran miembros orgánicos de grupos trotskistas. La publicación tenía suscriptores en Chile, Argentina, Perú, Colombia, Cuba, Europa, Estados Unidos y en distintos puntos de México. Contó con la colaboración de un autor significativo para este trabajo, el argentino Liborio Justo. Para una investigación sobre *Clave / Tribuna marxista* véase el trabajo de Bárbara Funes en las obras escogidas de Trotsky sobre Latinoamérica (2013).

encuentran bajo su órbita, convocaban a los trabajadores y sectores populares a una alianza con las “burguesías progresistas” dispuestas a enfrentar al “nazi-fascismo”. Esta alianza de clases, bajo la forma de los “frentes populares” impulsados por la Internacional Comunista a partir del séptimo congreso celebrado en 1935, se encuentra, según Trotsky, al servicio del interés geopolítico de la URSS, a la que caracteriza como un “Estado obrero degenerado” dirigido por una “casta burocrática”⁵⁴.

A contrapelo del comunismo soviético, Trotsky sostiene que los proletariados del mundo colonial y semicolonial necesitan una política propia, que dé cuenta de su específica realidad nacional, para así enfrentar al imperialismo que pretende arrastrarlos a la guerra tras uno u otro bando beligerante. En el caso de los países latinoamericanos sucede que el bando que pregona la defensa de la “libertad” es el secular expoliador de estos pueblos, es decir el imperialismo norteamericano, en ascenso durante el período de entreguerras, y el imperialismo inglés, en retroceso pero conservando posiciones relevantes. Por otra parte, Trotsky vincula esta lectura anti-imperialista del mapa mundial, realizada, como se señaló, sobre la base teórica de Lenin, con una elaboración de cuño propio, la teoría de la revolución permanente⁵⁵.

Formulada en torno a la Revolución Rusa de 1905, la *TRP* es una explicación del desenvolvimiento de la lucha de clases en la época imperialista. Según Trotsky, el imperialismo es un fenómeno de expansión “desigual” y “combinada” del capitalismo a escala planetaria. En tésitura similar a las elaboraciones leninistas anteriormente referidas, Trotsky sostiene que el capitalismo es introducido en el mundo colonial y semicolonial “desde afuera”, vía el mercado mundial y el arribo de manufacturas y capitales foráneos. Este fenómeno desarrolla en los países atrasados una combinación de focos de adelanto técnico y

⁵⁴ Esta política fue abandonada por el Komintern por un breve lapso de tiempo, a raíz del pacto “Ribbentrop-Molotov”, vigente desde agosto de 1939 hasta junio de 1941. Bajo este acuerdo, celebrado por los ministros de asuntos exteriores de ambas potencias, Rusia y Alemania se comprometieron a la no agresión y pautaron el reparto de zonas de influencia. Bajo este período, el Komintern definió que los partidos comunistas nacionales orientaran su política en contra de los países occidentales, ahora sí acusados de imperialistas. Esta política se deshizo una vez atacada la Unión Soviética por parte Alemania y, por ende, caído el pacto en cuestión, llevando a que los partidos comunistas retomen la anterior política de “frentes populares” y la URSS se integre al bloque de los aliados.

⁵⁵ En adelante *TRP*.

de relaciones sociales capitalistas con bolsones de atraso y relaciones sociales pre-capitalistas. En contraste con la experiencia de los países avanzados, existen transformaciones progresivas, de carácter democrático-burgués, que la vía dependiente o imperialista de desarrollo del capitalismo coarta. Una de ellas es la temática que estamos analizando, es decir la cuestión nacional. Según Trotsky, la época imperialista acentúa la opresión de naciones impidiendo la vigencia de libertades civiles y políticas básicas que permitan el despliegue de la lucha de clases. Por su parte, numerosas formaciones sociales no lograron homogeneizarse desde el punto de vista cultural, impidiendo así un marco de desarrollo para las fuerzas productivas. El problema nacional fue una de las claves del devenir político atravesado por los Estados multinacionales en las primeras décadas del siglo XX, la Rusia Zarista y el Imperio Austro-Húngaro, arrojando resultados diferentes en función de las políticas que sus fuerzas obreras practicaron.

Los países referidos son formaciones sociales de carácter marcadamente reaccionario, presentan la especificidad de estar estructuradas en torno a un núcleo espacial-social que oprime un conjunto de regiones, y de no promover el desarrollo del capitalismo rural, sosteniendo sectores terratenientes anclados en relaciones sociales precapitalistas. Por otra parte, su carácter reaccionario también se expresa al imposibilitar la integración social de diversas regiones, al imponer una burocracia estatal exógena, “gran rusa” en el caso de la Rusia Zarista, y el uso de una lengua oficial, el ruso en este mismo caso, oprimiendo a pueblos, fundamentalmente a sus masas campesinas, aferrados a sus lenguas maternas⁵⁶. Las masas que padecen esta falta de integración nacional, de acceso al consumo y a la vida moderna y soportan distintas formas de opresión nacional, son mayoritariamente campesinas. De allí que la cuestión agraria sea para Trotsky otra de las claves de las revoluciones del mundo colonial y semi-colonial.

La concentración de la tierra, la baja productividad de la misma debido a una escasa mecanización y la pervivencia de formas de servidumbre en el campo

⁵⁶ Otros casos nacionales, como puede ser el caso chino, donde la cuestión nacional también se encuentra “irresuelta”, presentan la particularidad de un desacople espacial, ya que coexisten, al interior de sus formación social regiones escasamente integradas entre sí, desarticuladas en sus dimensiones sociales, económicas, políticas y económicas.

(en muchos casos la combinación de estas formas de explotación del trabajo pre-capitalistas con la exportación de productos primarios al mercado mundial), son las constantes que se registran en los países atrasados y que deben ser superadas por una revolución acaudillada por el proletariado urbano. Las burguesías atrasadas son incapaces de llevar a término ambas transformaciones, la nacional y la agraria, ya que la movilización de masas que ello implica pondría en peligro su propia posición social.

Con la *TRP*, Trotsky desacopla, para el mundo atrasado, la transformación democrático-burguesa del agente a quién correspondería realizarla según el “modelo clásico”, es decir según la experiencia nacional de los países avanzados. La cuestión nacional y agraria no será resuelta por la burguesía, sino por el proletariado revolucionario dirigiendo a los campesinos y las clases medias. En ese sentido, Trotsky evalúa que la viabilidad de esta revolución nacional en el mundo atrasado depende de dos factores. Por un lado, requiere del avance de los proletariados de las metrópolis en su lucha socialista, en alianza con los proletariados periféricos, adoptando así la lucha nacional el carácter internacional. Pero por el otro, la misma dinámica de la lucha de clases en el mundo periférico llevaría a los partidos proletarios a introducir, en correspondencia con las vicisitudes de la lucha de clases y la especificidad del marco nacional, medidas de carácter socialista, ya no “democrático-burguesas”; ya que estas nuevas transformaciones afectarían a la propiedad privada de los medios de producción. Con ello, las “tareas históricas”, nacionales y socialistas, se articularían entre sí, en un proceso de revolución mundial ascendiente. La idea de “etapa histórica”, cara al marxismo, sigue presente, solo que la relación entre una y otra (burguesa y proletaria), se resuelve por la vía de un pasaje continuado, de un movimiento ascendiente, no por su separación taxativa⁵⁷.

⁵⁷ En su *Historia de la revolución rusa*, Trotsky emplea la *TRP* para historizar la revolución de Octubre: “Que Rusia se haya constituido como un Estado de nacionalidades, es el resultado de su retraso histórico. Pero el retraso es un concepto complejo inevitablemente contradictorio. Un país atrasado no camina tras las huellas de otro avanzado, guardando siempre la misma distancia. En la época de la economía mundial las naciones atrasadas se insertan bajo la presión de las naciones avanzadas en la cadena general del desarrollo y saltan algunos escalones intermedios. Más aún, la ausencia de formas sociales y de tradiciones estabilizadas hace que un país atrasado –al menos hasta ciertos límites- sea extremadamente accesible a la última palabra de la técnica y el pensamiento mundiales. Pero el retraso no deja de ser retraso. El desarrollo del conjunto asume un carácter contradictorio y combinado. Lo que caracteriza a la

Las revoluciones nacionales se inscriben en un proceso superior y de mayor alcance, en una revolución social, y esta se desarrolla, en primer término, en un marco nacional, para pasar luego al plano mundial. Con ello, el proletariado, asociado internacionalmente, desarrolla las fuerzas productivas en un estadio superior, supranacional. Desde otro ángulo, el proletariado subvierte la expansión ya realizada por el capital imperialista, reaccionaria en tanto impide las posibilidades de progreso de los pueblos atrasados a la par que extiende la existencia histórica del capitalismo en sus países de origen, poniéndola al servicio de la emancipación del trabajo:

“El tránsito ineluctable e irresistible de las masas de los problemas elementales a la emancipación política, agraria, nacional, hacia la dominación del proletariado, procedía no de una agitación “demagógica”, ni de esquemas preconcebidos, ni de la teoría de la revolución permanente, como lo creían los liberales y conciliadores, sino de la estructura social de Rusia y de las circunstancias de la situación mundial. La teoría de la revolución permanente únicamente formulaba el proceso combinado del desarrollo.

Esto no es sólo particular de Rusia. La subordinación de las revoluciones nacionales atrasadas a la revolución del proletariado tiene su determinación a escala mundial. Mientras que en el siglo XIX la tarea esencial de las guerras y de las revoluciones consistía aún en asegurar a las fuerzas productivas un mercado nacional, la tarea de nuestro siglo consiste en liberar a las fuerzas productivas de las fronteras nacionales, que se han convertido en trabas para su desarrollo. En un amplio sentido histórico, las revoluciones nacionales de Oriente no son más que el peldaño de la revolución mundial del proletariado, de igual manera que los movimientos nacionales de Rusia se han transformado en peldaños hacia la dictadura soviética.” (Trotsky, 2015: 718).

Se pone de relieve, al igual que en Lenin, que el horizonte emancipatorio presenta un carácter universal, la pertenencia o “identidad” nacional no pareciera formar parte de la perspectiva de una sociedad futura, libre de explotación social. Por otro lado, cabe destacar que desde el enfoque trotskista del proceso histórico mundial se justifica que los partidos revolucionarios del mundo atrasa-

estructura de una nación atrasada es el predominio de los polos históricos extremos, de los campesinos atrasados y de los proletarios avanzados sobre las formaciones medias, sobre la burguesía. Las tareas de una clase pasan a los hombros de la otra. La eliminación de las supervivencias medievales en cuestión es también una tarea del proletariado.

Nada caracteriza tan claramente el retraso histórico de Rusia, si se la considera como un país europeo, como el hecho de que en siglo XX tuvo que liquidar el arriendo forzoso y las zonas de residencia de los judíos, es decir, la barbarie de la servidumbre y del *ghetto*. Pero para resolver estas tareas, Rusia poseía precisamente, por su desarrollo atrasado, nuevas claves, nuevos partidos y programas modernos en el grado más alto. Para terminar con las ideas y los métodos de Rasputín, Rusia tuvo la necesidad de las ideas y métodos de Marx.” (Trotsky, 2015: 717-718).

do pueden realizar su propia política, con autonomía relativa y atendiendo a la especificidad de su realidad nacional, sin encontrarse a merced de las directivas emanadas unilateralmente desde un *buero* político lejano, o subordinados al devenir de los países centrales.

Como se señaló anteriormente, en su exilio en México Trotsky elabora una serie de coordenadas generales para una política socialista en América Latina. Del gobierno de Cárdenas cabe destacar aquí un conjunto de medidas, el modo en el que Trotsky las caracteriza y la política que propone para el proletariado mexicano bajo la vigencia de este “populismo latinoamericano”, también llamado “cardenismo”.

La nacionalización del petróleo decretada el 18 de Marzo de 1938 es un episodio clave en la perspectiva de Trotsky sobre Latinoamérica. Diecisiete empresas petrolíferas de capital extranjero operaban en México. Entre ellas se encontraban la “Compañía Mexicana de Petróleo El Águila” (*London Trust Oil-Shell*), *Mexican Petroleum Company of California* (actualmente *Chevron-Texaco*), *Pierce Oil Company* (subsidiaria de la *Standard Oil Co.*) y la *Mexican Gulf Petroleum Company* (más tarde, *Gulf Co.*). Como cabía esperar, los países de origen de las petroleras (Países Bajos, Estados Unidos e Inglaterra), reaccionaron de manera adversa a la medida, pese a que el gobierno mexicano ofreciera indemnizar a sus propietarios. Por tomar por caso Inglaterra, además de ser país de origen de parte significativa de las inversiones, era el principal consumidor del petróleo mexicano, ya que abastecía no solo a su industria sino también al sistema de defensa inglés, a su armada y su fuerza aérea. En este marco, y atendiendo a que el abastecimiento de hidrocarburos era un tema particularmente sensible en los prolegómenos de la segunda guerra mundial, Trotsky caracteriza la medida del presidente Cárdenas, en un artículo llamado “México y el imperialismo británico” publicado originariamente en la revista *Socialist Appeal* (Nueva York) en junio de 1938, del siguiente modo:

“Con el objeto de desacreditar la expropiación a los ojos de la opinión pública burguesa, la presentan como una medida “comunista”. Se combina aquí la ignorancia histórica con el engaño consciente. El México semicolonial está luchando por su independencia nacional, política y económica. Tal es el significado básico de la revolución mexicana en esta etapa. Los magnates del petróleo no son capitalistas comunes, no son burgueses corrientes. Habiéndose apoderado de las mayores riquezas naturales de un país

extranjero, sostenidos por sus millones y apoyados por las fuerzas militares y diplomáticas de sus metrópolis, hacen lo posible por establecer en el país subyugado un régimen de feudalismo imperialista, sometiendo la legislación, la jurisprudencia y la administración. Bajo estas condiciones la expropiación es el único medio efectivo para salvaguardar la independencia nacional y las condiciones elementales de la democracia. (...) La expropiación del petróleo no es ni socialista ni comunista. Es una medida de defensa nacional altamente progresista.” (Trotsky, 2013: 96-98).

El apoyo a dicha medida se realiza bajo la “independencia de clase”, es decir delimitándose del programa y de la fuerza que lleva adelante las nacionalizaciones:

“El proletariado internacional no tiene ninguna razón para identificar su programa con el programa del gobierno mexicano. (...) Sin renunciar a su propia identidad, todas las organizaciones honestas de la clase obrera en el mundo entero, y principalmente en Gran Bretaña, tienen el deber de asumir una posición irreconciliable contra los ladrones imperialistas, su diplomacia, su prensa y sus mercenarios fascistas. La causa de México, como la causa de España, como la causa de China, es la causa de la clase obrera internacional. La lucha por el petróleo mexicano es sólo una de las escaramuzas de vanguardia de las futuras batallas entre los opresores y los oprimidos.” (Trotsky, 2013: 96-98).

A su vez, Cárdenas nacionaliza los ferrocarriles en Junio de 1937. Desde 1908 el 51% de la empresa era de propiedad estatal, por lo que la medida solo expropió a los accionistas minoritarios. Pero la significación de la medida radica en que Cárdenas entregó la dirección administrativa del sistema ferroviario a una gerencia integrada por obreros ferroviarios sindicalizados. Las nacionalizaciones del petróleo y de los ferrocarriles, fueron precedidas por procesos de lucha obrera. En el caso del petróleo, el Estado cardenista impulsó la organización de un sindicato de trabajadores petroleros, vinculado a la Central de Trabajadores Mexicanos (CTM), y reclamó por la mejora en las condiciones de trabajo, aumentos salariales y participación mexicana en los cargos directivos de las empresas. Ante la intransigencia de las empresas que rechazan la intervención del Estado, incluso después de que el Tribunal Superior, primero, y la Corte Suprema, después, fallen a su favor, el presidente opta por su expropiación. Por otra parte, el gobierno también avanzó sobre las demandas insatisfechas de la revolución de 1910 efectuando una reforma agraria. Se expropiaron latifundios por un total de 17.000.000 de hectáreas, transfiriendo la tierra a los ejidos (propiedad comunal) que pasaron a disponer de la mitad de la tierra cultivable del país (aunque posteriormente retrocedieron ante la burguesía terra-

teniente) y se extendió la pequeña propiedad campesina individual. Cárdenas articuló el Estado tanto con el movimiento campesino como con el movimiento obrero. En ambos casos primó el control estatal. Tanto la dirigencia campesina de la Confederación Nacional Campesina (CNC) como los dirigentes de la CTM y los dirigentes sindicales de las empresas estatizadas, se subordinaron a los canales de participación impuestos por el Estado.

El conjunto de transformaciones señaladas llevan a Trotsky a formular una caracterización del fenómeno cardenista. Para ello el autor parte de la ley de desarrollo de los capitalismos atrasados, la ya referida ley del desarrollo combinado por la cual el capitalismo es dinamizado desde la exterioridad de una formación social:

“Como en los países atrasados el papel principal no lo juega el capitalismo nacional sino el extranjero, la burguesía nacional ocupa, en cuanto a su ubicación social, una posición muy inferior a la que corresponde al desarrollo de la industria.

Mientras el capital extranjero no importe obreros sino que proletarice a la población nativa, el proletariado nacional comienza muy rápidamente a jugar el rol más importante en la vida nacional. Bajo tales condiciones, en la medida en que el gobierno nacional intenta ofrecer alguna resistencia al capital extranjero, se ve obligado en mayor o menor grado a apoyarse en el proletariado. En cambio, los gobiernos de estos países que consideran inevitable o más provechoso marchar mano a mano con el capital extranjero, destruyen las organizaciones obreras e instauran un régimen más o menos totalitario.

De modo que la debilidad de la burguesía nacional, la falta de tradiciones del gobierno democrático, la presión del imperialismo extranjero y el crecimiento relativamente rápido del proletariado suprimen cualquier base para un régimen democrático estable. Los gobiernos de los países atrasados, o sea coloniales y semicoloniales, asumen en general un carácter bonapartista o semibonapartista. Difieren entre sí en que algunos intentan orientarse en una dirección democrática, buscando el apoyo de obreros y campesinos, mientras que otros implantan una forma de dictadura policíaco-militar. Esto determina también la suerte de los sindicatos: o están bajo la tutela del Estado o bien, sujetos a una cruel persecución. Este tutelaje está determinado por las dos grandes tareas antagónicas que el Estado debe encarar: atraer a toda la clase obrera, para así ganar un punto de apoyo para la resistencia a las pretensiones excesivas por parte del imperialismo y, al mismo tiempo, disciplinar a los mismos obreros poniéndolos bajo control de una burocracia.” (Trotsky, 2013: 161).

El cardenismo se ubica en el espectro de los gobiernos bonapartistas que enfrentan al imperialismo. Para ello moviliza a las bases campesinas y obreras, brindando concesiones parciales a sus demandas. Sin embargo, esta moviliza-

ción es limitada a los canales de participación que el bonapartismo constituye. Es decir, a un conjunto específico de prácticas políticas que, entre otras cosas, imposibilitan una acción de clase autónoma. La burocracia sindical es una de las piezas fundamentales de este entramado de canales de movilización. Esta representa al Estado bonapartista ante los trabajadores (más que a los trabajadores ante el Estado), al imponer las metas de producción, condiciones salariales y pautas de trabajo. Este último fenómeno resulta particularmente palpable en las empresas estatizadas por el cardenismo.

Como se observa, Trotsky introduce el concepto de bonapartismo para analizar la realidad latinoamericana. En el *corpus* marxiano, este concepto proviene de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, obra clásica de Marx sobre la historia política francesa del período 1848-1852. La expresión deriva del papel desempeñado por Luís Napoleón, el sobrino de Napoleón I, quien en 1851 se proclama emperador de Francia al realizar un golpe de Estado que pone fin a la Segunda República y clausura la Asamblea Nacional. El bonapartismo puede definirse como la pretensión, por parte de una fuerza política personalista, de autonomizarse de la lucha de clases, para así poder arbitrar entre los distintos intereses en pugna. Este intento de ponerse “por encima” del conflicto social es aparente, ya que, en rigor, el bonapartismo realiza los intereses de una clase social determinada. Esta representación de intereses se desarrolla, en muchos casos, en contra de la propia voluntad de la clase representada. De allí que el bonapartismo implique una autonomización relativa de la política, con respecto a la estructura socio-económica de una formación social. La autonomía que cobra el bonapartismo conlleva al debilitamiento de las instancias que median entre los intereses sociales y el Estado (los partidos políticos y las instituciones de representación corporativa), ya que la condición para la autonomización del liderazgo bonapartista reside en que este acapare el poder de resolver a favor de tal o cual clase social. Ahora bien, a diferencia de Marx y Engels, Trotsky emplea esta categoría para el mundo colonial y semicolonial. El cardenismo representa para Trotsky los intereses de la burguesía mexicana, y estos intereses colisionan con los del imperialismo y las clases sociales nativas a las que se encuentra aliado. De allí que para avanzar sobre la cuestión nacional y social, el cardenismo enfrente al imperialismo, parcial y limitadamente, convocan-

do a otras clases sociales en su apoyo. Desde allí se explican las concesiones y el apoyo recibido por parte de la clase trabajadora y el campesinado al gobierno mexicano. De parte del marxismo, el apoyo crítico de las medidas que persiguen la transformación agraria y la independencia nacional, encierra una competencia con dichas fuerzas por dirigir a los sectores populares. En una discusión sostenida con militantes estadounidenses de la IV internacional en Coyoacán, la delegación del Distrito Federal donde residía Trotsky, este sostiene:

“Estamos en perpetua competencia con la burguesía nacional, como única dirección capaz de asegurar la victoria de las masas en el combate contra los imperialistas extranjeros. En la cuestión agraria, apoyamos las expropiaciones. Esto no significa, entendido correctamente, que apoyamos a la burguesía nacional. En todos los casos en que ella enfrente directamente a los imperialistas extranjeros o a sus agentes reaccionarios fascistas le damos nuestro pleno apoyo revolucionario, conservando la independencia íntegra de nuestra organización, de nuestro programa, de nuestro partido, y nuestra plena libertad de crítica. El Kuomintang en China, el PRM en México (el Cardenismo), el APRA en Perú, son organizaciones totalmente análogas.” (Trotsky, 2013: 124-125).

En la misma conversación amplía el fundamento material de las disputas entre las burguesías nacionales y el imperialismo, atendiendo fundamentalmente al infra consumo de las masas campesinas:

“Los intereses del capital extranjero y los del capital nacional no son siempre los mismos y entran a menudo en agudos conflictos. También es posible que, en condiciones favorables, el capital nacional se oponga a las exigencias del capital extranjero. En la época de la “política del buen vecino” de Roosevelt, Cárdenas ha evaluado las posibilidades de una intervención militar y ha logrado, en cierta medida, ganar algunas posiciones, comenzando por el capital inglés, luego el norteamericano, y así sucesivamente. Parece que, ahora, comienza de nuevo a hacer concesiones. Alcanzó los límites de sus posibilidades.

La burguesía nacional necesita un mercado interno y este último, es un campesinado más o menos satisfecho. Es por eso que la revolución agraria, sobre todo a expensas de los propietarios extranjeros, constituye una ganancia directa para la burguesía nacional. Los campesinos compran más productos y así sucesivamente. Esta política tiene un carácter político. No se ve bien al principio hasta dónde van sus límites. La administración no puede decir hasta qué punto la burguesía la va a tolerar, hasta qué punto la burguesía estadounidense va a tolerarla o hasta dónde se puede ir sin una intervención británica, etcétera. De allí su carácter aventurero. A veces vacilante, otras veces a saltos y enseguida en retroceso.

Creo que nos es necesario combatir con la mayor energía la idea de que podemos apoderarnos del Estado quitándole sus restos de poder. Es la historia de Kuomintang. En México, el poder está en manos de la burguesía

sía nacional y solo podemos tomarlo ganando a la mayoría de los obreros y una gran parte de los campesinos y, por lo tanto, derrocando a la burguesía. No existe otra posibilidad.” (Trotsky, 2013: 132).

La competencia con la burguesía nacional está dirigida, en última instancia, a desplazarla del poder político y hacer del Estado Burgués con ribetes anti-imperialistas un Estado Obrero que realice las tareas nacionales y sociales. En la periferia latinoamericana ello conlleva una estrategia geopolítica específica, una de las tesis de la IV Internacional sostiene:

“Sud y Centro América sólo podrán romper con el atraso y la esclavitud uniendo a todos sus Estados en una poderosa federación. Pero no será la retrasada burguesía sudamericana, esa sucursal del imperialismo extranjero, la llamada a resolver esta tarea, sino el joven proletariado sudamericano, quien dirigirá a las masas oprimidas. La consigna que presidirá la lucha contra la violencia y las intrigas del imperialismo mundial y contra la sangrienta explotación de las camarillas compradoras nativas, será por lo tanto: Por los Estados Unidos Soviéticos de Sud y Centro América.” (Trotsky, 2013: 312).

La alianza de los proletariados latinoamericanos, instancia articulada a la alianza mundial del proletariado, implica una reorganización estadual, una Federación de Estados Latinoamericanos, como vía de resolución de la cuestión nacional y agraria. Tal perspectiva, como resulta evidente, parte de una realidad nacional, de un escenario específico de lucha de clases, para desde allí proyectarse a la palestra regional y mundial. Veamos ahora, brevemente, como fue leído el aporte trotskista en Argentina⁵⁸.

Los antecedentes de esta corriente teórico-política en Argentina pueden rastrearse en la década del veinte, a partir de desprendimientos del Partido Comunista. Pero recién hacia la década del treinta la cuestión nacional será abordada con cierta sistematicidad por una primer generación de trotskistas argentinos, dando lugar a dos tendencias teóricas. La polémica resultó un parte aguas al interior de la joven corriente, ya que de su resolución dependía el tipo de política a practicar. Ambas vías hacían uso del bagaje teórico marxista clásico, dando una particular atención al esquema tripartito leninista ya descrito y a las formulaciones de León Trotsky, sobre todo a la “teoría de la revolución permanente” y a la “ley del desarrollo desigual y combinado”. Más que “incomprensión” del repertorio teórico marxista y de la cuestión nacional (epíteto que

⁵⁸ A continuación tomo aportes de Galasso (2007a), Regali (2012) y Tarcus (1996).

los trotskistas endilgaban a sus adversarios), eran las coordenadas de la revolución las que estaban en debate y, con ello, la definición del sujeto político a constituir. Ambas tendencias ubicaban a la Argentina en el flexible grupo de las “semicolonias” y reconocían la necesidad de realizar tareas democrático-burguesas.

Por un lado, se manifiesta la vertiente representada por Héctor Raurich y Antonio Gallo. Los trabajos de este segundo, *Sobre el movimiento de Setiembre (ensayo de interpretación marxista)* (1933) y *¿Hacia dónde va la Argentina?* (1935), son las primeras tentativas de estudiar a la realidad nacional desde el trotskismo. Contra el comunismo oficial, Gallo señalaba que la Argentina era una formación social predominantemente capitalista, haciendo énfasis en su peculiaridad histórica. El capitalismo argentino no obedece al modelo de sucesión de modos de producción que puede extraerse de *El Capital*, es decir la evolución del artesanado a la manufactura y de esta a la gran industria, sino que seguiría un curso específico, traccionado “desde afuera”. Sería la expansión del capitalismo europeo sobre el territorio nacional el determinante fundamental de las características específicas del capitalismo vernáculo y de la fisonomía de las clases sociales que lo conforman. Para Gallo hay una interrelación entre capital industrial, capital agrario y capital financiero internacional, una suerte de comunidad de intereses, que no habilita a pensar que del primero de estos pueda surgir un progreso en el terreno de las tareas democrático-burguesas. Sería el proletariado, a partir de una revolución socialista, el que realizaría dichas tareas. Es decir, en Gallo no se postula una convergencia contradictoria entre el socialismo proletario y el nacionalismo burgués. Más aún, el proletariado debería enfrentar a la burguesía nacional en primer término:

“Si bien el Partido Radical es un partido burgués por excelencia y lo integran los peones de la puna, los obreros de los ingenios, los chacareros y la pequeña burguesía urbana (...) ha realizado y realiza siempre la política de las clases dominantes, teniendo un carácter específicamente reaccionario. (...) No hay antiimperialismo dentro del marco de la propiedad privada (...). El capital financiero no es nacional (...) pero no es extranjero sino internacional y si las riquezas nacionales se hallaran en manos de capitalistas argentinos, igualmente estarían atadas a las finanzas internacionales (...) *la lucha contra el imperialismo es, en primer término, una lucha contra la burguesía nacional.* Y siendo así, sólo puede llevarla a cabo el proletariado y hacerlo a través de la revolución socialista.” (Gallo, 1935: 51).

Ante esta perspectiva reacciona Liborio Justo, figura clave en el trotskismo argentino. Este consideraba a la Argentina un semicolonias dominada por el imperialismo aliado a una clase dominante local constituida por una oligarquía ganadera y una burguesía comercial. Justo entendía que ante la ausencia de una auténtica “burguesía industrial”, el proletariado debía realizar una revolución de “liberación nacional”. En clave permanentista, Justo señalaba que el despliegue de esta revolución nacional abriría un horizonte socialista. En Justo se amplía la significación de las tareas democrático-burguesas, relegando a un segundo plano a las transformaciones socialistas *stricto sensu*. A su vez, este autor considera la posibilidad limitada, pero posibilidad al fin, de que el nacionalismo burgués enfrente al imperialismo. La cuestión nacional resuelta por la vía de la centralidad de la liberación nacional fue formulada en su folleto *Frente al momento del mundo: ¿Qué quiere la cuarta internacional?*, de 1939⁵⁹. Allí que el autor se diferencia de puntos de vista como los de Gallo:

“¿Cómo debemos luchar contra el imperialismo? En los países coloniales y semicoloniales, ciertos sectores de la burguesía pueden iniciar una acción contra el imperialismo la que, desde luego nunca llevarán hasta el fin, pero que, mientras ella se desarrolle, es deber del proletariado apoyarla, manteniendo su independencia de clase, haciendo ver claramente a la clase obrera el carácter de esa lucha de parte de la burguesía y tratar de ganar la dirección de la misma a fin de proseguirla hasta el fin. Es por ello que resulta falsa –de todo punto falsa– la consigna sostenida por el periódico *Frente Proletario*, de que “la lucha contra el imperialismo es, en primer término, la lucha contra la burguesía nacional”. Quienes formularon esta consigna olvidaron la necesidad, establecida por Lenin, de recalcar la diferencia entre la burguesía de los países opresores y la de los países oprimidos. Este es el error principal de nuestros compañeros; olvidar que la Argentina se cuenta entre los países semicoloniales y querer aplicar mecánicamente a éstos las consignas y directivas que los maestros del socialismo han dado para los países imperialistas. Es cierto que nuestra posición debe ser de lucha acerba contra la burguesía argentina porque, como dice Trotsky respecto de los países coloniales y semicoloniales, no se debe esperar que sea más progresista o revolucionaria que la de los países imperialistas. Pero de ahí a luchar contra ella en primer término como la mejor forma de luchar contra el imperialismo, es no tener una noción definida del significado de liberación nacional que lleva en sí un sentido esencialmente antiimperialista.” (En Galasso, 2007a: 83-84)

Como puede apreciarse en este apartado, la tradición marxista contaba de aportes significativos sobre la “cuestión nacional”. Veamos ahora cómo desa-

⁵⁹ De la perspectiva justista, y al calor de la experiencia peronista, desciende el trotskismo que se agrupa como “izquierda nacional” en los sesenta-setenta, y que apoyó críticamente al peronismo en sus tres mandatos.

rolla la temática Hernández Arregui en el contexto de los años sesenta-setenta.

3. La cuestión nacional en Hernández Arregui

La formulación de la cuestión nacional para la Argentina de los años sesenta-setenta fue uno de los cometidos centrales de Hernández Arregui, desde diversas aproximaciones recorre el conjunto de su obra. En Hernández Arregui, la constitución de una nación moderna representa una estación de progreso en la historia humana. La constitución de una nación -destaca el autor-, siempre fue acompañada del nacionalismo como fenómeno político-ideológico. En *Nacionalismo y Liberación* ([1969] 2011) se postula que la esencia del nacionalismo, debe ser captada a partir de dos principios de análisis. Por un lado, en el pensamiento de Hernández Arregui la actividad de las masas en la Historia resulta central⁶⁰. Sobre este postulado formula uno de los principios analíticos del fenómeno nacionalista: el nacionalismo –como cualquier manifestación ideológica-, presenta determinaciones de clase. El segundo principio de análisis, radica en el examen histórico del proceso de constitución de los estados-nacionales modernos. A partir de esta vía justifica la mentada distinción entre el nacionalismo “agresivo” de las metrópolis y el nacionalismo “defensivo” e “igualitario” de las naciones oprimidas. Como vimos, esta discriminación cuenta de antecedentes dentro de la tradición marxista, como las elaboraciones de Marx sobre Irlanda y los diversos aportes de Lenin y, bajo su estela, de la Tercera Internacional. El interés de Hernández Arregui radica en mostrar que durante el siglo XIX se desenvuelven dos procesos de formación de estados-nación sustancialmente diferentes. El curso seguido por las naciones europeas, aún las de unificación tardía, es de naturaleza diferente al seguido por los países de anti-

⁶⁰ Este criterio recorre su reflexión sobre la realidad en su conjunto, incluyendo su dimensión cultural. En sus términos, expresiones culturales como las letras, las disciplinas artísticas y la filosofía resultan auténticas en tanto trabajan con la realidad nacional de un pueblo, con las experiencias de las grandes mayorías y sus vicisitudes sociales e históricas. La actividad espiritual genuina, “verdadera”, no necesariamente mantiene un vínculo consciente con sus móviles sociales e históricos -en verdad en su mayor parte se sostiene sobre una idea distorsionada de sus propias motivaciones-, empero tributa a un “cultura nacional” indispensable para la realización y liberación de un pueblo.

gua pertenencia al Imperio Español⁶¹. Partamos de los países que llegaron a esta “meta”, fenómeno concomitante pero no reducible al desarrollo del capitalismo al interior de sus fronteras nacionales.

Para Hernández Arregui los estados-nacionales no parecen reducirse a un medio espacial e institucional adecuado para el desarrollo del capitalismo. Si bien las naciones modernas se constituyen en torno a una economía capitalista autocentrada, este aspecto debe entrelazarse a razones de orden espacial, social, político y cultural⁶². Es decir, un conjunto de factores parecieran obrar como condiciones tendenciales, más no suficientes, para la formación de una nación. De todos modos, no se debe pasar por alto la variable que pareciera tener mayor significación: los intereses de clase. Desde allí Hernández Arregui enlaza la historia de las naciones modernas con la historia del capitalismo. Así, en relación al nacionalismo alemán, que a criterio de Hernández Arregui prepara en el terreno de las ideas un fenómeno de naturaleza esencialmente política como la unificación nacional de Alemania, el autor señala:

“Más detrás de este modelo teutón, oscuro y mítico –los hombres y las naciones velan con mercaderías metafísicas, éticas y poéticas sus intereses materiales- lo que se debatía era la unificación económica, política y militar de Alemania, en retraso frente a naciones que ya habían consolidado su ciclo industrial como Inglaterra y Francia. Tanto Alemania como Italia, a mediados del siglo pasado, estaban desgranadas en múltiples estados, sistemas aduaneros y monetarios distintos, pesos y medidas que aislaban a alemanes e italianos en números pueblos. Y en ambos países, la voluntad nacional galvanizó en conductores, como Bismarck y Cavour, que representaban los intereses de toda la nación, previa la actividad preparatoria de pensadores de genio como Fichte, con sus *Discursos a la Nación Alemana*, o Giuseppe Mazzini, con su inflamada literatura política sobre la *Joven Italia*.” (Hernández Arregui, [1969] 2011: 58-59).

De este modo, el nacionalismo del siglo XIX en Europa resulta un fenómeno cultural y político altamente progresivo. Preparado por el centralismo absolutis-

⁶¹ Y diferente, a su vez, del seguido por los países de los restantes continentes (África, Asia y Oceanía), que, por otra parte, encuentran caracteres en común con América Central y América del Sur en tanto conforman el “mundo colonial”. Luego nos detendremos en este punto.

⁶² En palabras del autor: “Dejemos sentado que no hay criterio uniforme y seguro que determine los requisitos exigidos para la constitución de una nación. Hemos mencionado el territorio y la herencia cultural. Pero estos elementos no bastan. Ni las fronteras, ni el decurso histórico en sí mismo, ni la unidad idiomática, son causas suficientes y exhaustivas. Más bien, son todos ellos, agrupados y entrelazados en una viva totalidad, los que configuran la nacionalidad. Digamos al pasar que la lengua es un importantísimo factor aglutinante de la nacionalidad.” (Hernández Arregui, [1969] 2011: 55).

ta de los siglos XVI y XVII (que tiene por precursor a España, para luego ser sucedido por Francia e Inglaterra y postreramente por Rusia), el nacionalismo es la expresión ideológica y política que confusamente se opone a la vieja sociedad feudal y, por ende, representa un factor de progreso. Es así como se empapa por momentos de los postulados de la Revolución Francesa, se mixtura con un ideario republicano o apela al romanticismo político y cultural en busca de orígenes “nacionales”. El nacionalismo incluso se combina con el liberalismo europeo del siglo XIX, al que el autor define, con neto criterio marxista, como “progresivo”⁶³. Todo ello da lugar a la moderna sociedad burguesa, a la realización de “los intereses de toda la nación” como expresa el autor⁶⁴. Detengámonos ahora en el proceso de constitución de Estados-Nacionales en América.

Para explicar la naturaleza del proceso de independencia de las “provincias” hispanoamericanas del reino español, Hernández Arregui nos remite al periodo hispanoamericano⁶⁵. Como observamos, sus adversarios fundamentales son dos: la historiografía erudita y el revisionismo tradicional. En ambas corrientes historiográficas se haría, por distintos motivos, una evaluación falsa del papel que ocupó España en la constitución de los pueblos americanos. Como señalamos anteriormente, para el enfoque historicista de Hernández Arregui una apreciación correcta de la época colonial y del proceso de independencia y formación de Estados-Nación en la región es constitutiva de un diagnóstico justo del presente y del futuro de los pueblos latinoamericanos.

⁶³ El liberalismo dominante en la Argentina, al que adscribe la oligarquía dominante, es definido por el autor como “colonial” ya que no expresa ideológicamente a una “burguesía industrial” que puja por organizar la nación y superar el atraso y el feudalismo, sino a una “burguesía compradora” adosada a la expansión de una nación ya constituida, es decir, a Inglaterra (Hernández Arregui, [1960] 2008: 25-46).

⁶⁴ Pareciera ser que el énfasis puesto en la consecución de esta “meta histórica” lo lleva a apartarse, por momentos, de la matriz marxista clásica por la cual las naciones modernas se caracterizan por sus contradicciones sociales internas. Como vimos en el capítulo tres, la resolución de la cuestión nacional obedece al ascenso de una nueva clase dominante: la burguesía. En términos genéricos, que las demás clases subalternas se encuentren parcialmente interesadas en este proceso no implica postulados de homogeneidad nacional en términos de intereses de clase.

⁶⁵ El autor señala: “La época hispánica no encaja por entero, dentro del despectivo rótulo de “colonial” como la ha denominado la oligarquía liberal, y que, para la corona, estas tierras eran provincias del reino, y así las definía. La tesis misional, por su parte, se refuta a sí misma por la situación de las masas indígenas que integraron la clase verdaderamente explotada. Pero la historia no es un idilio, sino una galería cuyas luces y sombras agrandan o desdibujan los objetos, según el prisma ideológico que los refracta.” (Hernández Arregui, [1963] 2005: 31).

Como vemos, en el discurso de Hernández Arregui la categoría de imperialismo resulta central, sobre ella el autor puede establecer una continuidad entre los siglos XIX y XX en Latinoamérica. Si bien distingue un imperialismo decimonónico, signado por la difusión del libre comercio, de un imperialismo del siglo XX (tal como fuera conceptualizado por Lenin, es decir, como fruto de las dinámicas de concentración del capital en los países de capitalismo avanzado), el autor pareciera querer subrayar la continuidad más que la diferencia entre ambos términos. Nótese lo apuntado en el siguiente extracto:

“Bolívar lo había presentado. Razones geopolíticas alimentarían hasta su pleno en señoramiento en el siglo XX, esa voluntad imperial norteamericana. Y puede asegurarse que la soberanía de Estados Unidos ayer –y hoy más que nunca- descansó y descansa sobre la anulación nacional de la América Latina. Estados Unidos asiste en nuestros días a una verdadera crisis de su poder sobre la América Latina. Los ingleses lo han señalado recientemente. Dos importantes periódicos británicos, el *Times* y el *Guardián*, muestran hoy serias dudas sobre las posibilidades para resolver solos los problemas políticos y económicos del continente latinoamericano: “la evolución cultural y política de los latinoamericanos, sus intereses comerciales y, en general, sus concepciones del mundo, no concuerdan con la democracia jeffersoniana, ni con la tradición esencialmente protestante de los Estados Unidos” escribe *Times*. Y añade: “Ha llegado la hora en la que Washington puede pedir justamente a Europa que comparta sus obligaciones en la vasta región que el presidente Kennedy en persona definió como “la zona mundial más crítica hoy en día”. Europa –prosigue el periódico- puede constituir una especie de puente entre las dos Américas, pero existe el peligro de que, en este caso, como ya ocurrió en Bruselas, el presidente De Gaulle, apoyándose en la fraternidad latina, intente competir con los anglosajones en lugar de asociarse en su obra” (A. F. P 11/3/63). Esta cita interesa. Cámbiese De Gaulle por Napoleón Bonaparte, y se comprenderá que lo que propone el influente diario inglés es renovar el acuerdo entre Canning y Adams sobre el reparto de la América Latina. No hay duda que la historia –como se ha dicho- se da dos veces. Una vez como tragedia y una segunda como comedia.” (Hernández Arregui, [1963] 2005: 75).

Junto a la relevancia que adquiere el imperialismo en la constitución de naciones en el sentido pleno del término, el esquema tripartito de Lenin, anteriormente referido, se desplaza hacia una dualidad compuesta de países imperialistas o metrópolis, por un lado, y “el mundo colonial”, por el otro. La figura de “semicolonia” tiende a desdibujarse para dar lugar a la categoría más amplia de “países coloniales”, compuesta por la gran mayoría del planeta: buena parte de Asia, África, América Central y América del Sur. De allí que el autor señale:

“Es un hecho que los pueblos coloniales se levantan. Por ello, es necesario aquí una breve caracterización del mundo colonial. Hay que combatir un

prejuicio, que el propio imperialismo tiene interés en difundir referente a los países dependientes, estableciendo diferencias radicales, e incluso propiciando el odio de razas. Por ejemplo, sosteniendo que entre el Congo Belga y la Argentina hay diferencias sustanciales y que nada hay de afín entre la América latina y África. (...) No interesan, en esta configuración, las diferencias de los países coloniales entre sí, su desigual desarrollo y sus desemejanzas, las existentes, verbigracia, entre la Argentina, Brasil el Congo o Indonesia. Y sí en cambio, pese a esas diferencias, las similitudes globales que los ensamblan como piezas de un mundo aparte concebido como un ancho cordón periférico de las grandes metrópolis.” (Hernández Arregui, [1969] 2011: 131).

Pero así como imperialismo es para Hernández Arregui un factor explicativo de primer orden de la realidad histórica latinoamericana, que define una cuestión nacional irresuelta arrastrada desde la independencia de España, las masas, su actividad y sus perspectivas de futuro, resultan la contrafigura que contiene la posible resolución del problema. De allí que, como señalamos, el segundo principio de análisis para estudiar el nacionalismo radica en su evaluación según la clase social que lo proclame. Las clases sociales ligadas al mundo del trabajo, las “masas”, abrazan un nacionalismo divergente al de las clases privilegiadas. El nacionalismo al que adscribe y defiende nuestro autor es aquel que afinsa en la actividad práctica de las masas y en sus experiencias políticas.

Este nacionalismo de masas es tanto una adscripción político-ideológica, como un *pathos* o sentimiento de pertenencia a la tierra. El nacionalismo es un componente del proceso histórico de auto-constitución de las masas como un sujeto político, al que el autor define alternativamente como “pueblo”, “movimiento nacional”, o, cuando la connotación político-partidaria de su discurso pareciera cobrar relevancia, “movimiento nacional peronista”⁶⁶. Este sujeto persigue un fin histórico: la “liberación nacional”, y la lucha por la conquista de esta meta, en rigor, realiza a la nación argentina; en otros términos, la liberación nacional puede definirse como el pasaje de esa nación aparente, formal o nominal (como se prefiera), que representa la Argentina posperonista, a otra en el sentido pleno del término. La “nación” es definida genéricamente en los siguientes términos:

“Nación es un grupo humano establecido en un ámbito geográfico, jurídicamente organizado en Estado, unido por un conjunto de valores materiales y espirituales, una lengua, un pasado común e instituciones también

⁶⁶ Analizaremos este aspecto en el capítulo siguiente, haciendo eje en las determinaciones concretas del sujeto pueblo que aquí referimos.

comunes acatadas como normas de la convivencia social, a pesar de las internas tensiones de clase, y que otorgan, en tanto valores sociales conservados por tradición en la memoria del pueblo, una peculiar semejanza a la comunidad nacional. Uno de los rasgos de toda comunidad nacional, aunque en ella pervivan mezcladas diversas razas, es por ende la percepción de una semejanza entre los individuos que la forman. Sentimiento vago, por todos experimentado frente a otras nacionalidades, de una semejanza, del cual deriva la conciencia de un “nosotros”, de una cierta homogeneidad del grupo institucionalizado, asentado en un determinado territorio. Sin territorio, en efecto, no hay nación. El patriotismo siempre está ligado a la tierra. Este apego filial, esta adherencia al suelo, no necesita explicaciones racionales. Y ha sido experimentado, con devoción unánime, por todos los grandes artistas nacionales.” (Hernández Arregui, [1969] 2011: 53).

De la definición citada se desprende que una “comunidad nacional”, o la percepción de una pertenencia nacional por parte de una colectividad, no es suficiente para que esta se constituya en Nación *stricto sensu*. Más bien, esta “comunidad nacional” brinda una suerte de condición necesaria para la constitución de una nación. Es quizás la percepción de que los pueblos de Centro y Sur América constituyen esta “comunidad nacional”, junto a la realidad geopolítica de posguerra y el ascendiente del imperialismo yanqui, lo que lleva a Hernández Arregui a la tesis según la cual la liberación nacional de los pueblos de la región debe arribar a una Confederación Iberoamericana. El nacionalismo cultural es necesario al proceso de liberación nacional, ya que la opresión del imperialismo se desdobra en dos dimensiones fundamentales: material y cultural. Por lo tanto, la recuperación de las auténticas tradiciones nacionales y populares era para Hernández Arregui una tarea artística e intelectual relevante en los años sesenta-setenta. Decimos “relevante” y no otra expresión de mayor énfasis, ya que en la visión de Hernández Arregui lo fundamental en el contexto sesenta-setenta giraba en torno la lucha política. En las antípodas de la fórmula sarmientina de “educar al soberano”, Hernández Arregui entendía que en la experiencia de lucha por la liberación nacional se iban a desarrollar los aprendizajes fundamentales del sujeto pueblo, incluyendo sus sectores de procedencia “culta” o “ilustrada”, como las clases medias, y que luego de esta “etapa” o “momento” la política cultural o educativa *stricto sensu* cobraría importancia. Al prologar el ensayo “La política en el arte” del pintor Ricardo Carpani, publicado originalmente en 1962 por Coyoacán, Hernández Arregui sostiene:

“La educación del proletariado es posterior y no anterior a la revolución. Pero hasta qué punto Carpani es un revolucionario se prueba por su idea referente a la necesidad de que los artistas ofrezcan sus servicios a los sindicatos como simples asalariados o compañeros de clase. No se engaña, empero, sobre las dificultades de esta tarea que exige una militancia heroica. Y los artistas, más que héroes, son viandantes de feria. Es decir, vendedores de cuadros –mercancías-: hay que educar a los educadores.

En tal orden, y relacionado con lo anterior, es justa la observación del autor, cuando sostiene que el artista revolucionario tiene por misión mantener vivas las tendencias revolucionarias de las masas. Pero debe insistirse: el artista revolucionario existe porque las masas están ya revolucionadas. No es el arte el que educa, en la primera etapa de la liberación social, sino la crisis de la sociedad burguesa la que crea al artista revolucionario, que por su parte no hace más que anticiparse individualmente a la revolución.” (Carpani [1962] 2011: 18-19).

Es necesario atender que la prédica de Hernández Arregui gravitaba, como dijimos, predominantemente en sectores de las clases medias de procedencia universitaria. Sin embargo, se vuelve a poner de manifiesto que Hernández Arregui prescribe una suerte de “ir hacia el pueblo” sin augurar demasiado protagonismo a quien convoca. En rigor, parece que en su perspectiva las clases medias ilustradas eran una especie de acicate del movimiento nacional, un actor de segundo orden y ello se observa también en el campo de la cultura.

4. El revisionismo histórico en Hernández Arregui

Ya apuntamos que el dialogo entre marxistas y nacionalistas, desarrollado durante los años sesenta, es uno de los fundamentos de la tendencia historiográfica conocida como revisionismo histórico de izquierda. Asimismo, señalamos que las reconstrucciones del pasado argentino de dicha corriente, buscaban desarrollar ideológicamente un sujeto político que transformara de modo revolucionario a la Argentina. En base a ello, marcamos que los libros de Hernández Arregui apuntan a dotar de un conjunto de saberes históricos a la militancia política que contribuyan a la renovación teórico-política del peronismo. Detengámonos en la visión que Hernández Arregui tenía del asunto⁶⁷.

El revisionismo de los años sesenta era considerado por Hernández Arregui, como un momento intelectual previo a la resolución, de naturaleza política, de la cuestión nacional. La crítica a la “historia mitrista” permitiría preparar a un proletariado peronista con conciencia nacional, pero aún inmaduro ideológica-

⁶⁷ Véase ([1960] (2008): 203-217) y ([1969] 2011: 15-23).

mente, y, sobre todo, acercar a la lucha por la liberación nacional a sectores de la clase media de extracción universitaria, en buena medida de previa filiación antiperonista. En otras palabras, contribuye a la gestación del campo nacional-popular de los años sesenta-setenta referido en el primer capítulo.

La crítica a la historiografía erudita –terreno que a su criterio cuenta del aporte del nacionalismo derechista, es decir, del revisionismo tradicional- es, en última instancia, la crítica a una imagen de nación correspondiente a una determinación de clase de carácter “oligárquico”. Hernández Arregui inscribe a la historiografía erudita en una filosofía de la historia “individualista” que explica los fenómenos históricos a partir de la libre voluntad de un puñado de prohombres, ocluyendo así el papel de las grandes mayorías. La historiografía filiada al liberalismo conservador presenta una determinación de clase unívoca: su pertenencia a las clases dominantes oligárquicas ligadas al imperialismo inglés. En Argentina, Bartolomé Mitre representa cabalmente esta corriente y en su trayectoria se expresa la implicancia política del discurso histórico, al ser, simultáneamente, un notable representante de la oligarquía porteña adversa a las “masas provincianas” y el hacedor de un discurso histórico elitista contenedor de las marcas fundamentales de la imagen oligárquica de la nación. El sesgo historiográfico “individualista”, que hace del país moderno el resultando de la voluntad de figuras destacadas construidas a partir de un acervo documental políticamente sesgado, es la contraparte de la carga negativa, de la “barbarie”, que el liberalismo conservador proyecta en las masas. Hernández Arregui vincula este enfoque con el positivismo filosófico dominante hacia la segunda mitad del siglo XIX, y observa que en la época en que se consolida en la Argentina ya existían expresiones historiográficas que producían explicaciones más complejas, en verdad superiores, que el autor denomina “historiografía colectivista”, ya que dan cuenta del lugar de los grupos sociales en el proceso histórico.

Pero, por otra parte, Hernández Arregui se delimita del revisionismo tradicional argentino, al que solo le reconoce una crítica limitada de la historiografía liberal. La inclinación por criticar la élite política que la historiografía liberal erige en panteón nacional, lleva a los revisionistas a formular panteones alternativos y a reproducir el ocultamiento de las masas en la Historia. Cabe preguntarse si la

propuesta de Hernández Arregui logra romper con este corsé del gran hombre a la hora de tramar el discurso histórico. Veamos la mirada que José María Rosa tenía al respecto.

El temprano libro de Jorge Abelardo Ramos *América Latina: un país. Su historia, su economía, su revolución* (1949), puede ser considerado una de las primeras tentativas, no del todo fortuita, de una historia revisionista marxista. El ensayo fue reseñado críticamente por José María Rosa en “Respuesta a un intelectual trotskista”, en la *Revista del Instituto de Investigaciones históricas Juan Manuel de Rosas* (Rosa, 1954)⁶⁸. Allí Rosa saluda la distancia entre el texto de Ramos y la historiografía filiada en la izquierda tradicional, a la que considera un derivado de la “historia oficial” con un bagaje terminológico marxista. Ramos, destaca Rosa, toma muchos temas y desarrollos del revisionismo y, por tanto, su trabajo significa un avance en la comprensión del pasado desde las izquierdas, lo cual suma un “poroto del triunfo” al ascenso del revisionismo en el campo del saber histórico. Sin embargo, el historiador revisionista destaca que Ramos aplica una metodología errónea de carácter marxista, y ello deriva en una explicación del proceso histórico reductiva a la economía. El revisionismo, en cambio, no anula el lugar del individuo en la Historia –como, a su criterio, hace el marxismo-, sino que lo incorpora a sus explicaciones, al mostrar que su comportamiento se motiva en las ideas de Dios y de Patria. El “hecho económico” es relevante para el estudio de la Historia, pero a condición de que se lo relacione de manera subordinada con el examen de la subjetividad y de la conducta de las élites políticas, donde en verdad reside, para Rosa, el principio explicativo central de la realidad histórica. En esa misma dirección, en un artículo publicado en la revista *Mundo Nacionalista* en 1959, Rosa destaca la preeminencia del factor espiritual en relación a la economía y a otras dimensiones de la realidad histórica:

“Si tenemos el concepto *formal de patria*, podemos aceptar a Rosas en el panteón de los próceres del colonialismo, puesto que no sabríamos o no nos interesaría lo que es el coloniaje. Pero sí, en cambio, *tenemos de la Patria un concepto integral*, la presencia de Rosas en el panteón liberal sería un absurdo. Lo esencial para el revisionismo es concluir con esa patria

⁶⁸ Para un análisis de esta reseña véase Acha (2009: 307-309) y Galasso (2006: 10-12). Sobre el revisionismo tradicional véase Devoto-Pagano (2010).

de los coloniales que nos mantiene atados espiritual –y en consecuencia materialmente- al extranjero.” (En Jauretche, [1959] 2006: 9).

Hernández Arregui se diferencia de la matriz explicativa de Rosa, al sostener que las figuras destacadas “personifican” intereses sociales. En otras palabras, los individuos que concentran la atención de una época encarnan clases sociales. Con este postulado sociológico clasista, Hernández Arregui logra hacer compatible el concepto marxista de clase social con un concepto romántico de caudillo. Es decir, el liderazgo con base de masas es tanto la forma con la que una clase social ingresa a la palestra política, como la encarnación de atributos esenciales de un pueblo. Sucede, no obstante, que estos atributos no son intemporales sino mudables históricamente. Lo apuntado se observa en extractos como el siguiente:

“La ofensiva de la clase terrateniente contra el pueblo, sus héroes y sus grandes aunque oscuros recuerdos históricos es hoy más desenfundada que nunca. Y este odio de clases se alza desde el fondo del pasado y se proyecta al presente con el pretexto del “totalitarismo” de las masas, contra aquellos que ayer y hoy, acaudillaron los ideales populares. Se llamen Artigas, Bustos, Ibarra, Felipe Varela, López Jordán, Irigoyen o Perón. No se trata de analogías plañideras. (...) Pero tampoco de quebrar la unidad de la historia de las masas nacionales. No son la misma cosa las montoneras aplastadas durante el siglo XIX que la clase obrera argentina de hoy. Pero sí dos etapas, no iguales pero interligadas de la formación del proletariado nacional. Esto explica por qué la oligarquía unifica en un concepto al caudillo y las montoneras del siglo XIX –que al fin de cuentas ya están muertos- con ese proletariado actual que tiene el inconveniente de estar vivo. Y al mismo tiempo organizado por Perón en clase nacional, en voluntad multitudinaria contra el coloniaje. Y Perón es también un caudillo, en el noble y populoso sentido que le da al término la lengua española, y no una oligarquía sin ideales o un “nacionalismo” y una “izquierda” sin pueblo.” (Hernández Arregui, [1969] 2011: 16-17).

En clave también romántica, Hernández Arregui tiende a identificar al pueblo con la nación y a ubicar, en ese mismo plano semántico, al caudillo popular. El pueblo, a su vez, es portador de la cultura nacional, y la existencia de esta es condición *sine qua non* para la formación de una nación autónoma. Como señala Georgieff, la definición brindada por Hernández Arregui de la cultura nacional-popular re-valoriza expresiones como el folklore, las costumbres populares, la lengua materna y los modos de pensar y de sentir el mundo y la vida distintivos de los sectores subalternos, (Georgieff, 2008: 255-259). Un caudillo popular logra movilizar estas fuerzas culturales junto a los intereses de clase. En el relato histórico de Hernández estos liderazgos reciben el beneplácito del

historiador, su “papel” en la historia resulta benéfico para la resolución de ese gran problema constituido por la liberación nacional. Lo inverso sucede con las figuras que persiguen el sentido contrario. El discurso histórico del autor pareciera seguir una la lógica binaria que reivindica, por un lado, y denosta, por el otro, a las figuras tradicionalmente discutidas por la historiografía argentina. Paradójicamente, como señalamos, esta dinámica caracteriza -con valoraciones encontradas-, tanto a revisionistas como a eruditos, y es justamente el reproche que Hernández Arregui dirige hacia aquellos, pese a reconocerles su valor como críticos del liberalismo conservador y de la historiografía erudita.

A su vez, al buscar articular los periodos históricos que estudia, las reconstrucciones del pasado que podemos hallar en Hernández Arregui son más proclives a las continuidades que a las rupturas y su narrativa histórica tiende a tramarse en series de eslabones “históricos” representados por las figuras de relieve⁶⁹. Sucede que la relación postulada por Hernández Arregui entre líderes y masas suele permanecer inexplorada, pese a que el autor apunte, en muchos casos, sugerentes hipótesis acerca las razones e implicancias de estos vínculos históricos. En ese sentido, comparto la apreciación de Acha en torno al “entuerto historiográfico principal de la izquierda peronista” (Acha, 2009: 312), a saber, los historiadores ligados a la izquierda peronista no exploran ni brindan explicaciones consistentes sobre las vinculaciones entre caudillo y masas. Exploremos la cuestión del rosismo y temáticas ligadas para ampliar lo apuntado hasta aquí.

5. Rosas y la clase dominante argentina

En *La formación de la conciencia nacional* se reconoce en la producción del historiador revisionista José María Rosa, junto con los trabajos de Ernesto Palacio, lo más valorable del revisionismo de viejo cuño. Rosa combina, según lo

⁶⁹ En torno a Juan Manuel de Rosas el autor apunta: “El ascenso de Rosas al poder se afirmó en la “aristocracia del dinero”, como la calificó Dorrego. Visto en la continuidad del desarrollo económico de nuestra ganadería, el “trust saladeril”, que José María Rosa –un historiador de mérito- defiende como pilar de la economía nacional del rosismo, ya albergaba en germen la futura política de los frigoríficos. Es decir, del comercio de carnes controlado por Inglaterra. Aisladas ambas etapas del proceso histórico general, se convierten en abstracciones escolásticas donde hechos accidentales como el relativo equilibrio administrativo del sistema, la honradez de Rosas, etc. desvían de la cuestión fundamental”. (Hernández Arregui, [1957] 2005: 21).

apuntado en el libro, tesis ciertas afines a una perspectiva marxista, con otras erradas provenientes del nacionalismo conservador. Para Hernández Arregui dicha corriente difiere del nacionalismo popular en sus determinaciones esenciales. Un extenso capítulo de este libro se ocupa de historizar al nacionalismo argentino de derecha (Hernández Arregui, [1960] 2008: 129-217). Al hacerlo Hernández Arregui se delimita de esta tradición y define lo que constituye su aporte al proceso formativo de la “conciencia nacional”. Al igual que las izquierdas tradicionales, los nacionalistas fueron adversos a los dos movimientos nacionales claves del siglo XX: el irigoyenismo y el peronismo. Ambas corrientes contribuyeron a su caída, favoreciendo una política de clase que los excedía y a la que no lograban comprender en todas sus implicancias. Es decir, fueron utilizados por la clase dominante argentina. En rigor, para Hernández Arregui el nacionalismo derechista es un desprendimiento de la oligarquía argentina. La procedencia social de sus miembros así lo muestra, pero más importante aún - y esto constituye la piedra de toque del nacionalismo reaccionario-, es su aversión a las masas y, paradójicamente, al nacionalismo que estas abrazan. Es decir, cierto núcleo ideológico condiciona la producción historiográfica del revisionismo tradicional, tal como lo observaremos en la cuestión propuesta. Como se observa en la cita anterior sobre el rosismo, Hernández Arregui comparte que la actividad ganadera y sus derivados eran, en la época de Rosas, de carácter capitalista⁷⁰. Pero nuestro autor no ve un “conductor nacional” o un “hombre de orden” en el estanciero de provincia de Buenos Aires, sino el representante de un momento de la clase dominante argentina en formación.

Para Hernández Arregui la Revolución de Mayo deriva en un periodo signado por el predominio de la burguesía comercial porteña, ligada al comercio inglés. El hombre representativo de este grupo social es Bernardino Rivadavia. El ascenso de Rosas, por su parte, representa otro grupo social, los hacendados bonaerenses, sector clave para la formación social argentina en ciernes. En lo esencial, tanto uno como el otro sostienen el predominio social-espacial de Buenos Aires, es decir el control puerto único y la aduana única y el vínculo con el mercado exterior. Bartolomé Mitre representa el tercer eslabón de la dominación de Buenos Aires sobre las provincias, momento que decanta la unificación

⁷⁰ Véase Hernández Arregui ([1957] 2005: 17-30) y ([1960] 2004: 207-215).

y homogeneización la oligarquía argentina, ya capaz de conducir la Argentina semicolonial en su conjunto, a partir de una subordinación estable a Inglaterra. Esta tesis de continuidad entre unitarios y federales bonaerenses no es, por supuesto, privativa de nuestro autor. Un militante antimitrista oriundo de Brasil pero radicado en Argentina, Olegario Andrade (1839-1882), en su opúsculo “Las dos políticas” (1886) sugería la tesis de una continuidad entre Rivadavia, Rosas y Mitre como representantes de los intereses porteños. Por su parte, en su interpretación de las guerras civiles se reconoce el antecedente del “último Alberdi” de sus “Escritos póstumos” publicados en 1897 –aunque concebidos hacia 1865- y reeditados en 1879 bajo otra denominación: “Grandes y pequeños hombres del Plata”. De Alberdi resulta significativa la tesis sobre la imposición de un poder porteño que, tras la independencia, reemplaza el viejo poder español y se impone sobre las provincias. Tampoco puede soslayarse la importancia de la crítica tardía de Alberdi a la matriz sarmientina de “civilización-barbarie” como forma velada de imponer los intereses de Buenos Aires, la “provincia metrópoli”.

Por otro lado, si consideramos el campo de la historiografía de las izquierdas, la perspectiva de Hernández Arregui muestra una clara cercanía con trabajos provenientes de la izquierda nacional. Un libro firmado por Enrique Rivera, *José Hernández y la guerra del Paraguay* ([1954] 2007) de la editorial Indoamérica⁷¹, presenta tesis afines en relación a este y otros tópicos⁷². Puede encontrarse en este ensayo la tesis referida sobre la continuidad entre unitarismo, federalismo bonaerense y mitrismo⁷³. Cabe destacar una diferencia significativa entre el

⁷¹ Una investigación reciente apunta que el libro es de una co-autoría entre Enrique Rivera y Aurelio Narvaja, ambos militantes del grupo trotskista nucleado alrededor de la revista “Frente Obrero” y partícipes de la editorial Indoamérica (1949-1955) (Ribadero, 2012). En dicho proyecto editorial se destaca la participación de Jorge Abelardo Ramos, proveniente de otro grupo trotskista nucleado al redor de la revista “Octubre”, en calidad de director editorial.

⁷² Este ensayo es citado en la bibliografía consultada para el capítulo tres de *La formación de la conciencia nacional* ([1960] 2008), referido, como señalamos, al nacionalismo de derecha.

⁷³ La nota de presentación del ensayo, firmada por la Editorial Indoamérica, señala: “La publicación de esta obra vuelve a recordarnos, finalmente, la necesidad de una amplia biografía de Hernández. Los estudios de diversos autores y sus sucesivos aportes nos revelan cada vez más, en el autor del Martín Fierro, a un gran político tendenciosamente olvidado tras la valoración del poema Hernández ha sido, en nuestra historia y durante el período de la organización nacional, el representante más eminente de la corriente nacionalista y democrática contrapuesto por igual al unitarismo, al rosismo y al mitrismo que son, según el autor de este ensayo, solo distintas fases de una misma política esencial, la de la oligarquía bonaerense contra el pueblo argentino.” (Rivera, [1954] 2007: 10).

trabajo de Rivera y los ensayos de Hernández Arregui. Aquel presenta de modo enfático al rosismo como un régimen reaccionario. Rosas, pese a haber enfrentado al bloqueo anglo-francés, es extraño al interés nacional por razones de clase. De allí su reticencia a organizar el país y la conservación del puerto y la aduana por parte de Buenos Aires. En cambio, Hernández Arregui considera la ley de Aduanas de 1835 una tentativa de equilibrio entre Buenos Aires y las provincias y una muestra del talento político de Rosas. Rivera, a contrapelo, sostiene que la normativa protegía a los gremios artesanales de la ciudad de Buenos Aires, no solo del extranjero sino de la producción provinciana. Es un error, señala el autor, hacer pasar por política económica proteccionista una medida que perseguía la conservación de las actividades productivas precapitalistas en un sentido estrecho y localista. Para este autor, medidas de esta orientación pueden encontrarse en el “feudalismo clásico”. De hecho, Rivera sostiene que el rosismo conserva “elementos feudales” provenientes de la España de antiguo régimen, afianzados en la campaña bonaerense. Ello explica, por su parte, el antiliberalismo de Rosas, filiado en la España “feudal y goda”, ya que el autor postula la llamada teoría de las dos Españas, una liberal y democrática y otra oscurantista y reaccionaria. La estancia, por su parte, era la estructura social nuclear de la campaña bonaerense. Esta se basa, más que en la explotación del trabajo asalariado, en el usufructo de una renta agraria diferencial obtenida por condiciones altamente favorables para la producción extensiva de ganado. Según Rivera la solidaridad entre gauchos “semi-militarizados” y estancieros, se asienta en la defensa de la estancia ante factores externos, es decir, para las condiciones de la época, en la defensa de la sociedad toda. De allí que la relación de Rosas con los sectores populares se basara en una política esencialmente conservadora, que permitía a la clase hacendada usufructuar relaciones sociales pre-capitalistas en determinado contexto del capitalismo internacional⁷⁴. Como vemos las interpretaciones son en-

⁷⁴ Resulta significativo que Rivera parta del período colonial, atravesado el proceso de independencia y luchas civiles, se detenga en el rosismo y el período de “organización nacional” para así poder focalizarse en el objeto de su ensayo. A partir de ese recorrido puede el autor abocarse al costado político de José Hernández, a su criterio, silenciado por la literatura existente, y hacer de esta militancia una vía de acceso a la Guerra de la Triple Alianza con el Paraguay, mostrando el carácter reaccionario de esta gesta y, más extensivamente, del mitrismo. Estamos ante un enfoque historiográfico estructurado en torno a grandes líneas de continuidad, que permite trazar una vinculación entre la realidad nacional presente y la pasada.

contradas, si para Rivera el rosismo representa un orden tradicional de rasgos feudales, para Hernández Arregui estamos ante una formación capitalista constituida sobre la proletarización de la población criolla. Ello sugiere, a nuestro modo de ver, que el camino hacia cierto consenso interpretativo en las historiografías ligadas al campo nacional-popular no estuvo exento de tensiones y discrepancias.

Quizás *Revolución y contrarrevolución en la Argentina (1957)*, como dijimos una de las obras de mayor relevancia de Jorge Abelardo Ramos, afianzó ciertas líneas interpretativas sobre el pasado nacional -en particular para el revisionismo de la izquierda nacional-, que hasta ahora solo se habían expresado en forma fragmentaria y discontinua, o no contaban con un consenso interpretativo fuerte⁷⁵. Este libro cubre desde la independencia producida en Mayo -lo que remonta al autor al período tardo-colonial-, para abrazar todo el siglo XIX y el siglo XX, desembocando en el período posperonista. Se busca una lectura de conjunto de la realidad histórica nacional, tensada, como sugiere el título, entre dos polos. Las vicisitudes de esta lucha definen el derrotero nacional. La cuestión nacional irresuelta es el problema historiográfico central del autor. De allí que Ramos busque mostrar, a través del proceso histórico argentino, la ausencia en la Argentina de una auténtica “burguesía nacional” capaz de organizar un capitalismo de base nacional⁷⁶. En relación al período rosista, Ramos apunta:

⁷⁵ Según Norberto Galasso, las principales coordenadas de la historiografía de la izquierda nacional se encuentran en los “Cuadernos de Indoamérica”, publicado hacia 1955 por la editorial homónima ya referida y en el ensayo firmado por Rivera anteriormente analizado. En estos trabajos se habrían establecido una serie de tesis que luego aparecen en *Revolución y contrarrevolución* de Ramos. En esa dirección, Galasso destaca que dichos textos formularon las siguientes claves interpretativas: la caracterización de la revolución de Mayo como extensión de la revolución democrática iniciada originariamente en España, la distinción entre un liberalismo democrático y un liberalismo conservador dentro de las élites de Mayo, la definición del puerto de Buenos Aires -de su lugar estratégico y de los recursos que generaba su actividad- como clave explicativa de los conflictos civiles que atraviesan la mayor parte del XIX, la interpretación del caudillismo del interior mediterráneo como una respuesta a la política antidemocrática y librecambista impulsada por Buenos Aires y la ubicación de la batalla de Pavón como punto de inflexión sobre el que se consolida la dependencia argentina (Galasso, 2006). Sin embargo, debe destacarse que *Revolución y contrarrevolución* fue una exposición de reconocida efectividad para divulgar aquellas tesis, y que allí fueron trabajadas con una mayor amplitud.

⁷⁶ La implicancia política de su discurso histórica es palmaria. El autor busca mostrar, en particular a la hora de historizar al peronismo, la necesidad de una “izquierda nacional” -que el mismo Ramos representa-, hasta el momento ausente o solo presente a cuenta gotas, capaz de realizar las “tareas nacionales y democráticas” en las que los “movimientos nacionales” de

“Si los ganaderos tenían su mercado en el exterior y los comerciantes anglo-porteños en el interior, no existía ninguna fuerza económica que produjera y vendiese en el propio mercado interno argentino: vale decir, carecíamos de una burguesía industrial, y ahí residía toda la cuestión. Las industrias criollas eran demasiado primitivas e inconexas como para decidir la política económica nacional y como por otra parte, el núcleo de poder estaba en Buenos Aires, eran incapaces por sí mismas de subordinar al interés argentino los recursos cuantiosos de la gran ciudad. Sin un elemento de centralización económica decisiva y sin un ejército nacional, las provincias aisladas sólo atinaban a rebeliones episódicas.” (Ramos, [1957] 1970a: 140).

La caracterización del rosismo por parte de Ramos presenta diferencias sustantivas con Rivera, y, en cambio, se acerca a la perspectiva de Hernández Arregui. Lejos de ver “elementos feudales” hábilmente manipulados por el gobernador de Buenos Aires, Ramos define a Rosas, tomando -al igual que Hernández Arregui- las investigaciones de José María Rosa, como “la primera expresión capitalista argentina”, ya que expresaba una estrategia de desarrollo de la esfera productiva, la ganadería, y una manera de insertarse en el comercio mundial relativamente autónoma, en condición de “socio menor” y no como “mero instrumento”, tal como había sucedido con la burguesía comercial libre-cambista expresada en el partido unitario. Este “nacionalismo ganadero” es limitado y carece, por razones de clase, de proyección nacional. Solo busca acuerdos que le permitan conservar los privilegios provinciales, al calor de los cuales la burguesía comercial sigue beneficiándose y se desarrolla la producción ganadera. En esa clave es leída la ley de aduanas de 1835, que, a su criterio, efectivamente protegía a las industrias artesanales del interior y era una muestra del “equilibrio” logrado entre el interés bonaerense y el del interior mediterráneo. Vale la pena detenerse en la crítica que Ramos realiza a la tesis sobre el “feudalismo” de los caudillos, cara a la historiografía de izquierda filia-da en el Partido Comunista y que, como vimos, Rivera, desde cierto ángulo, retoma:

“En su calidad de capitalista —el más grande de su tiempo- Rosas fue en tal sentido un hombre de progreso, si se lo compara con esa “aristocracia mercantil” porteña interesada en las transacciones comerciales divorciadas de la producción misma. Rosas estaba directamente ligado a la pampa, a la fábrica de vacas, al cuero y al tasajo: capitán de empresa en un vasto y desolado país, el presunto “feudalismo” que le atribuyen desde Ingenieros

las periferias capitalistas solo pueden avanzar parcialmente. En el capítulo siguiente volveremos sobre este punto, crucial a la hora de diferenciar a la izquierda nacional de la Izquierda Peronista.

hasta los comunistas rivadavianos, no resiste el análisis.” (Ramos, [1957] 1970a: 144).

Ramos sigue tributando al a vieja tesis de Andrade sobre la continuidad unitarismo-federalismo bonaerense, con los matices notorios que comentamos. Por otro lado, cabe destacar la preocupación de Ramos, al igual que en Rivera y, como veremos, en Hernández Arregui, por caracterizar a la clase dominante argentina. De allí que el autor amplíe la tesis sobre la renta agraria diferencial como segmento principal de la estructura de utilidades de los terratenientes y haga de ella la clave para caracterizar a la clase dominante argentina. En palabras del autor:

“Las ventajas derivadas del humus pampeano, régimen de lluvias, escasa distancia de los lugares de producción a los puertos de embarque, producción extensiva y asociación estrecha con el mercado comprador (“renta diferencial”, según Marx), serán los factores motrices del crecimiento ininterrumpido de los índices agropecuarios y al mismo tiempo el secreto estructural de la crisis argentina. Oligarquía capitalista, más no burguesa, esta clase, según hemos visto, no transferirá la masa de capital adquirido por las ventajas de la renta diferencial y la reducida mano de obra empleada, para invertirla a las ramas básicas de la industria.” (Ramos [1957] 1970b: 44-45).

Un autor descuidado en los estudios sobre las izquierdas de los años sesenta-setenta, Jorge Enea Spilimbergo, profundiza esta tesis en un texto denominado *Clase obrera y poder* ([1964] 2010). Este ensayo es una síntesis de los debates realizados hacia 1964 en el “III Congreso del Partido Socialista de la izquierda nacional”⁷⁷. Spilimbergo señala que la concentración de la tierra en las condiciones descritas en la cita de Ramos, explica no solo las prácticas económicas de la clase dominante argentina si no también sus prácticas sociales,

⁷⁷ El Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), fundado en Junio de 1962, fue la primera expresión partidaria de la izquierda nacional que logró cierta estabilidad militante, cohesión ideológica y proyección en el tiempo. Su actividad desemboca en la creación de una estructura política frentista de mayor envergadura, el Frente de Izquierda Popular (FIP), en Diciembre de 1971. El PSIN es impulsado fundamentalmente por cuadros de extracción trotskista –entre ellos, Jorge Abelardo Ramos y Jorge Enea Spilimbergo-, que habían participado de la efímera experiencia del Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN), disuelto por la Revolución Libertadora. El PSIN también se nutre de militantes provenientes del llamado Socialismo de Vanguardia-secretaria Tieffenberg (un desprendimiento del Partido Socialista Argentino de Vanguardia que, a su vez, era un desprendimiento, acaecido en 1961, del Partido Socialista Argentino formado en 1958, en ruptura con el viejo Partido Socialista que conserva la impronta antiperonista característica del socialismo durante los dos mandatos de Perón y que, a raíz de esta fractura, pasó a llamarse Partido Socialista Democrático). En relación a las sucesivas fracturas del Socialismo y a la conformación del PSIN, véase Galasso, (2007a: 7-25). En relación al decurso seguido por el Partido Socialista en los años sesenta, véase Tortti (2009).

culturales y políticas, afectando al resto de las clases sociales del país y a su constitución estructural en su conjunto⁷⁸. El autor apunta:

“Durante el período de auge (el periodo comprendido entre 1880 y 1930), el punto vulnerable de esta economía fue la bajísima absorción de mano de obra. La renta diferencial y el monopolio mercantil sobre las carnes imponían un ruralismo extensivo, o sea, hacer “producir” a la tierra y no a los hombres. Un desplazamiento en sentido contrario habría obligado a intensificar la tecnificación desviando la masa de ingresos, de la renta a la plusvalía industrial agrícola ganadera. Ello, a su vez, habría suprimido el aulentismo como género de vida y la ética de consumo como actitud hacia la ganancia, junto con el automatismo cíclico del ingreso. Contados peones bastaban para trabajar grandes áreas. Esta constante demográfica de la oligarquía, ya enunciada por Roxas y Patrón en la polémica con Ferré, reaparece en la añoranza de la Sociedad Rural, de los tiempos en que había “un argentino cada 4 vacas”. Como en los latifundios romanos, la alta lucratividad de la unidad económica está en relación inversa con la producción y productividad globales. El desempleo crónico estimula una hipertrofia urbana parasitaria, en que el lugar del proletariado ocioso pasa a ocuparlo, con más decoro formal, una clase media vinculada a la intermediación, a la burocracia pública y privada, y a otras actividades del “terciario”, a la que se anexa un proletariado marginal de industrias de exportación, servicios públicos y mercado interno de la plataforma semicolonial. En el polo opuesto, el desempleo abierto de los marginalizados urbanos, las provincias “pobres” y los rancheríos intersticiales de trabajadores temporarios.” (Spilimbergo [1964] 2010: 11-12).

Pasemos ahora a la caracterización de la clase dominante argentina que brinda Hernández Arregui, quien, como vimos, también sostenía que el capitalismo agrario argentino era de formación temprana y el examen diacrónico de su evolución era una de las claves centrales para la comprensión de la realidad nacional de los años sesenta. Para Hernández Arregui la oligarquía ganadera argentina es la clase dominante por excelencia. Partidaria del librecambio y de un ordenamiento agro-exportador de la economía argentina, sus intereses difieren tajantemente de los intereses de la burguesía industrial, atada al mercado interno y dependiente de una política económica proteccionista. A diferencia de los referentes de la izquierda nacional, quienes, como vimos, desarrollan una línea explicativa del comportamiento económico de la clase terrateniente – “rentístico” y “parasitario”-, basada en la centralidad que para esta clase tiene la captura de la renta agraria diferencial (no así de la plusvalía), Hernández Arregui no parece estar mayormente preocupado por explicar el comportamiento económico de este actor social. Para definir a la oligarquía ganadera, el autor

parte de ciertas determinaciones generales en torno a su actividad económica “dependiente” del imperialismo británico, para luego deslizarse hacia un registro que denominaremos psico-social.

La oligarquía argentina durante el siglo XX ha perdido el efímero ímpetu con el cual se impuso a las masas del interior en el proceso de organización nacional, y se encuentra dominada por una pasión social: el miedo (Hernández Arregui, [1960] 2008: 47-79). Temerosa de perder sus privilegios sociales, distante de la comunidad nacional, la oligarquía argentina debe recostarse de manera más cruda que como en antaño en el imperialismo occidental. La transformación estructural del país operada con la industrialización sustitutiva de importaciones desarrollada a partir de mediados de la década del treinta –con antecedentes desde la primera guerra mundial-, y profundizada por el peronismo, pone a la oligarquía ante la encrucijada de perder sus privilegios. La Argentina de los años sesenta se encuentra ante un *impasse* entre la Argentina Industrial que no terminó de realizarse –lo cual justifica la dimensión industrialista del nacionalismo popular que el autor defiende-, y la vieja Argentina agro-exportadora. El miedo trasunta en conservadurismo político y muestra al “liberalismo colonial” en sus inconsistencias estructurales para con la Argentina, ya que no puede incorporar las masas politizadas por el peronismo. El nacionalismo popular debe gestar otra imagen de nación, negadora de la imagen oligárquica que impugne cada una de estas ideas-fuerza. Como señalamos, este tipo de crítica prepara el terreno para la lucha estrictamente política. En rigor, para Hernández Arregui este tipo de desarrollos son formativos de una “conciencia nacional”, un dispositivo de saberes y perspectivas que el autor considera el preludeo a todo desenlace político emancipatorio. Esta conciencia nacional se configura en torno a un objeto de tres dimensiones, el país, la región y el mundo –en ese orden de prelación- y debe contar de una caracterización precisa de los actores sociales que intervienen en la lucha política. Avanzaremos sobre este último punto en el capítulo siguiente, pero aquí insistimos en la doble determinación –material y subjetiva -desde la que Hernández Arregui caracteriza a los actores sociales.

Una de las ideas-fuerza de la oligarquía, constitutiva de la imagen de nación colonial, radica en el papel benéfico de la inmigración ultramarina pos Caseros

en la cultura nacional. Contradiendo un lugar bastante transitado por las diversas corrientes de izquierda argentina, Hernández Arregui sostiene que el “aporte” de la inmigración radica en su aspecto demográfico y económico, no así en el cultural, donde más bien, como apuntamos en el capítulo dos, constituyó un fenómeno regresivo (Hernández Arregui, [1960] 2008: 47-79). Resulta determinante para el autor que la inmigración que pobló el espacio litoral-pampeano, se aferre prolongadamente a sus lenguas originarias - principalmente al italiano-, sea distante y hostil hacia la población nativa – pauperizada demográfica y socialmente a lo largo de las guerras civiles-, y se asocie en tanto clase social con la oligarquía terrateniente. De estos elementos se sigue, a su criterio, que la inmigración ultramarina no brindó aportes significativos a la organización nacional. Es menester considerar que para Hernández Arregui la categoría de clase y la categoría étnica, en relación al agro argentino de la región litoraleña-pampeana, coinciden. Es decir, el nativo constituye el proletariado rural, mientras que el inmigrante ultramarino, la pequeña y mediana burguesía rural (chacareros, arrendatarios, medieros, comerciantes de las zonas agrícolas). Esta última clase tiene disputas en torno al excedente agrario con la gran burguesía rural –los terratenientes que cuentan de la propiedad mayoritaria del suelo-, pero no diverge en lo fundamental: la subordinación agro-exportadora de la Argentina al mercado mundial. De allí se sigue, a criterio del autor, el carácter reaccionario, político e ideológicamente, de la pequeña y mediana burguesía rural argentina. A fin de cuentas en la población nativa es donde puede encontrarse una “cultura nacional” acorde al sujeto político que reclama la Argentina. El imperialismo y la oligarquía –imitadora en la cultura política de lo inglés y en la cultura intelectual de lo francés-, son la negación de tal base cultural portada por las masas. La sola presencia de estas en Buenos Aires -producto de las migraciones internas de la década del treinta que acompañaron la industrialización sustitutiva de importaciones-, con sus hábitos, costumbres y el folclore que practican, trajo aparejadas transformaciones culturales positivas para el país. Pero si, como vemos, el imperialismo anglo-yanqui, la oligarquía y determinados estratos de las clases medias, son verdaderas a la liberación nacional, en el capítulo siguiente veremos el mapa de actores que Hernández Arregui articula en el campo contrario. Por otra parte, los

elementos apuntados permiten sostener que la cuestión nacional es el problema principal de la obra de Hernández Arregui.

CAPÍTULO 4. SUJETO POLÍTICO EN HERNÁNDEZ ARREGUI

1. Introducción. 2. ¿Izquierdas nacionales o izquierda nacional? 3. Notas sobre la perspectiva teórica de la izquierda nacional. 4. Peronismo y sujeto político en la izquierda nacional. 5. Peronismo y sujeto político en Hernández Arregui.

1. Introducción

En el capítulo anterior hemos explorado la dimensión historiográfica de la obra de Hernández Arregui. Como vimos, en este aspecto, sus libros se inscriben en el heterogéneo revisionismo de los años sesenta, en particular en su vertiente de izquierda. Desde allí exploramos la problemática central de su obra: la cuestión nacional. Vimos como la formulación en clave nacional-latinoamericana de dicho problema, se relaciona con la adscripción político-intelectual del autor al nacionalismo popular y al marxismo. Aquí examinaremos las implicancias de la articulación de nacionalismo popular y marxismo en relación al sujeto político. A su vez, esta investigación puso de relieve como las problemáticas de estudio que Hernández Arregui trabaja para la Argentina posperonista – fundamentalmente la cuestión nacional y el imperialismo- cuentan de antecedentes en la tradición marxista. En ese sentido, elaboraciones de Marx y, sobre todo, de Lenin, son interpretadas en coordenadas específicas y mixturadas con otros elementos teóricos, en particular, con el nacionalismo popular. Como se apuntó en el capítulo primero, esta operación teórica se desarrolla en el marco del campo nacional-popular formado tras la caída del segundo gobierno peronista.

Por otra parte, creemos que a lo largo del trabajo se fue decantando un mapa de fuerzas político-sociales contrarias a la “liberación nacional”, la meta histórica postulada por el autor. El imperialismo anglo-yanqui, la oligarquía terrateniente, la burguesía comercial y los sectores mayoritarios de las clases medias constituyen una polaridad que el autor denomina “antipatria” o “antinación”, y, tanto por una determinación clasista como cultural, son tributarias un ordenamiento “colonial” de la Argentina. El caso de la clase media, en particular su estrato “ilustrado”, fue analizado en el capítulo dos, donde nos detuvimos en la

visión que Hernández Arregui tenía del marxismo. Allí nos focalizamos en su particular uso del concepto marxista de alineación, sobre el que funda su crítica del comportamiento político y cultural de las clases medias. Vimos como el diagnóstico de “crisis”, atribuido a la Argentina de los años sesenta, ubicaba a la intelectualidad ligada a las instituciones de carácter colonial -como la Universidad, la gran prensa y los circuitos culturales consagrados- ante un disyuntiva: el servilismo al *status quo* o una adhesión a la causa popular peronista. Sucede que, como marcamos, esta última está dada en clave voluntarista y no por un específico interés de clase. La incorporación de las clases medias al “movimiento nacional” no se asentaba en la perspectiva de una nueva experiencia de clase. Más que un nuevo recorrido social, político y cultural y una re-significación de sus identificaciones tradicionales, Hernández Arregui entendía que las clases medias debían “ir hacia el pueblo” y realizar una suerte de purga de sus saberes y valores tradicionales. Ello será significativo, como veremos, para la discusión que atraviesa este último capítulo, a saber, el sujeto político definido por Hernández Arregui. En torno a este problema buscaremos ampliar los elementos que, a nuestro criterio, justifican la ubicación de Hernández Arregui en la izquierda peronista, corriente que distinguimos de la izquierda nacional. Para ello, partiremos de analizar a esta última corriente, considerando algunos aspectos significativos de su perspectiva teórica. Luego, nos focalizaremos en el problema del sujeto político en la izquierda nacional. Sobre esa base, ensayaremos un análisis comparativo entre la izquierda nacional y Hernández Arregui.

2. ¿Izquierdas nacionales o izquierda nacional?

Como ya señalamos, existen dos criterios historiográficos encontrados en torno el carácter teórico y político de la izquierda nacional. Por una parte, la definición de izquierda nacional “en sentido amplio” que contiene, bajo esta rúbrica, distintas expresiones teórico-políticas, incluyendo tanto a peronistas como a no peronistas en sus filas. Por otra parte, la definición de la corriente en clave partidaria y de expresa identificación no peronista. Suele dar lugar al primer criterio la abundancia de tópicos trabajados en común por peronistas de izquierda y por referentes de la izquierda nacional partidaria, léase: la distinción -de antecedente leninista- entre un nacionalismo reaccionario de los países opresores y

un nacionalismo progresivo de los países oprimidos, la crítica del nacionalismo de derecha y de la izquierda tradicional, la llamada teoría de los dos ejércitos, la reivindicación del federalismo, el irigoyenismo y el peronismo, la participación en el revisionismo de izquierda y el afán por ligar marxismo y nacionalismo popular, entre otros. En última instancia, tanto Ramos como Hernández Arregui se consideraban parte de un mismo campo político-ideológico y poseían adversarios en común. A su vez, ambos pregonaban que la Argentina requería una “revolución nacional” más que una “revolución socialista”, ubicando sus intervenciones -quieranlo o no sus protagonistas- en la matriz delineada por Liborio Justo en su debate con Antonio Gallo, someramente analizada en el capítulo tres. Alimenta esta definición laxa la imprecisión de muchos de los adherentes de las nuevas izquierdas ligadas al nacionalismo popular y, más extensivamente, las ambigüedades que circulaban en el campo nacional-popular en su conjunto. Pero antes de avanzar, nos detendremos en una consideración sobre la figura de Ramos. No pretendemos aquí realizar una historia de la izquierda nacional⁷⁹, pero si trazaremos algunas coordenadas al respecto que, creemos, alumbran la problemática trabajada por este capítulo.

A nuestro modo de ver, los estudios sobre la Izquierda nacional suelen focalizarse de manera desmedida en la figura de Ramos. Por un lado, los trabajos de Norberto Galasso (2007a, 2007b), recaen con insistencia en mostrar las limitaciones que el autor atribuye a Ramos como representante de la corriente. Por otra parte, Carlos Altamirano (2013) denomina a Jorge Enea Spilimbergo un “epígono” de Ramos. La investigación realizada nos aparta de ambas perspectivas en este aspecto, pese a que reconocemos en ambos trabajos aportes sustantivos. Las entrevistas efectuadas a militantes de la izquierda nacional realizadas en esta investigación hacia Abril del 2016⁸⁰, muestran que la dinámica de elaboración -tanto teórica como política- de la izquierda nacional presentaba una fuerte impronta colectiva, desarrollada en debates en círculos políticos

⁷⁹ Para ello véase Galasso (2007b) y Regali (2012).

⁸⁰ Para esta investigación, entrevistamos a dos militantes de la izquierda nacional del período sesenta-setenta en Abril de 2016. En primer término a Aurelio Argañaraz, quien se incorpora al PSIN en 1964 y forma parte de la mesa ejecutiva nacional de este partido, entre 1971 y 1973. Durante este último período, Argañaraz fue secretario de redacción de la publicación teórica *Izquierda Nacional*, dirigida por Ramos. En segundo término, a Víctor Hugo Saiz quien se desempeña como secretario general del PSIN en Córdoba durante el segundo tramo de los años sesenta.

en el período 1955-1962 o en la estructura partidaria una vez fundado el PSIN. Los testimonios también destacan que Ramos era –como resulta palmario- uno de los mayores gestores e impulsores de la izquierda nacional, no obstante los desarrollos de la corriente de ningún modo eran el resultado de una dinámica caudillista y paternal de Ramos hacia los otros miembros de la izquierda nacional.

Aurelio Argañaraz destaca en su ensayo “La Izquierda Nacional y AUN: acerca del tema de la construcción del partido”, que en el PSIN circulaban trabajos sin firma atribuibles a Spilimbergo, que luego alimentaban las intervenciones de la organización en el campo estudiantil, sindical y en las publicaciones teórico-políticas, entre otros (Argañaraz, 2014). A su vez, en la entrevista realizada, Argañaraz también destaca que en la auto-comprensión partidaria, Ramos era el hombre más calificado para realizar lo que en lenguaje bolchevique se denomina “propaganda”. En el PSIN se trabajaba una fórmula -en relación a la construcción del partido marxista de clase- basada en la distinción de dos tareas básicas. Por un lado, la “propaganda”, definida como “muchas ideas para pocas personas”, donde el núcleo de saber marxista era transmitido a círculos reducidos de potenciales miembros de la corriente. Por otra parte, la “agitación”, definida como “pocas ideas para muchas personas”. Es decir, la intervención política que buscaba incidir en un escenario de lucha de masas, con miras a que el partido conduzca al bloque de fuerzas nacional-populares⁸¹. Durante mayor parte de los años sesenta, el PSIN encuadraba su actividad en las tareas de propaganda. De allí quizás se pueda comprender mejor la significación de Ramos como editorialista, ensayista y conferencista. Su eficacia para irradiar las posiciones de la izquierda nacional hacia otros sectores, merced a su talente como orador y escritor, era sumamente valorada por sus compañeros de ruta. Es recién hacia fines de los sesenta –donde tiene un peso específico la experiencia del PSIN en la política universitaria y más específicamente con la fundación del FIP hacia 1971- que la izquierda nacional se consideraba madura para pasar de la propaganda a la agitación, o, en otros términos, de dar la batalla por conducir el proceso de liberación nacional. Ya veremos la jus-

⁸¹ Esta fórmula era atribuida a Gueorgui Plejánov, a quien consideraban el “introducido del marxismo en Rusia”.

tificación teórica de dichos postulados, ahora queremos destacar la necesidad de no reducir el abordaje historiográfico de una corriente colectiva a las peripecias de una trayectoria individual, por más relevante que esta sea. Retomemos ahora el criterio “amplio” de izquierda nacional.

La definición amplia encuentra su elaboración explícita justamente en Hernández Arregui. En *La formación de la conciencia nacional* el autor señala:

“Por izquierda nacional, en un país dependiente, debe entenderse en sentido lato, la teoría general aplicada a un caso nacional concreto, que analiza a la luz del marxismo, en tanto método de interpretación de la realidad, y teniendo en cuenta, en primer término, las peculiaridades y el desarrollo de cada país, la economía, la historia y la cultura en sus contenidos nacionales defensivos y revolucionarios, y coordina tal análisis teórico con la lucha práctica de las masas contra el imperialismo, en el triple plano nacional, latinoamericano y mundial, y en este orden. (...) Esta tendencia, en la Argentina, acusada falsamente por las derechas y las izquierdas colonizadas de trotskista, no forma un grupo ideológico unitario ni parece destinada a convertirse en partido. Sus representantes gravitan de una manera efectiva, sobre todo a través de su labor escrita, en la formación política de la clase obrera y en el cambio mental de vastos sectores sociales, particularmente en la masa estudiantil y los estratos inferiores de la clase media.” (Hernández Arregui [1960] 2004: 369).

De aquí se desprende la desestimación del proyecto leninista de formar un partido autónomo de la clase trabajadora y el distanciamiento de uno los representantes clásicos del marxismo: León Trotsky. Las coordenadas brindadas por Hernández Arregui animan tanto una efímera experiencia de militancia ideológica, el Grupo Cóndor (1964-1965), como el recorrido del mismo Hernández Arregui durante los años sesenta-setenta⁸². Por otra parte, esta definición implicaba una disidencia con los representantes de la izquierda nacional de extracción trotskista. Pareciera ser que durante el período de transcurrido entre la “Revolución Libertadora” y la fundación del PSIN en 1962, la identidad de la izquierda nacional se encontró en disputa, teniendo ello significativas implicancias político-performativas. Si bien en ese sentido debe leerse la intervención de Hernández Arregui, no puede desestimarse que para aquellos que eran externos a la querrela el asunto no era del todo transparente. En *Política Nacional y Revisionismo Histórico*, Arturo Jauretche, al saludar la aparición de una nueva izquierda que a su criterio daba cuenta de la cuestión nacional –participando de la revisión histórica que ello importaba-, señalaba lo siguiente:

⁸² Véase Galasso (2007b).

“Hay, desde luego, que establecer la diferencia entre izquierda nacional e izquierda internacional, pero en tal caso la primera es una ala del movimiento nacional y contemporáneamente solo se expresa por hombres aislados” (Jauretche, [1959] 2006: 70).

A su vez, desde el catolicismo, Emilio Fermín Mignone publica un “Informe sobre la izquierda nacional” en el período *Encuentro*, reproducido fragmentariamente con el ensayo *La Izquierda Nacional en la Argentina* de Alberto Methol Ferré, por la Editorial Coyoacán dirigida por Ramos (Ferré, 1961). Allí Mignone incluye dentro de la izquierda nacional tanto a Ramos como a Hernández Arregui, e incluso a disidentes del PC que apoyaron al peronismo como Eduardo Astesano y Rodolfo Puiggrós. En el texto referido también se recopila el fragmento del texto de Jauretche citado anteriormente y el capítulo VI de *La formación de la conciencia nacional* que trabaja la temática. Que Ramos publique tesis que contradigan la postura que sostendrá en la brevedad, puede ser interpretado como una apertura del debate que venían sosteniendo los futuros fundadores del PSIN con otros integrantes del campo nacional-popular. Por otra parte, Ramos sostendrá posteriormente que la expresión “izquierda nacional” es de su autoría y fue acuñada en un artículo del 17 de Noviembre de 1955 de *Lucha Obrera*, periódico semanal del PSRN y luego formulado en un pronunciamiento de este mismo partido en diciembre del mismo año, una vez derrocado Perón (Regali, 2012: 197). A contramano, Hernández Arregui sostiene en la primera edición de *La formación de la conciencia nacional* que el término fue “lanzado” por él en 1957, y en la segunda edición de 1970 agrega – en evidente tono crispado- la siguiente nota:

“En consecuencia, la “izquierda nacional” no es más que una tendencia, y así lo entendí al crear el término dentro del propio Movimiento Nacional Peronista, al margen de grupos y sectas que han pretendido desvirtuar su sentido originario.” (Hernández Arregui [1960] 2008: 369).

Como señalamos en capítulo anterior, el PSIN se constituye hacia mediados de 1962. En el *Documento del Comité Ejecutivo del Partido Socialista de la Izquierda Nacional*⁸³, texto fundacional del nuevo partido, se expresa que la izquierda nacional se auto-comprendía como un partido de vanguardia de la clase obrera, adscrito a su auténtica ideología: el socialismo en su codificación “nacional”. A su vez, reconocía en el peronismo una “etapa”, positiva pero limi-

⁸³ Puede consultarse dicho documento en el sitio web www.jorgeabelardoramos.com, consultado el 1 de Abril del 2016.

tada, del proceso de liberación nacional. Ahora bien, al año siguiente de la fundación del PSIN, Hernández Arregui publica *¿Qué es el ser nacional?*, donde sostiene:

“Pero el fracaso de las izquierdas en la Argentina con relación al pasado, no puede deducirse en modo alguno que esas izquierdas no se nacionalicen. Al revés –y aunque esto encone a los ultramontanos-, es en gran parte gracias a la crítica de la “izquierda nacional” surgida con la caída de Perón, que en orden ideológico esas izquierdas ayer metecas mentales, asisten hoy a un fecundo viraje hacia el país. Y lo que interesa es el país. No los prejuicios ideológicos de las sectas. Es sobre todo la juventud de izquierda la que asiste a esa nacionalización ideológica, y negar este hecho, o verlo con temor; no es más que una manera del reaccionarismo político. Y por último, libros del orden de éste sólo pueden surgir como efecto de la lucha patriótica de liberación histórica que ha dejado como herencia el peronismo, ese gigantesco movimiento nacional de masas, al cual pertenezco.” (Hernández Arregui [1963] 2005: 15).

Hernández Arregui insistía en circunscribir la izquierda nacional al orden de las ideas, fijar el nacimiento de la corriente 1955 -una vez derrocado Perón- y depositar sus expectativas en que esa misma fuerza iba a realizar la revolución nacional inconclusa. Al poco tiempo de publicar este libro, hacia fines de 1963 Hernández Arregui brinda una entrevista para la publicación *Compañero*, un periódico dirigido por el peronista Mario Vallota durante 1963 y 1965, donde se manifestaban, principalmente, los sectores de izquierda del peronismo (Regali, 2012: 359-362). Allí Hernández Arregui vuelve a adjudicarse la autoría de la expresión “izquierda nacional” y persiste en las tesis ya referidas. Esto motiva la respuesta de Alfredo Terzaga, “un viejo trotskista” como gusta definirse, vía una carta en la que pide la rectificación del intelectual peronista⁸⁴:

“Tanto en el prólogo de su libro como en el aludido reportaje de “Compañero”, ud. sostiene de manera enfática y segura, que “La Izquierda nacional” surgió con la caída de Perón. Tal afirmación, dos veces estampada, es radicalmente inexacta, salvo que ud. niegue el calificativo de nacional para esa izquierda que se manifestó públicamente –y combativamente-desde los tempranos años de 1945, y que apoyó en forma abierta a Perón y a la Revolución Nacional, con manifiesto escándalo de la “izquierda cipaya”.

A esa “izquierda”, como ud. consta por nuestras conversaciones y discusiones cordobesas de 1942 y 1943, le tocó defender entre otras consignas, la neutralidad argentina durante la Segunda Guerra Imperialista, cuando

⁸⁴ Agradezco a Gustavo Terzaga, nieto de Alfredo, el acercarme este material hasta ahora inédito que Alfredo Terzaga (h.) recopiló como las *Cartas Políticas con Abelardo Ramos, Jorge Enea Spilimbergo, Juan José Hernández Arregui y Norberto Galasso (1948 -1974)* (Terzaga, 2011).

los entonces llamados “trotskistas” éramos una raza de “outsiders” y sarnosos en la política nacional.” (Terzaga, [03/09/1963] 2011: 34-35).

A continuación, Terzaga agrega que resultados cabe esperar de una estrategia política como la augurada por Hernández Arregui y su diferenciación de la misma:

“Afirmar, como ud. lo hace de modo tan rotundo, que la “izquierda nacional surgió con la caída de Perón”, significa meter en una misma bolsa, a los Viñas con Rivera, a Ghioldi con Ramos, a Codovilla con Rey, a Tieffemberg con Spilimbergo.. Y no creo que tal cosa sea su intención explícita.

Puede admitirse –y cualquiera lo admitiría- que cuando ud. habla de una “izquierda nacional peronista” como lo sugiere el reportaje de “Compañero”, está dejando el margen libre para el reconocimiento de una “izquierda nacional socialista”. Ello significaría que ud. reconoce o alienta la posibilidad de canalizar o “izquierdizar” (permítaseme el término) las pujanzas progresistas del movimiento peronista... Tal esperanza es sin duda legítima como postura política de actualidad, aunque tanto yo como otros, podríamos pronosticarle que tal “izquierda” se quedaría aislada y monologante dentro de la estructura que sabe manejar a la perfección, los herederos de Tesssaire, o sea la Señora de Parodi, los Vandor, los Framini, los Iturbe y “tutti cuanti”. (Terzaga, [03/09/1963] 2011: 35-36).

Pareciera ser que la apuesta de Hernández Arregui por ocluir los desarrollos antecedentes de la izquierda nacional, aprovechando su marginalidad y al hecho de que sus mayores desarrollos se ubicaban en el plano de las ideas y no en el de la política, obedecía a su propia estrategia como intelectual al interior del peronismo, es decir a su proyecto de “izquierda nacional”. La carta no tuvo respuesta por parte de Hernández Arregui, pero sí suscitó una intervención de Spilimbergo (Spilimbergo, 1963). En la misma tesitura que Terzaga, pero en tono abiertamente polémico, el autor destaca la centralidad de la cuestión partidaria y que la “falsificación de retrotraer al 55 los orígenes de la izquierda nacional” escondía una actitud deferente hacia la dirigencia política peronista -en concreto a su incapacidad para luchar durante en las postrimerías del segundo gobierno de Perón- y reducía a la izquierda nacional a ser un acompañamiento *ad hoc* del movimiento nacional tal cual se manifiesta, en palabras del autor: “mero floripondio teórico para la praxis nacional-burguesa del peronismo”.

Si consideramos el criterio meramente intelectual, veremos que en Hernández Arregui predomina el nacionalismo popular por sobre el marxismo, a diferencia de la izquierda nacional donde más que subordinación de una vertiente teórica a la otra pareciera haber un entreveramiento donde no se abandona el principio

analítico de la lucha de clases. Ahora si consideramos el plano político, no podemos dejar de dar cuenta de diferencias sustantivas con Hernández Arregui en relación al énfasis crítico con el que la izquierda nacional apoya al peronismo y la ya referida estrategia de exterioridad hacia dicha fuerza que funda una relación de convergencia y competencia –simultáneamente- entre ambas fuerzas. A su vez, como sugiere Omar Acha, la izquierda nacional no es tributaria excluyentemente de la experiencia peronista, como sí lo es el peronismo de izquierda del periodo de la proscripción (1955-1973) (Acha, 2009: 203-214). De las fuentes analizadas se desprende que la primera experiencia –marginal pero experiencia al fin- de esos primeros núcleos trotskistas no estuvo dada en torno al peronismo, mucho menos a su caída, sino que giró sobre la segunda guerra mundial (1939-1945) y la posición que la Argentina debía asumir. Se sabe que un clivaje dominante en la política argentina durante este periodo –y en particular entre sectores intelectuales que adoptaban posiciones políticas- fue la oposición democracia-fascismo (Fiorucci, 2011). Vastos sectores de la política e intelectualidad argentina, incluyendo al socialismo y en buena medida al comunismo, bregaban porque la Argentina se incorpore al bando de la “democracia” y la “libertad” occidental apoyando al bloque de los aliados. A su vez, este clivaje estructuró la interpretación del proceso político nacional de estos sectores, que tendieron a calificar de “nazi-fascista” a los núcleos militares que dominan el escenario nacional tras el 4 de Junio de 1943 y a percibir luego la continuidad de este signo político en el naciente peronismo. En cambio, pequeños núcleos de trotskistas, que luego constituyen la izquierda nacional, consideraban que la disyuntiva “democracia-fascismo” era un eje cuestionable y obedecía a la secular subordinación argentina al imperialismo británico. Una política de neutralidad atendía al real interés nacional -tesis que supone, como vimos, el asignar centralidad a la cuestión nacional en el desenvolvimiento de la lucha de clases- ya que la Argentina no debía tomar parte de un conflicto inter-imperialista, tal como fuera caracterizado por Trotsky. Es esta experiencia de militancia proselitista -donde los trotskistas convergieron con radicales disidentes como los agrupados en FORJA- un primer mojón de traducción “práctica” del debate teórico sobre la cuestión nacional. Nos aboquemos ahora a realizar algunas notas sobre la perspectiva teórica de la izquierda nacional.

3. Notas sobre la perspectiva teórica de la izquierda nacional

Para la izquierda nacional la formación de una “Nación Latinoamericana” constituía la estrategia adecuada para enfrentar al imperialismo. Este –en alianza con oligarquías regionales- era el “enemigo principal”. En su relato histórico la izquierda nacional señala que América fue “balcanizada” por obra de ambos agentes –el imperialismo y las oligarquías- y ello dio lugar a una veintena de estados “ficticios” de carácter semicolonial. En la perspectiva de la izquierda nacional, la condición semicolonial de los pueblos latinoamericanos presenta una doble determinación: socio-económica, por una parte, y cultural e intelectual, por otra. Atendiendo este segundo aspecto, formó parte de la agenda teórica de la izquierda nacional “reconquistar el marxismo para los latinoamericanos” (Ramos, 1971).

Para la izquierda nacional lo que hasta el momento se había presentado como socialismo o marxismo, era una codificación “colonial” o “cipaya” del mismo. En este sentido, la experiencia del Partido Socialista y del Partido Comunista en la Argentina fue objeto de una insistente intelección crítica, vertida en una profusa bibliografía⁸⁵. Ni el primero -por “europeizado”, reformista y por estar atado a las representaciones fundamentales del liberalismo conservador- ni el segundo -por ser una terminal de la política exterior soviética- podían ser autores de una formulación situada de marxismo, ni mucho menos representar a los proletarios de Latinoamérica. De allí que el objeto de estudio natural del marxismo vernáculo -América Latina- haya sido si no desestimado, al menos mal abordado. En esa dirección surge la contrafigura que supone definir al propio marxismo como “nacional”, es decir adecuado a la especificidad de su objeto de estudio y al problema central que lo atraviesa: la cuestión nacional. De este modo, la cuestión nacional en clave latinoamericana se tornaba el criterio fundamental para ordenar el mapa de las fuerzas políticas en Latinoamericana y, más específicamente, permitía realizar una delimitación en el espectro de las izquierdas. En este último sentido Ramos señala:

⁸⁵ En esa dirección se orienta *El partido comunista en la política argentina. Su historia y su crítica* (Ramos, 1962), *Juan B. Justo o el socialismo cipaya* (Spilimbergo, 1960) y *El socialismo en la Argentina* (Spilimbergo, 1969).

“Ningún partido político, a sí mismo considerado marxista, sea de vertiente stalinista, o de vertiente trotskista, o más reciente, de influencia china, en América Latina, ha expuesto categóricamente su convicción de que América Latina es una nación no constituida. Y ningún partido político que aspire a representar a su pueblo, puede negarse a esta afirmación que la historia confirma, puesto que la parcelación o fragmentación o, para usar también una palabra europea útil en este caso, la balcanización de América Latina, es el prerrequisito para que el imperialismo siga existiendo en América Latina. En consecuencia, quien se niega a considerar el problema de la fragmentación de América Latina, y quien se niega a considerar que América Latina es una nación por cuya unidad debemos luchar, por cuya constitución debemos luchar, sea cual sea la retórica que emplee, está confirmando, está colaborando para la perpetuación del imperialismo en América Latina.” (Ramos, [1975] 1976:198).

La tesis de una América Latina como nación inconclusa descende de la consigna propuesta por Trotsky para Latinoamérica, analizada en el capítulo tercero. Pero pareciera ser que la sola divisa de los “Estados Socialistas Unidos de América Latina” era insuficiente para justificar la cuestión nacional en la región, ello ameritaba una reflexión de mayor rigor. Siguiendo una de las claves de la cuestión nacional en Lenin, Ramos consideraba que el lenguaje era una de las características fundamentales de la nación moderna. A su criterio, los pueblos de América legaron de la colonización española un factor “civilizador”: la lengua española. Esta constituye un medio de cohesión de los pueblos latinoamericanos –desde México hasta la Argentina-, en tanto permite la libre socialización de personas y el intercambio de mercancías en un amplio espacio social. Es decir, la unión de los espacios nacionales realmente existentes, mediada por el lenguaje compartido, se apuntala en la formación de un mercado interno latinoamericano que despliegue las fuerzas productivas hasta el momento escasamente aprovechadas. La lengua española, a su vez, brinda a los latinoamericanos la posibilidad de apropiarse de vocablos ligados a la técnica moderna – como “automóvil” o “átomo”- y ello constituye un piso cultural superior a la realidad de pueblos que poseen dialectos no permeados por el desarrollo científico y tecnológico. A su vez, el fortalecimiento del español vía una literatura nacional-latinoamericana, abre el camino de la autonomía cultural de la región, contraparte-necesaria a la autonomía socio-económica. La concepción de Ramos sobre el lenguaje, se fundamenta en las formulaciones de Lenin analizadas en capítulo tercero. Podría decirse que en esta perspectiva el lenguaje es un medio imprescindible para la modernización de las sociedades.

Por otro lado, como se observa de lo anteriormente expuesto, en Ramos América Latina no padece de capitalismo sino de su insuficiente desarrollo y ello se manifiesta en el infra-consumo de las masas, en la escasa industrialización de la región, en la pervivencia de relaciones sociales “pre-capitalistas” en algunas regiones y en la monoproducción de materias primas. El marxismo -hasta la formación de la izquierda nacional y de sus ramificaciones latinoamericanas- no habría dado cuenta de esta realidad específica de Latinoamérica y, por ende, no habría explorado consistentemente la estructura de clases de la región.

Para Ramos el escaso desarrollo capitalista de Latinoamérica definía un conjunto de clases sociales objetivamente interesadas en la “revolución nacional”. El proletariado fabril era un actor significativo pero no mayoritario en las sociedades latinoamericanas y el problema radicaba en cómo este lograría conducir el proceso de transformación. Para ello, este debía incorporar las “banderas nacionales y democráticas” al signo natural de su representación de clase, es decir, al socialismo. Junto a los proletariados fabriles debían considerarse otros estratos proletarios ligados a los servicios y a la explotación de recursos naturales. El campesinado, por otra parte, era la clase social más numerosa que padecía intensamente el atraso de la región. Pero de la naturaleza de sus demandas -acabar con los mecanismos de sujeción a los grandes terratenientes y hacerse propietarios de una parcela de tierra- se seguía su potencial carácter conservador. El ingreso de esta clase en el capitalismo rural, como habría sucedido en Bolivia con la Revolución de 1952 o en el gobierno de Velasco Alvarado en Perú, era el límite de su dinamismo político. La pequeña burguesía era otra de las clases a convocar para una política “nacional-latinoamericana”. Por último, las burguesías industriales de Latinoamérica. Estas se encontraban inmersas en una posición contradictoria. En un sentido, las burguesías industriales estaban objetivamente interesadas en la revolución nacional, en tanto su suerte dependía de un mercado interno ligado al consumo de las masas, su financiamiento debía ser apuntalado por el Estado y en muchas actividades también requería entereverarse al “capitalismo de Estado” para prosperar. Asimismo las “inversiones imperialistas” tendían a monopolizar actividades enteras del mercado interno, desplazando a los capitales locales. A su vez, las políticas económicas librecambistas, impulsadas tradicionalmente por las oligarquías

locales, las perjudicaban al no poder competir con la producción importada. Todo lo señalado conformaba un cuadro de contradicciones constantes entre las burguesías nacionales y el imperialismo. Sin embargo, no era esperable que las burguesías nacionales librasen una batalla a término con el imperialismo. Por una parte, las burguesías nacionales priorizaban su posición ante los proletariados vernáculos, siendo refractarias a los procesos de movilización y organización obrera que acompañaban el crecimiento de su consumo y su incorporación a la actividad industrial. Por otra parte, las burguesías nativas eran incapaces de producir una supere-estructura ideológica que diera cuenta de sus intereses de clase y caían presas de las representaciones dominantes impuestas por el bloque oligárquico-imperialista. Ello no implicaba que los distintos movimientos nacionales que se arrogaron los intereses de estas burguesías –es decir que tenían por proyecto la formación de un capitalismo de base nacional- no se enfrentaran al imperialismo. Si lo hacían, pero su condición nacional-burguesa era su límite estructural. Detengámonos ahora en el concepto de movimiento nacional. Allí podremos desmenuzar la perspectiva de la izquierda nacional en relación al aspecto político de la burguesía nacional.

El concepto de movimiento nacional –tomado del *corpus* leninista-comunista- implica una forma de representación política donde el “interés histórico” se desacopla del agente. Es decir, la burguesía tiene por fin la creación de un capitalismo nacional, pero como no puede o no quiere realizar tal fin, se forma reactivamente un conglomerado de fuerzas –el movimiento nacional- que la sustituye. En América Latina, en particular, los movimientos nacionales suelen estar conducido por un sector de la pequeña burguesía -el ejército- que, en alianza con las demás clases interesadas en la revolución nacional, comienza el proceso de transformación histórica. El Cardenismo en México, el Vargasismo en Brasil, el gobierno del M.N.R en Bolivia, el gobierno de Velazco Alvarado en Perú y el Irigoyenismo y, sobre todo, el Peronismo en la Argentina, encarnan los movimientos nacionales que bregan por realizar las “tareas” abandonadas por las burguesías nativas. La distinción entre “burguesía industrial” o “nacional” y “movimiento nacional” resulta clave para analizar la constitución de actores colectivos y la dinámica política que los atraviesa. En su polémica con el historiador trotskista-morenista Milciades Peña, Ramos señala:

“La burguesía semi-colonial se forma como un resultado directo de las crisis del sistema capitalista mundial. Está ligada desde su origen al capital extranjero, a sus mitos, ideas y a la reverencia a su gigantesco poder. Pero todo esto no impide que sus intereses se enfrenten frecuentemente con el imperialismo. Los intereses de la burguesía no se manifiestan a través de la burguesía misma, atada a sus preocupaciones cotidianas y a su odio de clase al proletariado nativo, mucho más agudo que su aversión al capital extranjero. Dichos intereses encuentran su expresión en los movimientos nacionales. Si bien es cierto poseen el contenido nacional burgués consiguiente, están compuestos de distintas clases sociales, entre ellas el proletariado y asumen frecuentemente en su lucha un carácter plebeyo que aterra a la propia burguesía nacional. Basta recordar la actitud de los industriales frente a Perón y recíprocamente para medir las relaciones entre la burguesía nacional y el movimiento nacional.

Esta distinción en apariencia terminológica está lejos de ser obvia. Los cipayos de hace veinte años veían en Perón a un “dictador fascista” y en el proletariado a un “lumpenproletariat”; hoy ya no es posible afirmar cosas semejantes. Por esa razón los cipayos de la revista “Fichas” y sus congéneres, prefieren enfilar sus baterías contra la “burguesía industrial”, para esconder su odio al movimiento nacional, que también incluye al proletariado. El antiperonismo de la revista “Fichas” es transparente. Ese hecho bastaría para situar políticamente a su editor, y a concluir con el asunto si otros temas que imprudentemente toca la revista no exigieran la debida puntualización.” (Ramos, 1964: 115-116).

Dentro del movimiento nacional -pero con independencia organizativa e ideológica- la izquierda nacional pretende ser la representación de los “intereses históricos” del proletariado. En esa dirección, busca disputar la jefatura del movimiento nacional y, desde allí, llevar a término la revolución nacional. La condición teórica por la cual la izquierda nacional podría superar el estado de cosas logrado por el nacionalismo burgués es justamente su condición obrera. Ello importa ser la portadora del socialismo -la ideología “histórica” del proletariado- que tiene por clave el no respeto al derecho a la propiedad privada y la certeza de que un desarrollo nacional-democrático solo es posible en base a un enfrentamiento sin concesiones con el bloque oligárquico-imperialista. A su vez, confirma esta expectativa la interpretación histórica de los movimientos nacionales -fundamentalmente el caso chino- y, en particular, sus expresiones en Latinoamérica. La izquierda nacional consideraba que los movimientos nacionales de jefatura burguesa tendían a capitular ante el bloque de fuerzas oligárquico-imperialista, y ello sucedería ora por un radicalización del conflicto político -donde lo esperable era paso al bando enemigo de los sectores burgueses-, ora por una desertión en caso de que el movimiento nacional se descomponga y no pueda conservar el poder político. El socialismo, en esta perspectiva, es un

emergente de la revolución nacional latinoamericana. En clave “permanentista” las “tareas socialistas” se combinarían con las tareas “nacional-democráticas”. En esa dirección Spilimbergo señala:

“La generalización en la Argentina de la economía monetaria y del régimen salarial, así como el elevado índice de urbanización, confieren a su crisis una repercusión viva e inmediata y reserva al proletariado un papel decisivo en las próximas luchas por la liberación nacional. De este modo, el contenido histórico democrático-burgués de las tareas revolucionarias desbordará rápidamente en entrelazamiento con las tareas socialistas.” (Spilimbergo, 2010 (1964): 48).

Dimos cuenta de la centralidad que la cuestión nacional en clave latinoamericana tenía para la izquierda nacional. También analizamos su visión de la estructura de clases de la región y de la dinámica política que se desprendía del mismo. A su vez, vimos el lugar que la izquierda nacional buscaba ocupar en el cuadro trazado. Veamos ahora, la interpretación que esta corriente realiza del movimiento nacional por antonomasia de la Argentina, el peronismo. Allí se destaca un énfasis crítico en torno a sus limitaciones, lo que aparta a la izquierda nacional de la perspectiva de Hernández Arregui. Como señalamos, en torno la interpretación del peronismo la izquierda nacional propone determinado sujeto político.

4. Peronismo y sujeto político en la izquierda nacional

Como señalamos anteriormente, en torno a las reconfiguraciones de la izquierda argentina de los años sesenta, la izquierda nacional consideraba que la interpretación del peronismo era determinante. En primer término, la izquierda nacional inscribía al peronismo en el conjunto de movimientos nacionales de las periferias en el contexto de posguerra. Dichos movimientos se registraban en Asia, África, Medio Oriente y América Latina, y constituían un sujeto en pugna con el imperialismo, tal como fuera conceptualizado por Lenin⁸⁶. Como dijimos, en la comprensión de la dinámica política de los movimientos nacionales

⁸⁶ Ramos caracterizaba a la Argentina de los años sesenta en base a las categorías leninistas analizadas en el capítulo dos. De allí que al polemizar con Peña el autor apunte: “El imperialismo y la propia burguesía nacional al emplear el púdicico vocablo cepalino de “país subdesarrollado” convienen en aceptar el carácter semi-colonial de la Argentina, notorio para todo el mundo, excepto para el “investigador” de “Fichas”. La Argentina de 1964 no ha cambiado esencialmente el carácter histórico-social que le atribuía Lenin en su libro sobre el imperialismo, escrito en 1916, y en el cual incluía a nuestro país en la serie de los países oprimidos.” (Ramos, 1964: 119).

residía la clave para una intervención política correcta. La disputa que dichos movimientos entablaban con el imperialismo se fundaba en la necesidad de un conjunto de clases sociales de resolver las “tareas nacionales” y sobre esa premisa debían introducirse las “tareas socialistas”⁸⁷.

En la Argentina el peronismo encarnó un movimiento nacional impulsado activamente por dos clases sociales: el proletariado industrial y la pequeña burguesía de extracción militar. Como señalamos en el apartado anterior, para la izquierda nacional el Ejército era una institución conformada, en buena parte, por las clases medias. De ello se seguía –base a la tesis leninista de una dualidad intrínseca de la pequeña burguesía en las sociedades capitalistas- que una tendencia del mismo adoptase una conciencia nacional centrada en la necesidad de Industrializar el país. Otra, en cambio, seguía subordinada al bloque de poder dominante. En este aspecto la pre-eminencia que la ideología liberal oligárquica tenía sobre la formación de los cuadros castrenses era sumamente significativa⁸⁸. En esta perspectiva, Perón encarnó la “tendencia nacional” y en el contexto de surgimiento del peronismo (1943-1946) logró formar una alianza con el proletariado industrial. Con el peronismo, la clase trabajadora se incorpora al escenario político nacional y realiza una experiencia de clase. Esta es valorada como una “etapa” positiva pero limitada, ya que como clase se subordinó a una “jefatura bonapartista”.

Con el concepto de bonapartismo el ensayismo de la izquierda nacional ofrece una reflexión crítica sobre el peronismo, orientada a conceptualizar sus limitaciones como vector de la “revolución nacional”. Como vimos en el capítulo tres, en la tradición marxista, el bonapartismo remite al problema de la representación política de las clases sociales. Ya señalamos que las burguesías periféricas eran incapaces de darse una representación política e ideológica capaz de

⁸⁷ En la polémica citada anteriormente, Ramos define a las clases sociales interesadas en la “liberación nacional”: “En la Argentina, que es nuestra patria, mal que le pese a los “Public Relations”, existen otras clases interesadas en el crecimiento y la independencia nacional: existen el proletariado rural, la pequeña burguesía urbana y rural, clase gigante y en muchos sectores empobrecida, los pequeños comerciantes y los pequeños industriales. La inmensa mayoría del país está interesada en la liberación nacional, pero si bien es indiscutible que sólo el proletariado puede conducir a esas masas, no es menos cierto que el proletariado librado a sus solas fuerzas no puede realizar ni la liberación nacional ni por supuesto su liberación social.” (Ramos, 1964: 121-122).

⁸⁸ Ramos busca justificar historiográficamente la teoría de los dos ejércitos en *Historia política del ejército argentino* (1959).

auspiciar un capitalismo de base nacional⁸⁹. Vimos, asimismo, que esto último importaba una proyección latinoamericana, es decir, demandaba la unificación de las economías regionales conformando un mercado interno común, que opere como sostén y acicate de la industrialización regional. Por otra parte, el proletariado tampoco pudo darse esa representación de clase a lo largo de la historia argentina. Ello se explicaba por las inepticias de una “izquierda tradicional” que no “comprendía” la cuestión nacional, de allí que haya enfrentado a los dos movimientos nacionales argentinos del siglo XX: el radicalismo y el peronismo. Este último movimiento suplió la falta de representación política de las clases sociales ligadas a la industrialización de la Argentina. Vale agregar que la izquierda nacional consideraba a los movimientos nacionales nacidos en la época del imperialismo, no como emergentes del ascenso burgués –tal como sucedió con el nacionalismo liberal europeo de los siglos VXIII y XIX- sino como una reacción de las clases sociales oprimidas ante los tiempos de crisis⁹⁰.

Desde el enfoque de la izquierda nacional, la industrialización argentina –y sus consiguientes clases sociales- provenían de la primera guerra mundial, pasando por el periodo de entre-guerras signado por la crisis del treinta y cobraba mayor dinamismo en la segunda conflagración mundial. El sistema político argentino -formado al calor de la Argentina centenaria- no representaba ni a los trabajadores ni a la burguesía industrial. El peronismo constituye la alianza de ambas clases –interesadas en la industrialización y en la ampliación del mercado interno- bajo un tipo específico de articulación política: el bonapartismo.

⁸⁹ En relación al caso argentino, al que nos abocamos en este apartado, Ramos apunta: “En la Argentina del último cuarto de siglo, la clase dominante en su conjunto reposa sobre el régimen capitalista de producción, sea este agrario o industrial. Las limitaciones históricas de la burguesía “nacional” encuentran en esa frontera objetiva su más profundo fundamento. A través del peronismo, esta burguesía pudo hacerse oír desde las alturas del poder y en la política económica, pero no alcanzó jamás a una influencia estatal perdurable ni ejerció una hegemonía ideológica en el país como para garantizar la continuidad de su poder, anonadar a sus adversarios ya abrir el camino a un desarrollo industrial soberano. Como en su hora el yrigoyenismo, tampoco el peronismo pudo enfrentar a la oligarquía en el campo de las ideas históricas; expropiada del poder por el movimiento encabezado por Perón, la casta oligárquica mantuvo intacta su estructura económica y un poder aplastante en la superestructura cultural. Perdió el edificio del Jockey Club, pero conservo sus estancias; Borges fue despedido de su empleo municipal, pero el estilo cultural europeizante y abstracto de las instituciones, las universidades, las revistas literarias y el dispositivo de prestigio permaneció intacto ante las celebradas torpezas del régimen. El peronismo en el poder no innovó el sistema educacional ni abrió debate clarificador.” (Ramos, 1963: 9).

⁹⁰ Como ya vimos esta tesis -formulada como “ley histórica”- pertenecía al marco teórico leninista.

Como vimos en el capítulo tres, el liderazgo bonapartista pretende autonomizarse de la lucha de clases y arbitrar sobre ellas. No obstante, el decurso histórico muestra que esta forma política, más que arbitrar equidistantemente, realiza los intereses de una clase social a costa de desplazarla del poder político. La “progresividad” del peronismo radica –dada la realidad semicolonial argentina- en su defensa de los intereses industriales. Para avanzar en ese sentido, Perón tuvo que darse una base de masas.

Ahora bien, al desplazar del poder político a la burguesía, pero desarrollar un conjunto de políticas que la favorecen, Perón personifica y centraliza el poder político. Ello tiene implicancias en dos dimensiones de la realidad. Por una parte en su relación con las fuerzas adversas a la liberación nacional, la centralización y el autoritarismo es la contraparte necesaria a la centralización que de hecho se le atribuye al imperialismo y a sus aliados. Un proceder coactivo sobre estos sectores es, en alguna medida, inevitable⁹¹. No obstante, al interior de las fuerzas populares, el bonapartismo impide la necesaria radicalización política. Léase, no permite ampliar los canales de debate político, dotarse de una ideología acorde a la magnitud de los fines trazados, apelar a la iniciativa popular ni ensanchar los canales de movilización. Remitiéndose recurrentemente al marco conceptual leninista, Ramos destaca que la revolución nacional debe ser llevada a término bajo la irrestricta democracia al interior del movimiento nacional, en la perspectiva de instalar una “dictadura democrática”. El peronismo, en cambio, desarrolla una “representación directa” de los trabajadores con Perón y degenera al movimiento nacional en una “dictadura burocráti-

⁹¹ En esa dirección Ramos señala: “En un país semicolonial, ninguna revolución puede sostenerse sin ejercer ciertas formas de dictadura. Históricamente, el régimen llamado a realizar tareas democráticas –industrialización, liquidación del yugo imperialista, unidad nacional, revolución agraria– es designado como una “dictadura democrática”. ¿Qué significa esto? Nada más simple: el viejo Estado, órgano de los intereses oligárquicos, es sustituido por otro, instrumento de la voluntad de la mayoría de la Nación. Para resistir las grandes fuerzas internacionales que se coaligan contra él, el gobierno nacional debe apelar a medidas de represión y de control nacidas precisamente de su debilidad relativa frente al imperialismo: adquisición voluntaria o forzosa de los grandes diarios y radios reaccionarios; control de las actividades contrarrevolucionarias; destrucción del aparato sindical pro-imperialista; vigilancia de los agentes del espionaje extranjero; apropiación de los resortes bancarios y financieros; expropiaciones, etc. Todo esto ya lo han hecho en su tiempo y a su modo las grandes potencias imperialistas que se autotitulan “democráticas”; si no lo hubieran hecho, no serían hoy grandes potencias. Cromwell exigió la sangre de un rey para instaurar la democracia británica. Pero los admiradores nativos de Inglaterra se han olvidado de la “Gran Revolución” inglesa; al elogiar únicamente sus frutos pretenden que fue obra de una cortesía sajona.”(Ramos, [1957] 1972b: 126-127).

ca". Estas limitaciones derivan en que los dos pilares del poder oligárquico-imperialista –la superestructura ideológica liberal-conservadora y la gran propiedad de la llanura pampeana- no fueron afectados⁹². De este modo, las deficiencias de orden ideológico y político no eran fruto del capricho de Perón o del azar, sino el resultado de la forma bonapartista. El ahogo sistemático del debate al interior de las fuerzas que apoyaban al peronismo era el resultado de imponer la verticalidad como pauta política y, el "primitivismo ideológico" era el reaseguro contra un posible desborde político-ideológico de la base obrera.

El ahogo de la disidencia al interior del peronismo tenía su correlato específico en el plano ideológico-cultural. El peronismo no pudo dotarse de una ideología acorde y convocó a cuadros del nacionalismo conservador afectando su desempeño en el plano cultural y específicamente en el universitario. Ello, entre otras razones, llevó a sectores sustantivos de las clases medias al campo anti-peronista. En particular al movimiento estudiantil, que se constituyó en el sector más movilizado del antiperonismo⁹³. Para la izquierda nacional no hubo una política adecuada para convocar al estudiantado –y a su clase social de pertenencia: la clase media- al "frente nacional". No obstante, su adhesión al bloque

⁹² Este límite estructural esperaba ser superado por la Izquierda Nacional. Ramos lo define del siguiente modo: "Es justamente porque en el país, a raíz de la crisis del 30, se había producido un importante crecimiento industrial, que se explica la aparición del peronismo. Expresión política de este nuevo ciclo de la economía nacional, Perón fue a su vez un agente propulsor de la industrialización, primero de la industria liviana y luego de la industria pesada. Invertió para esos fines las divisas acumuladas por la guerra –no siempre con el criterio más acertado- y echó las bases de la siderurgia. La declinación que se observa desde 1948 obedece a la escasa capitalización nacional, propia de todos los países atrasados y que había encontrado en las reservas de la postguerra su primer apoyo. Para realizar el proceso de acumulación sin interrupciones sólo podía orientarse la política económica sobre la perspectiva de la expropiación de la oligarquía y la planificación de los recursos nacionales, pero ese era el extremo límite del movimiento nacional burgués." (Ramos, 1964: 132).

⁹³ En relación a la ideología peronista y a su política universitaria Ramos señalaba: "La "ideología" del peronismo, si es posible hablar así, consistía en esencia, en las tres banderas que aludían a las reivindicaciones clásicas de los países semicoloniales y que habían sido, por otra parte, las mismas consignas de San-Yat-Sen, el padre de la primera República China. Pero había que profundizar el significado concreto e histórico de las tres banderas, se imponía asumir la herencia intelectual y política de las generaciones argentinas precedentes que habían vivido y luchado por los mismos fines, se hacía necesario derrotar al imperialismo y a sus partidos miembros en la esfera específica de su influencia tradicional, en la Universidad y en el pensamiento nacional. Perón encargó esta tarea a Apold y a un oscuro adulator llamado Raúl Mendé, que "elaboraron" una doctrina, la doctrina "justicialista". En un discurso pronunciado en Mendoza en un Congreso de Filosofía, Perón rondaba por las nubes aristotélicas. En la prosa de Mendé el justicialismo retrocedía hacia el lenguaje inarticulado. En definitiva, Perón resultó víctima de sus propios celos y nada menos que la "ideología" demo-cipaya lo venció en toda la línea en las Universidades, bastión de los hijos de clase media." (Ramos, [1957] 1972b: 131).

oligárquico-imperialista era considerado un comportamiento social “alienado”, ya que discurría bajo representaciones falsas acerca de lo que estaba en disputa⁹⁴. De este modo, para superar las torpezas del peronismo y para romper el conglomerado antiperonista, se debía convocar a la clase media al bloque nacional-popular con una política específica. Ello era para la izquierda nacional, como veremos a continuación, una tarea política de primer orden en los años sesenta.

En el contexto posperonista, la izquierda nacional sostenía que el sujeto político que retomaría el cauce abierto por el peronismo era una “alianza plebeya” entre trabajadores y clases medias. Spilimbergo lo definía en los siguientes términos:

“La alianza del proletariado con la pequeña burguesía constituye el fundamento estratégico de la revolución argentina. Englobamos en el proletariado a los asalariados industriales y del transporte, a los peones agrícolas y a vastas formaciones proletarias y semiproletarias de las provincias “pobres”. Esta afirmación no excluye que, en el curso de la lucha, puedan producirse acuerdos de más amplia naturaleza, con sectores específicamente burgueses. Pero interesa a los trabajadores la relación de fuerzas concreta que presidirá esos acuerdos y, en consecuencia, no sólo la necesidad de fortalecer su propia estructura ideológica y política de clase, sino su sistema de aliados inmediatos. Tanto el peronismo como el frondismo, con distinta dinámica y resultado tratábase de un frente nacional “por arriba”, entre el proletariado, actuando como apoyo, y la “burguesía”. Este frente nacional se ha roto y no se trata de resucitarlo. Corresponde por el contrario, intensificar la lucha por multiplicar las relaciones y caminos hacia la alianza plebeya y revolucionaria del proletariado y la pequeña burguesía”. (Spilimbergo, [1964] 2010: 50-51).

En el contexto de proscripción y de democracia restringida desatado a partir de la “Libertadora”, el peronismo -para la izquierda nacional- no habría variado como estructura política. Si bien el peronismo de los años sesenta no contaba

⁹⁴ En relación al apoyo de las clases medias a la “Revolución Libertadora” Spilimbergo apunta: “Pero, ¿quiénes han ejecutado el golpe de septiembre? ¿El pueblo? No: la oligarquía y ¿cómo la oligarquía, la venal y corrupta oligarquía, se erige en custodio de la austeridad republicana y en censora atrabiliaria de sus enemigos, los gobiernos populares? Porque necesita aliados, un mínimo de pueblo, en suma, para poder triunfar. Va a buscarlos a la clase media, cuya debilidad y confusión explota, ocultando sus propios fines tras el canto de sirena de otras dos consignas eficaces. (...) El resultado está a la vista: conquistado el poder, luchan en el conglomerado heterogéneo clases y sectores para copar la situación. Y, por lógica inflexible, ella cae en manos de quienes laboraron para sí, mientras se desplazan al llano las fuerzas que practicaron la enajenación como conducta sistemática. Así el nacionalismo católico desemboca en el plan Presbich; la democracia de Frondizi, en las ejecuciones de junio; la pulcritud moral de unos y otros, en el gobierno controlado por los agiotistas de la “década infame””. (Spilimbergo, [1958] 2014: 191-192).

con el apoyo de sectores burgueses, salvo contados casos, seguía siendo un frente de clases de jefatura burguesa con base obrera. La “rama política” del peronismo representaba una dirección burguesa para los trabajadores y este carácter de clase explicaba su carencia de una estrategia de poder consistente. Para canalizar el descontento de la base obrera se dinamizaban los sectores “combativos”, y ello se expresaba en el aliento a la lucha sindical de los trabajadores, las impugnaciones del sistema político *in toto* o la elaboración de documentos programáticos “avanzados” como “el programa de la Falda” (1957) o el de “Huerta Grande” (1962). Se perdía de vista que el contexto de proscripción era un contexto de retroceso de las fuerzas populares y que tales iniciativas eran “desmedidas” o inconducentes por no contar de un cauce político realista. Una vez agotada la vía “combativa” y disipada la movilización de los trabajadores, el peronismo caía en el predominio de los “blandos” que buscaban subordinar al peronismo al bloque de poder dominante. Este ir y venir - alentado por Perón en su exilio como “juego pendular” o la dinámica de “orden y contra-orden”- permitía sostener el mismo frente de clases formado en 1945, con similares limitaciones políticas e ideológicas.

Para la izquierda nacional resultaba sumamente significativo que el peronismo no pudiera expresar una demanda democrática, basada en la realización de comicios libre sin proscripciones. Las consignas democráticas eran, a su vez, una de las vías para formar el sujeto que supere al peronismo -léase la “alianza plebeya” entre proletariado y pequeña burguesía bajo dirección socialista- de allí que Spilimbergo planteara:

“Entre las contradicciones que desata el régimen, está la mordaza electoral, el pisoteo de las libertades democráticas. ¿Las libertades democráticas son una farsa? Son una farsa en el *sentido* de que el régimen se burla de ellas pero sólo en ese sentido. En la medida en que las libertades democráticas están incorporadas a la conciencia nacional del pueblo argentino, ellas son una realidad. Fue Perón y no Braden quien dijo “la era del fraude ha terminado”. Fue Perón el que, coetáneamente, efectivizó un sistema de protección laboral y garantías sindicales. Y si un patrón pisotea esas leyes y garantías, surge el imperativo de salirle al cruce, de responderle con la lucha, de movilizar incluso a la opinión pública; pero si un gobierno restablece la era del fraude, ¿entonces es otra cosa, nos cruzamos de brazos, proclamamos la abstención, la abstención “revolucionaria”, como no podía ser menos? ¿Esta diferencia está en la cabeza de la gente o en la miopía estratégica o táctica de los jefes? Está en los jefes. (...) Añádase que en este punto coinciden, en principio, las aspiraciones y conciencia política de diversas clases. La bandera del sufragio es, principalmente, uno de los

puentes entre los trabajadores y las clases medias democráticas. Sólo recorriendo el camino de la lucha efectiva por el sufragio se desvanecerá lo que resta de estas clases medias de confianza en sus direcciones liberal-burguesas, de confianza en un puro régimen de democracia política, imposible bajo el dominio de la oligarquía y los monopolios.” (Spilimbergo, [1964] 2014: 164.)⁹⁵

La convergencia entre trabajadores y clases medias era posible a partir de reivindicar sus tradiciones de lucha, para re-significarlas en una nueva “etapa”. Si la izquierda nacional se identificaba con el 17 de Octubre y con los avances logrados durante la década peronista, también reivindicaba las tradiciones “democráticas” de las clases medias.

La izquierda nacional denominaba “democratismo” a la ideología secular de la clase media argentina. Las ideas fuerza de esta tradición eran la defensa de una república con libertades civiles y políticas y la legitimidad de un sistema político democrático y pluripartidario. El radicalismo yrigoyenista encarnó dichas banderas y logró avances sustantivos. Sin embargo, la estación “alvearista” durante la “década infame” y la posterior adhesión del radicalismo al antiperonismo, eran interpretadas como la incorporación subordinada de la expresión política mayoritaria de la clase media al bloque oligárquico-imperialista. De allí que la vigencia de las “banderas democráticas” era, en verdad, una vigencia que debía ser “actualizada” al contexto de los años sesenta. Era virtualmente imposible para la izquierda nacional estabilizar una democracia liberal en una Argentina que ya había pasado por la industrialización y contaba con el proletariado peronista en la arena política. A su vez, las clases medias no contaban, dado el ordenamiento semicolonial del país, con la posibilidad de desarrollar proyectos de vida acorde a su formación y a sus pretensiones⁹⁶. La clase media se encontraba en una contradicción de la que solo se podría salir bajo un

⁹⁵ En el marco de la radicalización política que tuvo como disparador el Cordobazo y las rebeliones obreras y populares desatadas en el interior del país, tampoco se modificó –a criterio de la izquierda nacional- esta característica esencial del peronismo. Al analizar la situación de la juventud peronista, la izquierda nacional persiste en la caracterización señalada, fundamento de su “apoyo crítico” al peronismo: “En realidad, Perón permanece fiel a la constelación político-social que dio existencia a su movimiento en 1945, y ningún revolucionario socialista podrá dejar de apoyarlo contra los enemigos imperialistas y oligárquicos. Al mismo tiempo, la lucha por el socialismo, impuesta por la necesidad objetiva de trascender los estrechos límites capitalistas y burgueses de la revolución nacional, exige la constitución de un eje de reagrupamiento obrero y socialista en el cauce del movimiento nacional, un eje política, organizativa e ideológicamente independiente.” (Spilimbergo, [1974] 2014: 174).

⁹⁶ Como vimos en el capítulo dos, Hernández Arregui comparte esta tesis. Sin embargo, extrae de ella implicancias diferentes.

gran salto de crecimiento económico y social, es decir a través de la mentada “revolución nacional”. Políticamente se trataba de levantar las banderas democráticas para que -tras una experiencia de clase- los sectores medios visualicen que un sistema político democrático solo era viable derrotando al bloque oligárquico-imperialista. Llevar el democratismo hasta sus últimas consecuencias suponía que la clase media transite la experiencia de su inviabilidad y que su auto-encontrara en el campo nacional, haciendo suyos los grandes problemas nacionales. Desde esa clave la izquierda nacional se proponía interpelar a la clase media, reivindicando las conquistas del Irigoyenismo y aunándolo como un eslabón precedente al peronismo en el proceso de liberación nacional.

A su vez, desde esa perspectiva historicista la izquierda nacional se identificaba con la tradición universitaria reformista, desde donde articulaba una interpeelación al movimiento estudiantil. El postulado de la democratización *intra* universitaria debía ser articulado –pregonaban los teóricos de la izquierda nacional- a su fin primigenio aún incompleto: la unificación latinoamericana⁹⁷. Desde esa impronta fue interpretado el período abierto por la “Revolución Argentina” (1966-1973) en lo concerniente a la intervención de las Universidades. Allí la izquierda nacional buscó aunar las reivindicaciones específicamente estudiantiles de signo democrático, con posiciones sobre la realidad nacional en su conjunto⁹⁸.

⁹⁷ Enrique Rivera elaboró una interpretación de la tradición reformista. Allí apunta “Las reivindicaciones democráticas que la Reforma Universitaria lanzó (participación del estudiantado en el gobierno de la Universidad, autonomía de ésta, asistencia y docencia libres, etc.), estuvieron ligadas, como hemos mostrado, a la concepción de que un nuevo ciclo de civilización se iniciaría en América Latina, cuya forma política consistiría en federar sus estados, en constituir la verdadera nación. Con el tiempo, y a medida que dominaba la reacción, en la Argentina y otros países, estas reivindicaciones quedaron desvinculadas por completo de aquella concepción, de su base nacional legítima, y se diluyeron en las expresiones democráticas comunes a Occidente. (...) Las circunstancias posteriores de la lucha, han conducido a una exacerbación de las consignas democráticas de la Reforma, pero si éstas no son conectadas nuevamente al contenido nacional que les dio nacimiento, llevarán otra vez al estudiantado a un callejón sin salida. (...) Estudiar concreta y profundamente la Reforma Universitaria de 1918, huyendo de las abstracciones y chácharas, que hoy brotan como hongos, significa para el estudiantado reencontrar la verdadera ruta, la que lo liga realmente al movimiento obrero –aspiración constante de la Reforma-, la que lo une al pueblo todo, en la lucha por la liberación nacional y social de América Latina.” (Rivera, [1957] 1971: 18-19).

⁹⁸ Ernesto Laclau formulaba la “alianza plebeya” en relación a la clase media universitaria en el onganiato, en los siguientes términos: “De ahí que las tareas básicas de la lucha antioligárquica en la universidad de un país atrasado sean las siguientes: 1) democratización interna de la vida universitaria, vale decir, promoción de cambios organizativos necesarios para que el monopolio de la alta enseñanza no quede en manos de los sectores oligárquicos; 2) lucha por la moderni-

Como observamos -desde el punto de vista de la constitución del sujeto político- la izquierda nacional asigna un lugar positivo a la clase media y otorga legitimidad a sus demandas. Ello implicaba la tentativa de integrar a la clase media a una articulación política más amplia, sobre la base de una experiencia de clase. Por otra parte, desde la perspectiva de la izquierda nacional, la configuración bonapartista del peronismo persistió durante los años sesenta-setenta. Desde estas coordenadas se explica el énfasis crítico en la historización del peronismo, y la insistencia por conceptualizar sus limitaciones como vector de la revolución nacional. Veremos ahora el enfoque de Hernández Arregui en torno a los anteriormente trabajados.

5. Peronismo y sujeto político en Hernández Arregui

Si bien, como pusimos de relieve, Hernández Arregui y los representantes de la izquierda nacional trabajaron un conjunto común de temáticas y sostuvieron tesis similares en muchos aspectos, las diferencias entre unos y otros justifica la ubicación de Hernández Arregui en el peronismo de izquierda. La interpretación del peronismo propuesta por Hernández Arregui, difiere en aspectos sustantivos de la propuesta por la izquierda nacional. De igual modo que en los representantes de la izquierda nacional, en Hernández Arregui la interpretación del peronismo es determinante. Como señalamos, el trabajo intelectual que esto importaba se encontraba determinado por su implicancia práctica, ya que la correcta interpretación del “hecho peronista” arrojaba —a criterio de estos autores- las coordenadas fundamentales del devenir político de los años sesenta-setenta y, por ende, se constituía como una pauta clave de la acción política.

zación de la estructura universitaria, o sea, promoción de la transformación interna de la universidad que la obligue a abandonar su estructura profesionalista y la centre en la investigación de los problemas nacionales; 3) lucha por ligar lo más estrechamente posible esta política de expansión con las luchas históricas de aquellos sectores que en el seno de la comunidad están auténticamente interesados en promover un cambio de estructuras que encamine al país por la senda del crecimiento y le permita romper los lazos que lo atan a la política expoliadora del imperialismo y la oligarquía. Estas tres tareas, en rigor, son complementarias. La tarea de democratización caería en un vacío formalismo si no se ligara a un plan de transformación universitaria concebido en términos de contenido. Pero, a su vez, la lucha contra el atraso semicolonial de la universidad sólo puede concebirse como una parte de la lucha general contra el atraso semicolonial del país; si los intentos por modificar las anacrónicas estructuras de la Universidad no se unen a un esfuerzo por ligar en forma cada vez más estrecha estas reivindicaciones a los sectores populares interesados en promover un cambio revolucionario, quedarán aislados del conjunto del país y el plan de transformación concluirá por frustrarse.” (Laclau, 1967).

Tanto Ramos como Hernández Arregui, buscaban que la historización del peronismo decante los caracteres fundamentales de la fuerza política capaz de realizar un cambio revolucionario de la Argentina. De allí que optamos por hablar de un “sujeto político”. Por otra parte, también señalamos que ambos autores mixturaron marxismo y nacionalismo popular, pero esta síntesis no es homóloga.

Hernández Arregui coincide con la izquierda nacional al atribuir un desarrollo insuficiente al capitalismo argentino. Usando el marco categorial leninista, el autor sostiene que el peronismo fue positivo, en tanto significó una “primera etapa” de revolución “democrático-burguesa” en la Argentina. El mapa de clases trazado por el autor es similar al propuesto por la izquierda nacional. Esencialmente el peronismo constituye una alianza de clases sociales –proletariado, burguesía industrial y algunos estratos de las clase media- conducidos por el “ala nacional” del Ejército. En este último punto Hernández Arregui también sostiene la llamada teoría de los dos Ejércitos, donde la tendencia adscripta al nacionalismo económico logra representar los “intereses históricos” de la burguesía industrial, con una participación deficiente de esta clase en un gobierno que la beneficia. Todos estos intereses lograron una solución política transitoria con el peronismo, ya que este fue capaz de derrotar el sistema político existente hasta el momento; es decir, el peronismo pudo desplazar del poder político a todo el abanico de partidos tradicionales, que se encontraba estructurado en torno al país agro-exportador y no daba cuenta de los nuevos intereses en juego, una vez iniciado en ciclo de industrialización sustitutiva de importaciones. Asimismo, Hernández Arregui comparte con los representantes de la izquierda nacional, el diagnóstico bajo el cual el bloque de fuerzas reaccionarias tiene por base la gran propiedad terrateniente de la llanura pampeana y una superestructura cultural entreverada a la dependencia económica y política del país⁹⁹. En este sentido, como dijimos, la historización del peronismo permite avanzar en la respuesta al qué hacer en los años sesenta-setenta. Para ello, la caracterización de la clase dominante argentina resulta central.

⁹⁹ Ya vimos, en el capítulo dos, como el principal actor de esta “superestructura cultural”, la clase media ilustrada, era el objeto principal de la crítica hernándezarreguiana.

En función a lo examinado en el capítulo tercero, sabemos que para Hernández Arregui la estancia ganadera era una empresa de carácter capitalista desde el período rosista. Desde esa perspectiva, el autor polemiza en *LFCN* con el dirigente comunista Rodolfo Ghioldi, en particular con su ensayo *Acerca de la cuestión agraria* (1952), donde se sostiene que el campo argentino padece relaciones sociales “feudales” y ello plantea la necesidad una “reforma agraria” que distribuya la gran propiedad terrateniente a favor de la “clase campesina”. Pareciera ser que Hernández Arregui encuentra en este ensayo un *modus operandi* típico de la izquierda tradicional en relación a los “movimientos nacionales”, de allí que el autor hable de la “degradación de las izquierdas”, ante el “ascenso de las masas” que representó el peronismo (Hernández Arregui, [1960] 2008: 318-331). Desde un acervo teórico marxista, Rodolfo Ghioldi coincide con los argumentos centrales del “antiperonismo” en este tópico, es decir, con el diagnóstico de una “crisis del agro” y de los “pequeños productores” durante los gobiernos peronistas. En verdad, Hernández Arregui no estima que el trabajo en cuestión sea una investigación seria, más bien representa una argumentación *ad hoc* en base a una posición tomada –antiperonista- que malversa la potencialidad teórica del marxismo, en particular su validez para explicar la realidad rural argentina. En ese sentido Hernández Arregui se vale de las investigaciones pioneras de José Boglich, un trotskista de militancia activa en la Federación Agraria durante los años treinta, en particular de su libro *La cuestión agraria* (1937). En esta tesitura, el agro argentino se organizó como un capitalismo subordinado a la demanda del mercado mundial. Ello importó establecerse sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción – en primer lugar sobre la tierra- y tecnificarse en aras de producir lo demandado por el extranjero, fundamentalmente por el mercado inglés.

Como vemos, la caracterización del capitalismo rural argentino de Hernández Arregui es cercana a la brindada por la Spilimbergo, referida en el capítulo tres. En ese sentido la “renta agraria diferencial” fue captada secularmente por la oligarquía terrateniente, en su mayor parte por los invernadores vacunos de la provincia de Buenos Aires, y re-invertida solo parcialmente en la economía nacional. La reinversión del ingreso terrateniente –sustentando, insistimos, en mayor medida en renta agraria que en extracción de plusvalía- se limita a re-

adecuar la oferta a lo requerido por la demanda extranjera, el resto es dilapidado en consumo suntuario o volcado a actividades especulativas.

Por otra parte, los capitalismos metropolitanos promueven la constante descapitalización de la economía argentina vía el endeudamiento crónico del Estado nacional o la remisión de utilidades de las empresas de capital extranjero radicado en el país. En la perspectiva de Hernández Arregui, el endeudamiento externo y las inversiones extranjeras son mecanismos de apropiación del excedente económico producido en la Argentina. Al ser vías de descapitalización, impiden la formación de un capitalismo autónomo. La toma de deuda en el extranjero, suele acompañarse de la implementación de políticas económicas dictadas por el “imperialismo” y –sobre todo en los años sesenta/setenta- es el medio de divisas para la remisión de utilidades por parte de las firmas multinacionales. El comportamiento de estas, según el autor, no está orientado a desarrollar el aparato productivo local, sino a cooptarlo. Adaptando la teoría del imperialismo capitalista de Lenin a los años sesenta, Hernández Arregui sostiene que el capital extranjero fija “precios monopólicos”, desplaza a los capitales locales e impone cotas de extracción de la plusvalía superior a las de las metrópolis. Estas tesis, esquemáticamente referidas, se postulan en clara confrontación con el “desarrollismo”, y la vinculación establecida entre el Estado Nacional y los organismos de crédito nacidos del “Bretton Woods”, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Como observamos, para Hernández Arregui, el capitalismo argentino padece de descapitalización y allí radica la clave para la transformación del país.

Para Hernández Arregui el Estado debía apropiarse de esta renta agraria -al menos de su parte principal- y volcarla a las actividades industriales. El autor denomina a la realización acabada de esta transformación “nacionalización de la tierra” y allí ubica el umbral que no atravesó el peronismo y la razón fundamental de su derrocamiento, en sus palabras:

“El caballo de batalla de la oposición a Perón se centró en la cuestión agraria. El gobierno no resolvió este problema. Y en esta imprevisión habría de encontrar su propia derrota. El sistema de la propiedad de la tierra, la subsistencia de la oligarquía terrateniente que perdió el poder político pero no el económico, la campaña de descrédito, fundada en que el gobierno con sus fabulosos planes de industrialización castigaba al campo, la mentira de la despoblación de la campaña como consecuencia de esa política y la

acusación de que el IAPI expoliaba a los chacareros, fueron las muletilas de la Argentina colonial contra la nueva. Si esta actitud contra la política industrializadora era comprensible en la clase latifundista, asombra en cambio, la oposición del Partido Comunista. Tal oposición da la pauta de la función antinacional de las izquierdas tradicionales en la Argentina.” (Hernández Arregui, [1960] 2008: 318-319).

En este aspecto se centra la crítica hernándezarreguiana al peronismo y allí radica una diferencia fundamental con la izquierda nacional. Si para esta corriente el peronismo “cayó”, léase no pudo conservar el poder político por sus propias falencias, para Hernández Arregui fue víctima de un golpe de Estado instigado por Inglaterra, quien a la brevedad impulsó una política económica afín, vía el asesoramiento de Raúl Presbich al gobierno *de facto*. Evidentemente ambas tesis no son excluyentes, y la historización del peronismo por parte de la izquierda nacional también buscaba dar cuenta de los intereses que impulsaron y se vieron beneficiados por la “Revolución Libertadora”. Sin embargo, en el discurso hernándezarreguiano encontramos un énfasis reivindicativo de la experiencia peronista centrado en sus logros de gobierno, fundamentalmente en materia de industrialización; ello es clave para su argumentación, ya que la lógica de la alianza de clases entre el proletariado y la burguesía industrial deriva, en última instancia, de la industrialización como interés común. En esa dirección, el autor destaca las siguientes transformaciones realizadas durante los dos gobiernos peronistas:

- 1- Puesta en marcha de una geopolítica orientada a la búsqueda de autonomía nacional. Repatriación de la deuda externa británica con las divisas acumuladas durante la segunda guerra mundial. Desarrollo de una estrategia autónoma en materia de comercio exterior (negociación de los precios de las exportaciones agropecuarias y acuerdos bilaterales con países de Latinoamérica y la URSS).
- 2- “Participación” en el poder político de la clase trabajadora, vía funcionarios estatales y legisladores de extracción sindical, sindicalización masiva de los trabajadores y adhesión generalizada a un proyecto político.
- 3- Re-distribución del ingreso a favor de la clase trabajadora, sustantiva inversión social en materia de vivienda, educación, salud, entre otros, y

desarrollo de un sistema legal de seguridad laboral y social institucionalizado en la constitución del 1949.

- 4- Crecimiento sustantivo del P.B.I. nacional, en particular en el sector industrial. A su criterio, el predominio en el crecimiento de la industria liviana por sobre la industria pesada, se encontraba en proceso de reversión con la puesta en marcha del Segundo Plan Quinquenal iniciado en 1952. Impulso a empresas industriales dirigidas por el Estado y su entreteneramiento con capitales privados de origen nacional. Desarrollo sustantivo de infraestructura indispensable para la industrialización del país (diques, centrales hidroeléctricas y termoeléctricas, obras fluviales, rutas, entre otros).
- 5- “Nacionalización” de actividades estratégicas de la economía. Estatización de los servicios públicos (teléfonos, gas, usinas eléctricas, entre otros), desarrollo en la producción nacional de hidrocarburos vía Y.P.F, dirección estatal del comercio exterior vía el I.A.P.Ī., dirección estatal y fuerte desarrollo de la marina mercante, estatización del sistema portuario.
- 6- Legislación regulatoria de las inversiones extranjeras orientada a su radicación en actividades de escaso desarrollo previo y a limitar el retorno de las utilidades a sus países de origen al fijar cuotas de re-inversión productiva¹⁰⁰.

Estas modificaciones estructurales -que a su criterio desarrolló el peronismo- se encontraban en vías de profundización, pero fueron “interrumpidas” por el bloque de fuerzas oligárquico-imperialista. Por otra parte, Hernández Arregui no asigna un lugar significativo a lo que podría llamarse “ideología peronista” en su historización de las ideas argentinas. No obstante, en *La formación de la conciencia nacional*, se señala, de manera tangencial, el papel pernicioso de los cuadros políticos e intelectuales procedentes del nacionalismo conservador en el peronismo (Hernández Arregui, [1960] 2008: 306-311). En similar tesitura a los autores de la izquierda nacional, Hernández Arregui apunta que la gravi-

¹⁰⁰ Véase Hernández Arregui ([1960] 2008: 331-335); del mismo autor ([1972] 2011: 73-78).

tación del nacionalismo derechista en el peronismo, contribuyó al lamentable enfrentamiento entre esta fuerza y los sectores mayoritarios de la clase media, en particular, con sus sectores estudiantiles. Ahora bien, en *Peronismo y socialismo*, Hernández Arregui destaca que las ideas predominantes sobre las que se constituyó el peronismo resultaron adecuadas al momento histórico que atravesaba la “revolución nacional”, (Hernández Arregui, [1972] 2011: 130). Aquí el autor recurre, una vez más, a la codificación etapista del proceso histórico. Si el nacionalismo popular en su versión peronista fue adecuado a la primera etapa de lucha –los dos primeros mandatos de Juan Perón–, la etapa en curso reclama un mayor rigor en sus postulados y la incorporación de una perspectiva socialista, basada la gestión social de los medios de producción y la planificación centralizada de la economía. De allí que en su revista *Peronismo y socialismo*, Hernández Arregui oficie de hermeneuta de Perón, al publicar una entrevista al líder exiliado en Madrid, que como editor titula “No hay que asustarse por la palabra socialismo” (Hernández Arregui [1973-1974] 2013: 33-34). Pareciera ser que por medio de la referida codificación etapista del curso de “revolución nacional” iniciado en los orígenes del peronismo (1943-1946), y sobre la apuesta deliberada por una radicalización del peronismo y del mismo Perón, Hernández Arregui evita formular una reflexión específica tanto sobre las dificultades del peronismo para conservar el poder político en su segundo mandato, como en torno a sus limitaciones para re-articular una oposición eficaz durante los años sesenta-setenta. A contrapelo, tal como se desprende del apartado anterior, la izquierda nacional centró buena parte de su reflexión sobre el peronismo en sus “limitaciones” o “falencias” para realizar la revolución nacional que la Argentina requería.

Como observamos, para Hernández Arregui la lucha por el retorno de Perón y la profundización de la “resistencia peronista” eran el medio legítimo de realizar el fin histórico obturado en 1955. En esa dirección, su discurso pareciera oscilar entre dos posiciones. Por un lado, una imagen más cercana a una re-edición de la fuerza política que llevó a Perón al gobierno. Al moverse en esa dirección, el autor habla de una suspensión momentánea de la lucha de clases al interior del bloque de fuerzas nacional-populares, y la realización plena de la “nacionalización de la economía”, el desarrollo de la industria pesada y el auto-

abastecimiento energético, es decir la consecución del capitalismo de base nacional postulado por Perón e interrumpido por la “oligarquía” y el “imperialismo”. En esa dirección señala:

“La actual situación argentina es comparable a una guerra patriótica. Una guerra de este tipo concilia, superando transitoriamente a los antagonismos de clases y partidos, la unión del pueblo contra el conquistador extranjero.”(Hernández Arregui, [1960] 2008: 346).

En esta clave se acota el principio analítico de la lucha de clases, validándolo solo para la lucha entre los dos bloques de fuerza. Desde otro ángulo, una reedición de la articulación política del peronismo primigenio –anclada en el nacionalismo popular tal fuera expresada por los dos gobiernos peronistas– subordina el enfoque marxista, lo instrumentaliza a una “parcela” de la realidad. De allí que hablemos de una subsunción del marxismo al nacionalismo en Hernández Arregui. Esta es una diferencia sustantiva con la izquierda nacional. Como vimos, para sus representantes la lucha de clases era el principio explicativo central tanto de la “contradicción principal”, como de los conflictos al interior de la articulación “nacional”. Podemos clarificar este punto si retomamos lo apuntado sobre el bonapartismo.

En primer término, consideremos que Hernández Arregui no utiliza el concepto de “bonapartismo” para interpretar al peronismo. Vimos que con este concepto la izquierda nacional proponía una reflexión crítica sobre la conquista del poder político por parte del peronismo y sobre sus limitaciones. A su criterio ello solo se podía “superar” por fuera del peronismo, instalando una democratización radical de las fuerzas interesadas en la liberación nacional. Asimismo, vimos como estas fuerzas, articuladas en un “movimiento nacional”, mantenían sus contradicciones de clase al incorporarse a dicha articulación. Es decir, en la realidad semicolonial argentina la lucha de clases se manifestaba en dos dimensiones. En primer término entre los dos bloques de poder, nacional/popular y oligárquico/imperialista. En segundo término, al interior del bloque nacional/popular. En ese sentido, la “revolución nacional” sería la resolución, de algún modo simultánea, de ambas contradicciones. A diferencia de ello, ya vimos en el capítulo tercero, en relación al marco teórico-histórico, que Hernández Arregui utiliza teoría de la personificación de los intereses sociales. Las clases sociales, a su criterio, se expresan por medio de hombres notables y la

disputa en torno a su figura – y a sus implicancias simbólicas- es una manifestación de la lucha de clases. Desde esa óptica el autor analiza el lugar de Perón en la realidad política, tanto durante sus gobiernos como en su exilio. La identificación mayoritaria de los trabajadores con Perón es un emergente de la realidad, sobre el que hay que incorporar una inteligencia que esclarezca los fines que persigue. El autor lo expresa de manera coloquial:

“El único campo de acción es marchar con el sentir de las masas y no con esquemas cristalizados en la mente. El peronismo es el partido de las masas. Ahí están las masas, ahí hay que luchar. Todo lo demás es palabrerío pequeñoburgués.” (Hernández Arregui, [1969] 2011: 229).

Como vemos –sobre todo si recuperamos la definición hernándezarreguiana de “izquierda nacional”- el lugar que Hernández Arregui asigna al trabajo intelectual y al marxismo es más acotado que el que le asignan los representantes de la izquierda nacional. El saber marxista -y el estudio del país basado en este- no puede promover una nueva articulación política –“la idea crea los cuadros” al decir de Lenin parafraseado por Spilimbergo (Spilimbergo, 1966)- sino que se reduce a acicate de un proceso signado por la necesidad. Y este arroja al peronismo a un curso teleológico que lo obliga a realizar sus fines, a consumir la “revolución nacional inconclusa”. No obstante, por momentos el discurso hernándezarreguiano toma otra dirección, no tan afín a la formulación “etapista” de terminar lo iniciado en la primera década peronista. Fundamentalmente en sus últimas intervenciones, como vimos en relación a la discusión sobre la “ideología peronista”, Hernández Arregui sostiene la hipótesis de que el peronismo trocará en fuerza socialista en el corto plazo. Ello tiene por sustento el postulado de una teoría de la historia donde el proletariado está destinado, por “leyes tendenciales”, a liberarse a sí mismo y con ello a la sociedad en su conjunto. De allí que al autor señale:

“La actividad del proletariado, sin que las masas lo sepan, es la teoría misma de la historia en su esencial realidad, historia de los pueblos coloniales que a sí mismos se emancipan a través de la clase más oprimida.” (Hernández Arregui, [1969] 2011: 227).

Sobre este postulado de necesidad histórico se basan sus aseveraciones más fatalistas del curso histórico, la “inminente revolución nacional” inscripta en los movimientos anticoloniales del “tercer mundo”. La identidad peronista del proletariado lo llevará, con el correr del curso histórico -sostiene esta segunda for-

mulación- a trazarse fines socialistas. La “nacionalización de la economía” - comenzada pero no finalizada por el peronismo- es una estación ineludible del progreso hacia el socialismo. La “ley tendencial” que rige este progresivismo histórico consiste en el pasaje de sociedades tradicionales-rurales hacia otras urbanas-industriales. Este camino fue coartado por el bloque oligárquico-imperialista y se trataría de reanudarlo por las vías referidas.

CONCLUSIONES

Creemos que la investigación realizada permite ampliar una apreciación vertida en el proyecto de investigación originario. En esa instancia se sostuvo que la bibliografía existente no explora suficientemente determinados aspectos de la obra hernándezarreguiana, ni de pensadores cercanos. Surge ahora una impresión de mayor alcance: la recuperación del ensayismo nacional-popular y marxista de los años sesenta-setenta -fenómeno evidentemente estimulado por el ciclo político vivido en Latinoamérica durante el comienzo del siglo XXI- no ha superado, en muchos casos, cierto estadio reivindicativo. La bibliografía existente sobre autores como Hernández Arregui, Jauretche y Ramos, entre otros, ha priorizado la divulgación de las tesis fundamentales de dichos autores, antes que el examen crítico de sus obras. De allí que se halla impuesto una categoría como la de “izquierda nacional en sentido amplio”, cuyo mentor pareciera ser el historiador Norberto Galasso. Esta rúbrica incluye autores que sostuvieron diferencias sustanciales, tanto a nivel teórico como político-práctico. Se podría argumentar que cierto énfasis “movimentista” alimenta esta recuperación, más atenta a los puntos en común que a las discrepancias. A ello reponemos la necesidad de avanzar en un segundo momento de estudios críticos, que permita identificar las divergencias conceptuales que estos autores tuvieron y sus implicancias político-performativas. Este trabajo buscó ser un aporte en este sentido.

Al explorar la bibliografía sobre los años sesenta-setenta en materia de historia social, económica, política, cultural, historiográfica e intelectual, pudimos establecer ciertas coordenadas claves para caracterizar la obra y el itinerario teórico-político de Hernández Arregui. Por una parte, identificamos que tanto para Hernández Arregui como para el conjunto de referentes de lo que descriptivamente denominamos “campo nacional-popular”, la interpretación del peronismo resultaba central. Esta coordenada diferencia a los adherentes del campo nacional-popular de otras vertientes de izquierda. Ello obedece a que si bien el peronismo resultó irrefutable como identidad mayoritaria de la clase trabajadora, como demostró Daniel James, pareciera ser que muchas formaciones de izquierda de la época sostenían esquemas interpretativos en los que este hecho se relacionaba a otros, como ser el derrotero de los países del llamado

“socialismo real” o la perspectiva de la lucha armada inspirada en la revolución cubana. En cambio, para Hernández Arregui estos elementos, si bien importantes, se subordinaban a la necesidad de que el peronismo se supere “desde adentro” y pueda realizar la revolución nacional que ya había se iniciado bajo los dos primeros gobiernos de Juan Perón. Por otra parte, el mapa social y político que aportan los conocimientos existentes, permitió comprender como la obra de Hernández Arregui motiva nuevas formaciones de izquierda identificadas con el peronismo y como esta experiencia ideológica y política se ciñe a esos dieciocho años en los que el peronismo fue proscrito del sistema político nacional.

Por otra parte, la lectura de los principales libros de Hernández Arregui y de la bibliografía existente que divulga sus principales tesis nos llevó a explorar un asunto específico. Es así que la filiación teórica Rodolfo Mondolfo-Hernández Arregui resultó problemática. Adentrándonos en el estudio de la obra mondolfiana, dimos cuenta de sus diferencias sustanciales con la tradición leninista. Empero, se puso de relieve la importancia que este legado teórico tuvo para Hernández Arregui. Si bien Hernández Arregui llamó a Mondolfo su “venerado maestro”, resultan escasos los puntos de encuentro entre ambos pensadores. En primer lugar, vimos en el segundo capítulo como la constitución del objeto de estudio difería en uno y en otro. Si Mondolfo formula su doctrina en base a una realidad europea sobre la que el autor infería una concepción universalista del socialismo, Hernández Arregui procede a estudiar la realidad latinoamericana tratando de justificar cierta especificidad de la región, tanto en el aspecto social como en el cultural. En base a ello, se puso de relieve que el uso de la dialéctica resulta diferente en uno y otro caso. En Mondolfo, el principio de conflicto se estructura sobre una polaridad establecida entre el proletariado y la burguesía, lo que supone una sociedad civil burguesa “avanzada”. El problema del imperialismo no encuentra un lugar significativo en esta perspectiva, orientada a dar una justificación ética de la praxis socialista. En cambio, la dialéctica hernándezarreguiana se estructura en torno a un polo nacional-popular-latinoamericano y otro oligárquico-imperialista. Si bien el imperialismo - problema medular en Hernández Arregui- introdujo en las sociedades latinoamericanas avances en materia de técnica moderna, el polo oligárquico-

imperialista no aportó ideas sobre la sociedad y la cultura que deben ser apropiadas y reactualizadas por los trabajadores al modo de una “síntesis superadora”, si no, más bien, en tanto “superestructura” alienada de la realidad “colonial”, deben ser impugnadas en su conjunto. De ello se sigue una idea de revolución nacional como ruptura terminante con el pasado. Hacia esa ruptura abrupta de la temporalidad social deben marchar las clases medias, en particular sus capas ilustradas. Sobre estas, más que una nueva experiencia de clase, Hernández Arregui propone un voluntarismo.

En el capítulo tercero nos abocamos a establecer la procedencia genealógica de los conceptos de Hernández Arregui. Allí vimos como su reflexión se inscribe en el marxismo, en particular en sus aportes sobre la cuestión nacional. Pero este ejercicio arrojó una diferencia fundamental entre Hernández Arregui y el legado de los clásicos marxistas. Para estos la cuestión nacional remite a un problema perecedero, en tanto la perspectiva de una sociedad poscapitalista termina por anular las diferencias nacionales. En cambio, la sociedad emancipada que proyecta Hernández Arregui, se tipifica en base a las diferencias culturales. De allí que Latinoamérica presente características distintivas, que para el autor no se remiten a un problema contingente, sino que se proyectan en nuevos periodos históricos. Es indudable que en este sentido el peso del nacionalismo popular es determinante en la formación de su perspectiva. A su vez, tratamos de mostrar que el revisionismo histórico de Hernández Arregui busca estructurar el conocimiento del pasado en torno a la cuestión nacional y, sobre este problema, se emplea el concepto de lucha de clases como principio explicativo central del cambio histórico. Sin embargo, los resultados del análisis del repertorio teórico-metodológico hernándezarreguiano sugieren ciertos problemas a la hora de recuperar el papel de las “masas” en la historia, tal como se propone el autor. Al introducir un concepto romántico y clasista – simultáneamente- de “caudillo popular”, Hernández Arregui no explora de modo convincente la configuración de articulaciones políticas de base popular. Por otro lado, la crítica a la historiografía erudita que encontramos en su obra, no parece gozar, en la actualidad, de la misma eficacia polémica que mostraba en los años sesenta-setenta. Quizás, en relación a la denominada “renovación

historiográfica”, se encuentra el eje sobre el cual se pueden renovar las reflexiones críticas sobre el pasado argentino.

Finalmente exploramos otras dos cuestiones significativas: el uso del principio analítico de la lucha de clases para la Argentina posperonista y su relación con el sujeto político que el autor impulsa. Sobre estas dos cuestiones puede comprenderse acabadamente las diferencias entre Hernández Arregui y la izquierda nacional, discriminación que nos permitió caracterizar a Hernández Arregui como ideólogo de la izquierda peronista. Vimos como el principio analítico de la lucha de clases es empleado de manera distinta en ambos casos, fragmentariamente en el caso de Hernández Arregui. Ello se relaciona con su apuesta por una radicalización del peronismo, estrategia que los referentes de la izquierda nacional no estimaban viable. De allí que Hernández Arregui desestime el concepto de bonapartismo para el análisis de las formas de representación política. Al no emplear una categoría crítica en torno al peronismo y la figura de Perón, Hernández Arregui reduce el papel de la inteligencia a ser una suerte de acicate de las estructuras sindicales y políticas. Pareciera ser que el autor desestima la posibilidad de formular un proyecto político desde la esfera teórica, en perspectiva de su traslado a la esfera práctica. Tampoco pareciera buscar asignar una autonomía relativa del campo teórico respecto a la lucha estrictamente política. Ello quizá obedece a un diagnóstico un tanto excesivo de “crisis” de la Argentina posperonista y de la realidad mundial de posguerra y a una expectativa de cambio social un tanto inmedatista.

Por otro lado, la investigación también arrojó la necesidad de ampliar los conocimientos existentes en torno a figuras no tan destacadas para la *doxa* de la época, pero que resultan imprescindibles para comprender la dinámica de construcción de conocimiento y de configuración de praxis militantes. Sobre autores como Alfredo Terzaga, Esteban Rey, o, incluso, el mismo Jorge Enea Spilimbergo no se disponen estudios exhaustivos y, por ende, no se encuentra dimensionado su papel en la configuración de las nuevas izquierdas de los años sesenta-setenta. Finalmente, creo que deben re-pensarse las claves desde las cuales la reflexión política contemporánea aprovecha los conocimientos históricos sobre las nuevas izquierdas de los años sesenta-setenta. La recuperación basada en reivindicar un legado y una pertenencia política y militante

parece ser un camino ya transitado, de dudosos nuevos resultados. Tampoco pareciera promisorio el camino inverso: trabajar desde una presumible asepsia un objeto que es abiertamente parcial y polémico. Considero que pensadores como Hernández Arregui pueden ser un potente espejo sobre el cuál juzgar nuestra época, nuestras prácticas políticas e intelectuales y el estado de cosas de la política nacional. Más que marcar –con hechos en mano- en qué se equivocaron los ideólogos pasados de la izquierda argentina, podemos preguntarnos, con ellos, por nosotros, por nuestro tiempo y por el destino de nuestro pueblo y de nuestra patria...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AAVV (1972), *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Segunda parte. Cuadernos de Pasado y Presente*, Buenos Aires, N° 47.

ACHA, Omar (2009), *Historia crítica de la historiografía argentina. Vol. 1: las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo Libros.

AGOSTI, Héctor ([1956] 1969), *Para una política de la cultura*, Buenos Aires, Ediciones Medio Siglo. [1ª ed., Buenos Aires, Ediciones Procyón].

AGOSTI, Héctor (1959), *El mito liberal*, Buenos Aires, Ediciones Procyón.

AGOSTI, Héctor (1959), *Nación y cultura*, Buenos Aires, Procyón.

ALTAMIRANO, Carlos (2005), *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

ALTAMIRANO, Carlos (2007), *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Emecé.

ALTAMIRANO, Carlos (Dir.) (2008), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. I y vol. II, Buenos Aires, Katz Editores.

ALTAMIRANO, Carlos (2013a), *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

ALTAMIRANO, Carlos (2013b), *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

AMADEO, Mario (1956), *Ayer, hoy y mañana*, Buenos Aires, Ediciones Gure.

ANDERSON, Perry (2014), *Teoría, política e historia, un debate con E.P. Thompson*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

ANSALDI, Waldo-GIORDANO, Verónica (2012a), *América Latina: de la colonia a la disolución de la dominación oligárquica*, Buenos Aires, Ariel.

ANSALDI, Waldo-GIORDANO, Verónica (2012b), *América Latina: la construcción del orden*, Buenos Aires, Ariel.

ARGAÑARAZ, Aurelio (2014), "La Izquierda Nacional y AUN: acerca del tema de la construcción del partido", en *Política para la independencia y la unidad de América Latina*, Buenos Aires, Buenos Aires, N° 15.

ARGUMEDO, Alcira (2009), *Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular*, Buenos Aires, Colihue.

ARICÓ, José (1980), *Marx y América Latina*, Buenos Aires, Catálogos.

ARICÓ, José (2012), *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura de México: el Colegio de México.

AZZALI, Javier (2014), *Constitución de 1949: claves para una interpretación latinoamericana y popular del constitucionalismo argentino*, Buenos Aires, Punto de encuentro.

BASUALDO, Eduardo (2010), *Estudios de historia económica argentina: desde mediados del siglo XX a la actualidad*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

BOGLICH, José (1937), *La cuestión agraria*, Buenos Aires, Claridad.

CAMPOS, Esteban (2016), *Cristianismo y revolución: el origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, Buenos Aires, Edhasa.

CARPANI, Ricardo ([1962] 2011), *La política en el arte*, Buenos Aires, Continente. [1ª ed., Buenos Aires, Coyoacán, con prólogo de HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José].

CAVAROZZI, Marcelo (1997), *Autoritarismo y democracia (1955-1966). La transición del estado al mercado en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel.

CHÁVEZ, Fermín (1957), "Nacionalismo y marxismo", en *Columnas del nacionalismo marxista*, año 1, N° 1.

COOKE, John William (1973), *Apuntes para la militancia*, Buenos Aires, Schapire Editor.

COOKE, John William (1973), *Peronismo y revolución*, Buenos Aires, Granica Editor.

DEL CAMPO, Carlos Alberto (comp.) (2015), *Jorge Abelardo Ramos. Así lo vieron*, Buenos Aires, Fundación Ciccus.

DEVOTO, Fernando (2004), "Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina", en DEVOTO, Fernando-PAGANO, Nora (ed.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblios.

DEVOTO, Fernando-PAGANO, Nora (2010), *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

DÍAZ, Diego (2013), "Sociología de Cátedra en la formación intelectual de Juan José Hernández Arregui", en *X Jornadas de Sociología de la UBA. 20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI*, Buenos Aires, s/e.

DOBB, Maurice (1966), *Introducción a la economía*, México D. F., Fondo de cultura económica.

FERRÉ, Alberto Methol (1961), *La izquierda nacional en la Argentina*, Buenos Aires, Coyoacán.

FERRER, Aldo (1998), *El capitalismo argentino*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

FIORUCCI, Flavia (2011), *Intelectuales y peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Biblios.

FROMM, Erich (1962), *Marx y su concepto del hombre*, México, Fondo de cultura económica.

GALASSO, Norberto (1984), *Raúl Scalabrini Ortiz y la penetración inglesa*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

GALASSO, Norberto (2003), *Jauretche y su época*, Buenos Aires, Corregidor.

GALASSO, Norberto (2006), *La corriente historiográfica socialista, federal - provincial o latinoamericana. Cuadernos para la Otra Historia*, Buenos Aires, Centro Cultural Enrique Santos Discépolo, s/e.

GALASSO, Norberto (2007a), *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional (1865-1961). Tomo 1*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos.

GALASSO, Norberto (2007b), *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional (1961-2001). Tomo 2*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos.

GALASSO, Norberto (2012), *Hernández Arregui. Del peronismo al socialismo*, Buenos Aires, Colihue.

GALLO, Antonio (1933), *Sobre el movimiento de Septiembre (ensayo de interpretación marxista)*, Buenos Aires, s/e.

GALLO, Antonio (1935), *¿A dónde va la Argentina? ¿Frente popular o lucha por el socialismo?*, Rosario, Ediciones J. C. Mariátegui.

GALVÁN, María Valeria (2013), *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)*, Rosario, Prohistoria.

GEORGIEFF, Guillermina (2008), *Nación y revolución: itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*, Buenos Aires, Prometeo libros.

GHIOLDI, Rodolfo (1952), *Acerca de la cuestión agraria*, Buenos Aires, Fundamentos.

GILLESPIE, Richard (2011), *Soldados de Perón: historia crítica de los Montoneros*, Buenos Aires, Sudamericana.

GILMAN, Claudia (2003), *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

GUIDICI, Ernesto-AGOSTI, Héctor-PORTANTIERO, Juan Carlos-SCHNEIDER, Santiago-LEBEDENSKY, Mario (1960), *¿Qué es la izquierda?*, Buenos Aires, Editorial Documento.

HABERMAS, Jürgen (1987), *Teoría y praxis. Estudios de filosofía social*, Madrid, Editorial Tecnos.

HALPERÍN DONGHI, Tulio (2006), *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (1944), *Las bases sociológicas de la cultura griega*, Córdoba, s/e, en Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (1945), *La evolución del problema metafísico de los universales. Consecuencias del problema de los universales respecto al conocimiento de la ontología*, Buenos Aires, s/e, en Biblioteca de la Facultad de Ciencias Económicas UBA.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (1947), *El pensamiento sociológico de Émile Durkheim*, Córdoba, s/e.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (1950), *Arturo Schopenhauer o el pesimismo histórico*, La Plata, s/e, en SEDICI-UNLP.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (1951), *Las corrientes históricas durante el siglo XIX*, La Plata, s/e, en SEDICI-UNLP.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (1952), *El siglo XVI y el nacimiento del espíritu moderno*, La Plata, s/e, en SEDICI-UNLP.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (1954a), *La influencia oriental en Grecia*, La Plata, s/e, en SEDICI-UNLP.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (1954b), *Imagen sociológica del siglo XIX*, La Plata, s/e, en SEDICI-UNLP.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José ([1957] 2005), *Imperialismo y cultura*, 4ª ed., Buenos Aires, Peña Lillo–Ediciones Continente. [1ª ed., Buenos Aires, Amerindia; 2ª ed., 1964, Buenos Aires, HACHEA; 3ª ed., 1973, Buenos Aires, Plus Ultra].

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José ([1960] 2008), *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, 5ª ed., Buenos Aires, Peña Lillo–Ediciones Continente. [1ª ed., Buenos Aires, HACHEA; 2ª ed., 1970, Buenos Aires, HACHEA; 3ª ed., 1973, Buenos Aires, Plus Ultra; 4ª ed., 2004, Buenos Aires, Peña Lillo–Ediciones Continente].

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José ([1963] 2005), *¿Qué es el ser nacional?*, 2ª ed., Buenos Aires, Peña Lillo–Ediciones Continente. [1ª ed., Buenos Aires, HACHEA].

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José ([1969] 2011), *Nacionalismo y liberación*, 3ª ed., Buenos Aires, Peña Lillo–Ediciones Continente. [1ª ed., Buenos Aires, HACHEA; 2ª ed., 2004, Buenos Aires, Peña Lillo–Ediciones Continente].

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José ([1972] 2011), *Peronismo y socialismo*, 2ª ed., Buenos Aires, Peña Lillo–Ediciones Continente. [1ª ed., Buenos Aires, HACHEA].

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (Dir.) ([1973-1974] 2013), *Revista Peronismo y socialismo. Peronismo y liberación*, 2ª ed. Facsimilar, Buenos Aires, Biblioteca Nacional. [1ª ed., Buenos Aires, Editorial Peronismo y Socialismo].

HILB, Claudia-LUTZKY, Daniel (1984), *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (política y violencia)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

HOBBSAWM, Eric (2012), *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica.

IBAÑES, Germán (2010), “John William Cooke”, en GALASSO, Norberto (Dir.), *Los hombres que reescribieron la historia*, Buenos Aires, Cooperativa Punto de Encuentro.

JAMES, Daniel (2013), *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

JAURETCHE, Arturo (1955), *El plan Presbich, retorno al coloniaje*, Buenos Aires, Ediciones “el 45”.

JAURETCHE, Arturo (1957), *Los profetas del odio. Y la yapa (la colonización pedagógica)*, Buenos Aires, Ediciones Trófac.

JAURETCHE, Arturo ([1959] 2006), *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Corregidor. [1ª ed., Buenos Aires, A. Peña Lillo].

JAURETCHE, Arturo (1968), *Manual de zoncetas argentinas*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor.

LACLAU, Ernesto (1967), “Crisis universitaria”, en *Izquierda Nacional*, Buenos Aires, Nº 4.

LENIN, Vladimir Ilich Ulianov ([1914] 1972), “El derecho de las naciones a la autodeterminación”, en Lenin, *Obras completas, Tomo XXI*, Buenos Aires, Cartago.

LENIN, Vladimir Ilich Ulianov ([1916] 2012), *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Buenos Aires, Libertador.

MURMIS, Miguel-PORTANTIERO, Juan Carlos (2012), *Estudios sobre los orígenes del Peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

MAIZ, Claudio (2013), “Jorge Abelardo Ramos, el “inventor” de Ugarte. Marginalidad, canon y nación”, Mendoza, CONICET-Universidad Nacional de Cuyo, s/e.

MANDEL, Ernest (1972), *Introducción a la teoría económica marxista*, Buenos Aires, Ediciones Cepe.

MARX, Carlos ([1867] 1956), *El Capital. Crítica de la economía política. Tomo 1*, Buenos Aires, Cartago.

MARX, Carlos-ENGELS, Federico (1957), *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago.

MARX, Carlos-ENGELS, Federico (2008), *Manifiesto comunista*, Buenos Aires, Prometeo.

MARX, Carlos (2015), “El porvenir de la comuna rural rusa”, en MARX, Carlos, *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

MASSHOLDER, Alexia (2014), *El partido Comunista y sus intelectuales. Pensamiento y acción de Héctor P. Agostí*, Buenos Aires, Luxemburg.

MONDOLFO, Rodolfo ([1909] 2006), *Feuerbach y Marx: la dialéctica y el concepto marxista de la historia*, Buenos Aires, Claridad.

MONDOLFO, Rodolfo ([1912] 1956), *El materialismo histórico en F. Engels y otros ensayos*, Buenos Aires, Editorial Raigal.

MONDOLFO, Rodolfo (1955a), *Espíritu revolucionario y conciencia histórica. Ensayos críticos de sociología e historia de las ideas*, Buenos Aires, Ediciones populares argentinas.

MONDOLFO, Rodolfo (1955b), *La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua*, Buenos Aires, Imán.

MONDOLFO, Rodolfo (1969), *Marx y marxismo. Estudios histórico-críticos*, México, FCE.

MONDOLFO, Rodolfo (1973), *El humanismo de Marx*, México, FCE.

MONDOLFO, Rodolfo (1974), *Breve historia del pensamiento antiguo*, Buenos Aires, Losada, 1974.

MONDOLFO, Rodolfo (2009), *La infinitud del espíritu y otros escritos de Córdoba*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

MOLOCZNIK, Maximiliano (2010), "Arturo Jauretche", en GALASSO, Norberto (comp.), *Los hombres que reescribieron la historia*, Buenos Aires, Cooperativa Punto de Encuentro.

OTEIZA, Enrique (coord.)-Grupo "arte, cultura y política en los años '60" (eds.) (1997), *Cultura y política en los años '60*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC, UBA.

O'DONNEL, Guillermo (1972), *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós.

O'DONNEL, Guillermo (1982), *El Estado Burocrático Autoritario*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

PIÑEIRO IÑIGUEZ, Carlos (2013), *Hernández Arregui: una interpretación marxista del peronismo*, Buenos Aires, Ediciones Continente.

ORTEGA PEÑA, Rodolfo ([1964] 2005), "Prólogo a la segunda edición de Imperialismo y cultura de Juan José Hernández Arregui", en HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José, *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Peña Lillo-Ediciones Continente.

OVIEDO, Gerardo (2006), "Rodolfo Mondolfo, humanista de izquierda", Cuyo, Anuario de Filosofía Argentina y Americana, N° 23.

PEDANO, Gonzalo (2013), *La generación del Bicentenario: democracia o corporaciones*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos.

PEÑALOZA, Juan Ramón (seudónimo de Aurelio Narvaja y Adolfo Perelman) ([1953] 2014), *Trotsky ante la revolución nacional latinoamericana*, Buenos Aires, Publicaciones del Sur. [1ª ed., 1953, Buenos Aires, Editorial Indoamérica].

POGATSCHNIG, Marcela (2009), *El otro Mondolfo: un marxista humanista*, Buenos Aires, Biblios. [Con prólogo de CORDERO, Néstor Luis].

POTASH, Robert (1981), *El Ejército y la política en la Argentina, 1945-1962*, Buenos Aires, Hyspamérica.

KOHAN, Néstor (2000), *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires, Biblios.

RAMOS, Jorge Abelardo (1949), *América Latina: un país. Su historia, su economía y su revolución*, Buenos Aires, Ediciones Octubre.

RAMOS, Jorge Abelardo ([1954] 2014), *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Buenos Aires, Continente. [1ª ed., Buenos Aires, Editorial Indoamérica].

RAMOS, Jorge Abelardo ([1957] 1970a), *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Las masas y las lanzas. Tomo 1*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce. [1ª ed., Buenos Aires, Coyoacán].

RAMOS, Jorge Abelardo ([1957] 1970b), *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Del patriciado a la oligarquía. Tomo 2*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce. [1ª ed., Buenos Aires, Coyoacán].

RAMOS, Jorge Abelardo ([1957] 1970c), *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. La bella época. Tomo 3*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce. [1ª ed., Buenos Aires, Coyoacán].

RAMOS, Jorge Abelardo ([1957] 1972a), *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. El sexto dominio. Tomo 4*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce. [1ª ed., Buenos Aires, Coyoacán].

RAMOS, Jorge Abelardo ([1957] 1972b), *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. La era del bonapartismo. Tomo 5*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce. [1ª ed., Buenos Aires, Coyoacán].

RAMOS, Jorge Abelardo (1959), *Historia política del ejército argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo.

RAMOS, Jorge Abelardo (1962), *El partido comunista en la política argentina. Su historia y su crítica*, Buenos Aires, Coyoacán.

RAMOS, Jorge Abelardo (1963), "La ideología socialista en la revolución nacional", en *Izquierda Nacional*, Buenos Aires, N° 4.

RAMOS, Jorge Abelardo (1964), *La lucha por un partido revolucionario*, Buenos Aires, Ediciones Pampa y Cielo.

RAMOS, Jorge Abelardo (1968), *Historia de la Nación Latinoamericana. Tomo 1*, Buenos Aires, Arturo Peña Lillo editor.

RAMOS, Jorge Abelardo ([1968] 1973), *Historia de la Nación Latinoamericana. La Patria Dividida. Tomo 2*, Buenos Aires, Arturo Peña Lillo editor. [1ª ed., Buenos Aires, Arturo Peña Lillo editor].

RAMOS, Jorge Abelardo (1971), "Marxismo para latinoamericanos", en *Izquierda Nacional*, Buenos Aires, N° 11.

RAMOS, Jorge Abelardo ([1975] 1976), "El caudillismo en América Latina: entrevista a Jorge Abelardo Ramos a cargo de Blas Alberti, Jorge Raventos y Julio Fernández Baribar", en RAMOS, Jorge Abelardo, *Adiós al coronel*, Buenos Aires, Época.

RECHE, Federico (2015), *Debates intelectuales en la historia económica argentina. Una historia de la tesis del agotamiento del modelo de Industrialización por sustitución de importaciones*, Córdoba, Trabajo Final – Licenciatura en Historia.

REGALI, Enzo Alberto (2012), *Abelardo Ramos. La izquierda nacional y la nación latinoamericana*, Córdoba, Ferreyra Editor.

RIBADERO, Martín (2012), “La editorial Indoamérica: política editorial y proyecto intelectual (1949-1955)”, La Plata, Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición.

RIVERA, Enrique ([1954] 2007), *José Hernández y la guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Ediciones Colihue. [1ª ed., Buenos Aires, Editorial Indoamérica].

RIVERA, Enrique ([1957] 1971), *La reforma universitaria*, Córdoba, Ediciones Patria Grande. [1ª ed., Buenos Aires, Coyoacán].

ROSA, José María (1954), “Respuesta a un intelectual trotskista”, en *Revista del Instituto de Investigaciones históricas Juan Manuel de Rosas*.

ROUQUIÉ, Alain (1998), *El poder militar y la sociedad política en la Argentina, Tomo II 1943/1973*, Buenos Aires, Emecé.

SARLO, Beatriz (2007), *La batalla de las ideas*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

SEBRELI, Juan José ([1964] 1990), *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, Buenos Aires, Siglo Veinte.

SPINELLI, María Estela (2005), *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”*, Buenos Aires, Biblos.

SPILIMBERGO, Jorge Enea ([1958] 2014), “El moralismo: utilización oligárquica de la clase media”, en *Patria, Pueblo y Socialismo: los escritos políticos de Jorge Enea Spilimbergo*, Buenos Aires, Publicaciones del Sur. [1ª ed., como apéndice de SPILIMBERGO, Jorge Enea (1958), *Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario*, Buenos Aires, Coyoacán].

SPILIMBERGO, Jorge Enea (1958), *Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario*, Buenos Aires, Coyoacán.

SPILIMBERGO, Jorge Enea (1960), *Juan B. Justo o el socialismo cipayo*, Buenos Aires, Coyoacán.

SPILIMBERGO, Jorge Enea (1963), “La izquierda nacional y el “marxismo” burgués. Sobre sus respectivos orígenes”, en *Izquierda Nacional*, Buenos Aires, Nº 4, Octubre de 1963.

SPILIMBERGO, Jorge Enea ([1964] 2010), *Clase obrera y poder. Tesis políticas del tercer congreso del Partido Socialista de la Izquierda Nacional*, Buenos Aires, Ediciones del Sur. [1ª ed., *Tesis políticas del tercer congreso del Partido Socialista de la izquierda nacional*].

SPILIMBERGO, Jorge Enea (1966), “Reformismo sindical y partido revolucionario”, en *Lucha Obrera*, año II, Nº 28.

SPILIMBERGO, Jorge Enea (1968), *La cuestión nacional en Marx*, Buenos Aires, Co-voacán.

SPILIMBERGO, Jorge Enea (1969), *El socialismo en la Argentina*, Ediciones del Mar Dulce.

SPILIMBERGO, Jorge Enea ([1974] 2014), “La “tendencia”, la burocracia y el socialismo: entre el verticalismo burocrático y el frente gorila”, en *Patria, Pueblo y Socialismo: los escritos políticos de Jorge Enea Spilimbergo*, Buenos Aires, Publicaciones del Sur. [1ª ed., *Izquierda Nacional*, Buenos Aires, Nº 29].

SPILIMBERGO, Jorge Enea-TERZAGA, Alfredo-CABRAL, Salvador-RODRIGUEZ, Luis Alberto-RAMOS, Jorge Abelardo (1974), *El revisionismo histórico socialista*, Buenos Aires, Editorial Octubre.

SROTRINI, Julio (2004), “Polémicas y crisis en el revisionismo argentino: el caso del Instituto de Investigaciones históricas “Juan Manuel de rosas” (1955-1971)”, en DEVOTO, Fernando-PAGANO, Nora (ed.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblios.

STRASSER, Carlos (comp.) (1959), *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra.

SIGAL, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur editores.

TARCUS, Horacio (1996), *El marxismo olvidado en la Argentina*, Buenos Aires, El cielo por asalto.

TARCUS, Horacio (2015), “Leer a Marx en el siglo XXI”, en MARX, Carlos, *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

TERÁN, Oscar ([1991] 2013), *Nuestros años sesenta: la formación de una nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, 3ª ed., Buenos Aires, Siglo XXI editores, (1ª ed., Puntosur; 2ª ed., El cielo por asalto, 1993).

TERÁN, Oscar-SIGAL, Silvia (1992), “Los intelectuales frente a la política, conversación entre Oscar Terán y Silvia Sigal”, *Punto de Vista*, Nº 42.

TERÁN, Oscar (1999), “Acerca de la idea nacional”, en ALTAMIRANO, Carlos (comp.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel.

TERZAGA, Alfredo (2011), *Cartas Políticas con Abelardo Ramos, Jorge Enea Spilimbergo, Juan José Hernández Arregui y Norberto Galasso (1948 -1974)*, s/e.

TORTTI, María Cristina (2009), *El viejo partido socialista y los orígenes de la nueva izquierda*, Buenos Aires, Prometeo Libros.

TORTTI, María Cristina (Dir.), CHAMA, Mauricio CELENTANO, Adrian (Co-dir.) (2014), *Socialismo, peronismo y revolución*, Rosario, Prohistoria Ediciones.

TROTSKY, León (1985), *El programa de transición para la revolución socialista*, La Paz, Editorial Crux.

TROTSKY, León (2007), *La revolución permanente*, Buenos Aires, Libros de Anarres.

TROTSKY, León (2013), *Escritos Latinoamericanos en México: 1937-1940*, Buenos Aires, Ediciones IPS. [Con prólogos de Christian Castillo, Bárbara Funes y Pablo Opriari].

TROTSKY, León (2015), *Historia de la Revolución Rusa*, Buenos Aires, Razón y Revolución.

TORRE, Juan Carlos (1974), "La caída de Luis Gay", Buenos Aires, *Todo es Historia*, revista, Nº 89.

RUBEINSTEIN, Gustavo (2014), "El Estado peronista y la sindicalización de los trabajadores azucareros", en MACOR, Darío-TCACHT, César (editores), *La invención del peronismo en el interior del país*, Ediciones UNL, Santa Fe.

SORÍN, Daniel (2014), *John William Cooke. La mano izquierda de Perón*, Buenos Aires, Planeta.

VEZZETI, Hugo (2011), "Los sesenta y los setenta. La historia, la conciencia histórica y lo impensable", Buenos Aires, *Prismas*, Nº 15.

ZEOLLA, Nicolás (2015), "Desarrollo de la regulación estatal de la comercialización de granos en la Argentina", Buenos Aires, *Realidad económica. Inicios del peronismo, sindicatos vs. Inflación*, Nº 294.